



Círculo Rojo

RELATOS DE CANDIL

RELATOS DE CANDIL



SONIA MARÍA GARCÍA GARCÍA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2021

Depósito legal: AL 1956-2021

ISBN: 978-84-1104-830-9

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sonia María García García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

Dedicado a la Galicia invisible de todos los tiempos.
A mi ahijado Pablo, el futuro.
Y a Merlín.

Índice:

NOTA DE LA AUTORA.....	13
1 LA TORMENTA	17
2 EL VIEJO MONASTERIO	25
3 EL MARINERO FITZWILLIAM.....	35
4 FARO	47
5 LUZ EN LA OSCURIDAD	61
6 LA DONCELLA BLANCA.....	77
7 TRENES Y LOBOS.....	93
8 SOLSTICIO	105
9 LA CASONA.....	117
10 EL PEREGRINO	151
11 OLAS DEL MAR SAGRADO.....	171
12 LOBISHOME.....	191
GLOSARIO DE PALABRAS EN LENGUA GALLEGA.....	207
BIBLIOGRAFÍA	209
CONSULTAS EN RED	211

«En las tinieblas la imaginación trabaja más
activamente que a plena luz».

Immanuel Kant

«Igoal que un can danado nos camiños
o terror anda solto polo mundo».

Celso Emilio Ferreiro, *Longa noite de pedra*

«As noites de inverno soio son boas para os trasgos,
pra as meigas, pra os lobos...
E pra quen escoita contos de medo
sentindo romba-lo vento».

Ánxel Fole, *Á lus do candil*

NOTA DE LA AUTORA

Galicia es un compendio de paisajes, historia, arte y cultura. Galicia es su gente, su forma de vida, sus lenguas, su gastronomía. Galicia es lo visible que disfrutamos cada día y que enseñamos orgullosos al forastero, fruto del paso del tiempo, de nuestros aciertos y de nuestros errores. Pero existe también una Galicia invisible, más sentida y vivida que demostrada, llena de misterio, de superstición y de creencias antiguas. Una Galicia repleta de leyendas y de personajes singulares que se mueven entre lo real y lo imaginario y que también han forjado nuestro carácter. Seres que nos hacen únicos y que, al mismo tiempo, nos relacionan con infinidad de pueblos con los que este territorio ha tenido contacto desde tiempos inmemoriales. Y así, encontramos elementos que nos unen a lugares diversos de la península, a la mitología griega y a otros pueblos mediterráneos, a las sagas de los países nórdicos, a creencias centroeuropeas, a la fachada atlántica de nuestro continente con la que compartimos los paisajes que un día fueron también Finisterre y un sinfín de elementos de nuestro imaginario, como ocurre con Irlanda o con las fascinantes Tierras Altas de Escocia...

Con el crecimiento de las ciudades y el abandono del rural, el hombre se ha alejado de su elemento natural, del contacto con el medio, de su dependencia de los ciclos del año, que antigua-

mente influían en su supervivencia. Ojalá sea algo reversible. En su momento, también el cristianismo intentó borrar el rastro de una religión de tipo animista, asimilando y adaptando aquellos cultos paganos a la nueva religión con relativa fortuna. El paso de los años y otros factores pueden haber contribuido a llevarnos en parte al olvido. Sin embargo, no hace falta más que una reunión en torno a una hoguera, una fecha señalada en el calendario como la noche de difuntos, una lucha del bien y del mal, o un suceso aparentemente inexplicable, para que aflore y resurja en nosotros el patrimonio invisible.

En esta obra continúo la labor que mejor sé hacer: mostrar Galicia. A través de las ciencias naturales, de las ciencias sociales o de la literatura, como en esta ocasión, escribo para darla a conocer. Leeréis en ella varios relatos, cada uno ubicado en un lugar real de especial importancia para mí, que os llevarán por las cuatro provincias gallegas y a través de diversas épocas de nuestra historia. Miedos ancestrales como el que en Galicia se siente por el lobo o por los aparecidos. Las premoniciones o el mal de ojo, meigas y brujos, leyendas del Camino de Santiago y otros elementos de nuestro imaginario aparecerán entre estas páginas para sorprenderos. Y todos unidos por un elemento común: un candil. Una humilde luz que guía a los personajes en los peores momentos. Una luz en la oscuridad. Una esperanza.

Disfrutaréis de sucesos increíbles que un día alguien vivió y quiere ahora compartir. Otros que nunca sucedieron, pero que hubiesen podido ocurrir. No son historias de miedo, aunque en algún momento un escalofrío pueda recorrer vuestra espalda, sino narraciones evocadoras que hablan de nosotros y de nuestra historia, y, sobre todo, que os harán recordar, ya que despertarán en vosotros sensaciones dormidas. Traerán a vuestra memoria vivencias propias, quizá nunca contadas, o que habéis escuchado. Sin duda, cada uno de los lectores de este libro podría añadir sus propias experiencias a él.

Pero también trata de la esencia de la vida pasada, del imprescindible papel de la mujer en todos los tiempos y de hombres extraordinarios, de medicina popular, de ritos y costumbres, del idioma gallego representado por palabras clave tan cargadas de significado que merecen no ser traducidas (podéis consultarlas en cualquier caso en el glosario final).

A los gallegos os resultará una obra profundamente evocadora. A los demás lectores, os ayudará a comprendernos mejor.

Aclarado todo, me retiro ya para que disfrutéis de esta obra. Solo añadiré algunas sugerencias antes de hacerme a un lado: una lectura pausada para saborear nuestra esencia más íntima, un ambiente que permita que os introduzcáis en cada historia como un personaje más que la vive junto a los protagonistas, y una luz tenue que os permita leer, pero que deje lugar también a las sombras que nos envuelven.

Leed, soñad, recordad.

1

LA TORMENTA

«É moito o sofrimento
que durme encorado
no fondo do corazón».

Eduardo Moreiras, *Primaveira no Lor*

Nada salió bien aquel día de otoño del año 1945, cuando todavía los ecos de la guerra aleteaban y sus secuelas vaciaban las arcas de grano. Los habitantes de las montañas de O Courel sobrevivían, a duras penas, con el escaso producto que sus tierras ofrecían y lo poco que la furia de los cielos no destrozaba una y otra vez.

Francisco vivía en una antigua casa de piedra junto a sus abuelos, sus padres y siete hermanos más jóvenes. Era trabajador y buen mozo, como demostraba el creciente interés que despertaba entre las muchachas. Ya no era un niño y pronto lo llamarían a filas. Aunque él sabía que perderlo durante varias cosechas sería un descalabro para la familia, su curiosidad natural por ver mundo se vería saciada al fin. Pensaba en el ejército con cierto temor, pues vio regresar de la guerra a muchos hombres embrutecidos portando todavía las armas que no supieron a quién devolver

cuando aquella terminó y no deseaba convertirse en uno de ellos. Realmente, lo que anhelaba era ver los lugares de los que aquellos hablaban y, sobre todo, los que bañaba el mar. Recordaba cuando de niño, en la escuela, aprendió el nombre de los mares y océanos, y cómo Colón descubrió un nuevo continente aprovechando los vientos, las corrientes marinas, el sol y las estrellas. Para aumentar su curiosidad por la inmensidad de aquellas aguas, un viejo buhonero le habló una vez de ellas y fijó en su mente el deseo de sentir la brisa salada en el rostro, tan distinta de aquella vaharada ardiente del verano en la montaña. Ansiaba sumergirse en su frescor, en lugar de levantar las brazadas de hierba seca en los campos que quemaban su rostro, sus brazos y su pecho. Anhelaba acostarse en la arena en lugar de en su camastro de paja lleno de pulgas y de puntas afiladas que se clavaban en su espalda. A veces, soñaba... Mas siempre volvía a la realidad y continuaba realizando sus tareas hasta caer extenuado cada noche en su jergón, dando gracias por lo que los bosques, su casa y su familia le ofrecían.

Los pocos días libres que tenía, vagaba por las alturas de la sierra, tan arriba que su vista se perdía en la lejanía. En la época adecuada, bajaba al río a pescar disfrutando de la soledad. Pocas truchas escapaban a los suculentos bocados que les preparaba, y, aunque Francisco disfrutaba con la lucha, no con la muerte, eran un suculento manjar que cocinar en la lumbre de la *lareira*. Una docena de bocas hambrientas degustaban entonces cada bocado como el más exquisito de los banquetes, dejando los mejores pellizcos a los niños, que no se apercebían del disimulo de sus mayores. Si sus pasos no lo dirigían al río o a las cumbres, vagaba por los inmensos bosques de robles, de hayas y de mil especies más, cargados de líquenes colgantes como los harapos con los que su abuela tapaba el hueco de las ventanas para evitar las miradas indiscretas de los vecinos cuando su nuera, sus nietas y ella misma se aseaban en el aguamanil del cuarto.

Aquella mañana había mucho trabajo que hacer. La chiquillería, feliz y despreocupada, jugaba por las callejuelas ya que, a pesar de lo avanzado de la estación, ningún maestro había llegado al pueblo. Mientras, los adultos se repartían entre la ardua tarea del castañal y la vigía del ganado.

Francisco subió con su abuelo a los pastos de la sierra con dos vacas y dos bueyes. El día amaneció despejado y cálido, pero vistieron sus zamarras, ya que sabían por experiencia que, si el viento viraba al norte, en las cumbres tendrían frío. Metieron en los bolsillos dos puñados de castañas nuevas, algo de pan duro y un poco del tocino rancio que aún quedaba de la matanza anterior. Las abundantes fuentes apagarían su sed.

El abuelo, también llamado Francisco, como todos los primogénitos de la familia desde tiempos que ya no podían recordar, subía las cuestas con más lentitud cada día. Ambos eran conscientes de que, a pesar de su fortaleza innata, los años estaban dejando huella en él. Por una parte, aumentaba en aquel anciano el poso de la sabiduría que el tiempo da si se vive atento, pero también la debilidad de unos músculos que un día fueran de hierro.

—Suba despacio —dijo Francisco dulcemente.

—No me queda más remedio, hijo —respondió él resignado.

Por su lentitud, el ganado se alejaba y Francisco hizo un gesto indicándole que se adelantaría para no perderlo de vista.

Según avanzó la mañana, la temperatura se elevó hasta hacerse insoportable y, en lugar de encontrar el fresco en lo alto, un aire muy cálido subió ladera arriba mientras nacían pequeñas nubes sobre ellos.

—Apostaría mi cayado a que tendremos tormenta —comentó el viejo observando la gestación de un fenómeno que había visto miles de veces durante su vida.

—Ya estamos en noviembre, abuelo. Aunque venga, el trueno no será muy fuerte —opinó Francisco.

El viejo lo miró, dejando una duda en el aire.

Sentados en una roca, dejaron transcurrir el tiempo contemplando la cumbre redondeada en la que plantaban centeno y pastoreaban el vacuno con cierta facilidad, escuchando los sonidos de la montaña y guardando sus pensamientos para sí. El abuelo encendió su pequeña pipa, que desprendió un tufo fuerte, casi picante. Era el aroma del anciano, una mezcla de tabaco, del humo del hogar impregnado en sus ropas y de las reses que cuidaba con empeño. Su olor daba seguridad a Francisco. Significaba que aquel sabio estaba cerca y que todo iría bien.

Mucho más abajo, quedaba el pueblo de casas de piedra unidas para protegerse del frío invernal y de las nieves, además de guardarlos del sol en la fuerte canícula. Los tejados humeaban, pues las mujeres preparaban la comida en los fuegos de sus hogares, y algunos vecinos iban de aquí para allá cumpliendo sus tareas. Ningún esfuerzo podía despreciarse en aquellas tierras duras de montaña que daban solo lo que el hombre era capaz de arrancarle con trabajo y sudor sin fin.

Al mediodía, los envolvió un silencio repentino. Los pájaros acallaron sus cantos. Advirtieron que enjambres de abejas se lanzaban ladera abajo hacia el pueblo, buscando el refugio de sus colmenas de corteza de alcornoque. Sus animales se acercaron al sendero y comenzaron el descenso hacia las cuadras sin necesidad del aliento de los pastores. El día se oscureció y el rumor de un trueno lejano rasgó aquella quietud amenazante.

—Vámonos, Francisco —apremió el abuelo—. Esta tormenta va a ser de las fuertes. El ganado la percibe. No tardará en llegar.

—Sí, abuelo. Tenía usted razón esta mañana.

—Son muchos años de experiencia —dijo golpeteando su pipa contra la roca en la que estaba sentado, vaciando la picadura.

Los relámpagos, cada vez más cercanos, se hicieron visibles rasgando las nubes. Se levantó un viento repentino y huracanado. El ganado gritó asustado y los hombres se afanaron en conducirlo agrupado por el camino, queriendo evitar una mala caída o una pata rota.

—¡Abuelo! —gritó Francisco haciéndose oír—. ¿Oye la campana de la capilla?

—¡Sí! —contestó—. ¡Responzan contra el trueno y seguro que sacarán en procesión a la santa! ¡Esperemos que también nos proteja a nosotros! —añadió mientras sujetaba su boina.

—¡Rápido, abuelo!

—¡No llegaremos al pueblo! —pronosticó el viejo Francisco a la vista de la rapidez con la que la tormenta los alcanzaba—. ¡Abriguémonos en el Refugio del Moucho! —gritó, refiriéndose al hueco natural que formaban unas rocas en la ladera.

En ese mismo instante, una luz azul los envolvió y sus tímpanos parecieron romperse con un estruendo nunca antes escuchado, mientras un rayo recorría el suelo con la rapidez de un reguero de pólvora y alcanzaba a uno de los bueyes. Una fuerza desconocida lanzó al suelo a ambos hombres. A sus pulmones no llegaba aire, a pesar de que boqueaban. Una sensación de vacío los envolvió durante unos segundos eternos hasta que pudieron inspirar una bocanada. Pero hubo más, pues al poco se desató un diluvio con goterones que golpeaban sin piedad sus cabezas, sus rostros y sus manos desnudas.

Francisco se arrastró penosamente hacia su abuelo. El anciano permanecía estático y un escalofrío de miedo recorrió el cuerpo del muchacho. Buscó con la vista al ganado y divisó un buey acostado un poco más allá. Supo que estaba sentenciado, pues el rayo lo había fulminado. Sin embargo, no divisó al otro macho ni a las hembras. Un nuevo relámpago salvaje estalló sobre él y el muchacho pegó su rostro a la tierra mojada respirando el olor a vida en medio de aquel infierno. Solo cuando el ruido del trueno se diluyó en el aire, irguió la cabeza. El abuelo seguía tendido e inmóvil y, en un arrebató de furia, su nieto se levantó y llegó hasta él.

—¡Abuelo! —gritó—. ¡Abuelo!

El anciano no respondió.

El joven lo incorporó, protegiéndolo entre sus brazos mientras la lluvia lo lastimaba y otro relámpago lo cegaba. Al fin, el anciano levantó hacia él sus ojos cansados, mientras el brazo que lo sostenía se teñía de rojo.

Donde antes reposaba la cabeza de su abuelo, el chico vio una roca puntiaguda cubierta de sangre y de alguna otra sustancia a la que no supo poner nombre.

Entonces, supo que el viejo iba a morir.

Ciego de dolor, dejaron de importarle el peligro de la tormenta y el ganado. «Quizá la abuela pueda curarlo con alguno de sus emplastos», pensó aferrándose a una esperanza con desesperación. Entonces, tomó al anciano Francisco en sus brazos y comenzó el descenso hacia el pueblo mientras aquel continuaba mirándolo como quien contempla a un ángel.

Al mismo tiempo, en la aldea continuaban volteando la campana con desesperación intentando expulsar al trueno del valle, y las mujeres rezaban a Santa Bárbara para que protegiese a sus fieles devotos. Pero aquel infierno no daba tregua. La lluvia inundaba las calles. Rompían gruesas ramas de castaños y caía su fruto. El río reventaba las calzadas desde las que entraba el agua a los prados...

Todos sabían que el abuelo Francisco y su nieto continuaban en el alto y rezaban especialmente por ellos, aunque confiaban en que se hubiesen refugiado en alguna de sus cuevas.

Mas todo puede siempre empeorar, y así sucedió cuando comenzó el pedrisco. Trozos de hielo del tamaño de huevos de perdiz golpearon los tejados como si la ira de la atmósfera se hubiese propuesto borrar aquel lugar de la faz de la Tierra.

Eran las tres de la tarde, pero se cerró la noche.

En la casa de Francisco, las mujeres se reunieron alrededor del fuego del lar que iluminaba sus caras con sombras vacilantes, murmurando responsos contra el rayo y el trueno, contra los espíritus malignos, contra el acecho de los lobos que se cobrarían la

desdicha de los hombres y del ganado. El ambiente era oscuro y opresivo, y los pequeñuelos de la casa las miraban aterrados desde detrás de la puerta entornada del cuarto. En su imaginación, se convertían en las meigas de las que ellas mismas les hablaban cuando los rapaces no querían dormirse, amenazándolos con su visita. Julia, la más joven, comenzó a llorar, contagiando al resto, y sus sollozos se unieron al murmullo extraño de aquellas hembras de semblante espectral, envejecidas de golpe.

De pronto, alguien golpeó la puerta, provocando una exclamación general. Alguien corrió a abrir. Con la luz de un nuevo relámpago y bajo aquel pedrisquero, distinguió al chico ensangrentado, con los ojos enrojecidos tras luchar contra la lluvia, contra el viento y hasta contra el mismísimo diablo, encarnado en el hielo que lo golpeaba. En sus brazos, descansaba el cuerpo inerte del abuelo, que continuaba contemplando a su nieto con un rictus amable, curvando su boca como en una sonrisa.

Francisco cayó arrodillado, sin fuerzas. Las mujeres tomaron al anciano de sus brazos con delicadeza y respeto, lo acostaron en un lugar seco y, tras comprobar que no alentaba, cerraron sus ojos para siempre.

Cuando la espantosa tormenta terminó, la falta de luz que los había envuelto se hermanó con la oscuridad de la noche.

Dentro de la casa, ayudada por la débil llama de un candil, la madre de Francisco atendió sus heridas, secó su pelo y lo obligó a cambiar su ropa empapada. Él obedeció sin ofrecer resistencia, como bajo el efecto de algún brebaje de los que utilizaba su abuela para calmar los dolores de los vecinos. Después, con el calor regresando lentamente a su cuerpo y reconfortando al tiempo su mente, el chico fue a velar al difunto.

La mesa larga del comedor que utilizaban en las escasas fiestas familiares había sido retirada. Su lugar lo ocupaba ahora el féretro

en el que yacía su querido abuelo. Las mujeres lo habían lavado, vestía el traje de ir a misa y apenas se veía el trozo de lienzo que ocultaba la parte maltrecha de su cabeza. La luz mortecina que emitían unas lamparillas de aceite se reflejaba en el rostro del finado. Sus sombras oscilantes parecían devolver la vida a su semblante, engañando a los ojos del muchacho. Las esperanzas vanas, el silencio apenas roto por las oraciones que las mujeres murmuraban y el vacío de la habitación le provocaron desasosiego y lo trasladaron de nuevo a la tempestad mientras se estremecía.

Tras la noche en vela, cuando el gallo cantó al alba, la abuela terminó de pronto su retahíla de fórmulas y oraciones. Todos alzaron la vista hasta ella y concluyeron que, aún resignada, humilde y rota, nada podía arrebatarle su halo de dignidad. Aquella mujer era dura como la tierra que los mataba.

Francisco quiso llorar su pena y no fue capaz. Quiso hablar al abuelo por última vez, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Quiso todo y no pudo nada. Su cuerpo se encontraba exhausto y su alma, vacía. Ya no deseaba irse y ver mundo. Le resultaba indiferente si conseguiría o no estar junto al mar. Se olvidó de sus sueños e ilusiones.

Sintió, más que nunca, que pertenecía a aquel lugar que podía ser el jardín más bello o resultar el pozo de lobo más profundo. Quiso quedarse para disfrutar de lo bello y vengar a su abuelo en lo malo. Él podría más que las tormentas, las sequías o las nieblas. Más que las alimañas. Pensó de corazón que domaría aquella tierra sin saber que, en su juventud, cada hombre del pueblo había pensado lo mismo, quedando así aferrados para siempre a aquella tierra y dando vida a lo que estaba de continuo más cercano a la muerte.

Basado en testimonios reales de una tormenta que cayó sobre Carballal (Folgozo do Courel, Lugo) y dedicado a mis vecinos de aquellas tierras.

2

EL VIEJO MONASTERIO

«Aldéina da Silva
de lonxe parece vila,
ten un caravel na entrada,
unha rosa na saída».

Popular

—**E**ran crueles —manifestó Jaime—. Abusaban de su poder
exigiendo más y más impuestos. Y, mientras... el pueblo
moría de hambre.

Su esposa, una mujer de mirada dulce con el pelo recogido en
un moño bajo, y cinco pares de ojos infantiles ávidos por saber
más lo miraban expectantes.

—Pero ¿por qué, padre? —preguntó su hijo Luis con curiosi-
dad—. Eran monjes, y el cura siempre dice que la Iglesia hace el
bien...

Jaime suspiró mientras recordaba la bendita inocencia de la
juventud. Después contestó:

—La Iglesia es el pueblo de Dios, pero está formada por hom-
bres imperfectos y aquellos debían serlo. —Tras observar la atur-

dida reacción del muchacho, continuó—: No pongas esa cara. No soy ningún sacrílego.

—Cuenta a tus hijos lo que sucedió y el porqué —lo animó su esposa—. Así entenderán mejor.

Él la miró pensativo y asintió.

Todos se acercaron más al fuego, acomodándose para escuchar la historia. Sus ojos brillaban a la luz de las llamas y, aun en la semioscuridad de la pequeña estancia, se adivinaba el sonrojo de sus mejillas debido al calor de la lumbre.

El hombre se irguió de su humilde asiento. Agregó un par de leños de roble al fuego y regresó a su taburete. En una esquina de la cocina, los cristales de un viejo candil reflejaban la luz creciente que emitía la madera al arder, mientras, a sus espaldas, se extendía el reino de la oscuridad y del frío. Ya casi era primavera en Lampai, una pequeña aldea cercana a la ciudad del Apóstol Santiago, pero las noches todavía eran gélidas y los campos amanecían cubiertos por un blanco manto de escarcha.

—Solo os puedo contar la historia que llegó a mis oídos. La conocí a través de los ancianos de la aldea, relatada en torno a un fuego como hoy hago yo. Ocurrió hace mucho tiempo. Por ello, supongo que la realidad se habrá mezclado con leyendas y con la imaginación de la gente tras el paso de los siglos...

—Pero ¿qué pasó? —lo interrumpió con timidez la pequeña Clara, dejándose llevar por la curiosidad.

Jaime sonrió y ya nada lo detuvo.

—Hubo un monasterio benedictino por estas tierras llamado de San Paio —comenzó—. Al igual que hoy en día se entrega al molinero una parte del grano como pago por la molienda, también entonces los campesinos tenían que dar una parte de la cosecha a los *frades*. Los labriegos se quejaban porque eran cantidades muy grandes para lo poco que cosechaban. Cada vez tenían más dificultades para alimentarse, pues lo que quedaba tras el pago no alcanzaba hasta la siguiente recolección. Además, los *frades*

no tenían en cuenta si algún año el tiempo adverso estropeaba la sembradura, exigiendo más y más a quienes, como nosotros, poco poseían.

Luis, atento al relato de su padre, frunció el ceño empezando a comprender. Aun así, preguntó, interrumpiendo de nuevo el relato:

—¿Por qué les pagaban tributos, padre?

—Tenían que hacerlo porque las tierras dependían del monasterio.

—¿No eran suyas?

—No lo eran, hijo mío. Esas rentas eran los impuestos que tenían que abonar por vivir en ellas. Una parte de la cosecha se guardaba para intentar sobrevivir y el resto lo percibía el monasterio. Si pensáis que somos humildes —continuó Jaime—, más lo eran aquellas personas.

Luis asintió pensativo, dejó vagar su mirada por el fuego del hogar y su padre prosiguió:

—Durante mucho tiempo soportaron su pobreza, aunque, de vez en cuando, acudían al monasterio para intentar negociar una solución. Mas nunca fue posible. El prior les decía que también él debía cuentas a sus superiores y que no podía cambiar las cosas. —Jaime suspiró como vencido—. Hasta que, un año de malas cosechas, los campesinos tuvieron que elegir entre la vida y la muerte. Entre entregar o no aquella parte del escaso producto de la tierra. Se decantaron por vivir y asaltaron el monasterio.

La pequeña Clara emitió un grito de espanto y en sus ojos se reflejó el terror infantil.

—Sí, hija —prosiguió él—. Los hombres, las mujeres y hasta los niños se armaron con palos y herramientas, lucharon contra los frades y ganaron.

—¿Los mataron? —intervino Raúl, otro de sus hijos.

—Sí, algunos murieron —asintió sin querer profundizar más—. Finalmente, el monasterio fue abandonado y desmante-

lado. Algunas de sus piedras forman parte de nuestra iglesia y otras piezas se enviaron a Santiago. Hasta que pasado un tiempo otros poderosos tomaron su lugar, el pueblo tuvo oportunidad de recuperarse un poco de sus penurias.

Ante la conmoción general, su voz se perdió en el silencio solo interrumpido por el crepitar del fuego mientras imaginaban escenas cruentas e increíbles. Jaime respetó la impresión que su narración les había producido y sopesó el efecto de sus palabras.

Al cabo de unos instantes su esposa habló, intentando romper la pesada sensación que había invadido su casa.

—Hijos —dijo en tono resuelto—. Aquellos eran otros tiempos y seguramente no tendremos que vivir nada parecido. No os asustéis. Juntos hemos trabajado para llegar hasta aquí y continuaremos haciéndolo.

Añadiendo otro leño al fuego, Jaime tomó de nuevo la palabra:

—Debemos ser gente de paz, ayudarnos, y también a nuestros vecinos —aseveró—. Ahora, id a dormir y no dejéis que esta terrible historia altere vuestros sueños.

Sintiendo escalofríos al retirarse del calor de la lumbre, sus vástagos besaron al matrimonio, rezaron sus oraciones y se entregaron al descanso bajo las ásperas sábanas de lino de sus camas compartidas.

—Los has asustado —susurró Manuela a su esposo.

—Sé que no es una historia bonita —contestó él—, pero es cierta. Y seguimos siendo sumisos. Así que tampoco es malo para ellos que sepan lo complicada que es la vida —añadió—. ¿Cenó la niña? —preguntó cambiando súbitamente de tema, preocupado por el poco apetito que tenía Clara aquellos días.

El rostro de su esposa se oscureció.

—Apenas un mendrugo de pan mojado en leche de la vaca —dijo—. Le cuesta tragar y no entiendo la causa. Se ve sana y alegre, pero es incapaz de comer.

—Si esto sigue así habrá que tomar medidas o pronto perderá esa lozanía. Está creciendo y necesita alimento.

—A veces pienso... —comenzó ella para detenerse al instante.

—¿El qué? ¿Qué piensas?

—Quizá sea una tontería, pero ya he visto esto antes... —contestó Manuela dubitativa.

Jaime la miró con intensidad y ante el silencio de su esposa le preguntó:

—¿Y? ¿Di algo...! —la apremió.

—¿Y si es un aire?

Él se rascó la frente y se levantó. Fue a la *ola* de agua y se sirvió un poco en una taza de porcelana. Bebió despacio saboreando su frescor y regresó al lado de Manuela, que lo miraba anhelante. Tomó su mano y le dijo con hastío, como quien repite algo por enésima vez:

—Es curioso cómo nos cuesta creer que alguien se rebele contra la Iglesia o contra la fe y, sin embargo, sigamos creyendo en cuentos de viejas que atentan contra ella.

—¡No son cuentos! —se defendió ella con ímpetu—. Hay algo que no deja que la niña coma y, si puedo, impediré que la perjudique.

El hombre la miró compasivo debido a su falta de fe en ritos y remedios. Mas, sabedor de que no la convencería de lo contrario, decidió no insistir y retirarse por aquella noche.

—Estoy cansado, mujer. Me voy a dormir.

Así lo hizo. Jaime se desvistió rápidamente y ocupó su lugar en la cama de matrimonio. Mientras su esposa terminaba de recoger la cocina, él pensaba en sus palabras. El Labrador curaba las heridas que producían los animales y los trabajos en el campo. Sanaba fríos y catarras. Pero, cuando el mal era más profundo, y aunque fuera prohibitivo por su coste, sabía que el enfermo debía acudir a un médico. Don Juan siempre había sido atento en las ocasiones en las que había recurrido a él y sus medicinas

eran eficaces. Solo fallaron ante aquella terrible epidemia de la llamada gripe española, que se llevó a muchos de sus vecinos. Al pasar unos instantes, a pesar de sus cavilaciones y sumido en sus pensamientos, se durmió.

Quien todavía no había sido visitado por *Pedro Chosco* era Luis. Escuchó la conversación de sus padres y, junto a la emoción del relato del asalto al monasterio, su sueño adolescente se vio alterado sin conseguir abandonarse a unas horas de descanso reparador. Todavía pudo sentir el frío creciente en la estancia cuando la *lareira* se apagó y escuchó acostarse a su madre antes de comenzar a soñar.

Envuelto al fin en el abrazo del letargo, se vio caminando por el sendero que desde su casa en A Silva bajaba al lugar de O Mosteiro. Lo rodeaba la oscuridad, hacía frío y sobre los ruidos de la noche destacaba el aullido del lobo que de madrugada llamaba a su manada desde A Pena da Grela. A su lado, *Café*, su perrillo marrón, se pegaba a sus talones haciéndolo tropezar a cada paso, mientras escondía su minúscula cola entre las patas traseras por el temor que sentía hacia su pariente salvaje. El muchacho no era miedoso. Estaba acostumbrado a la luz de la luna y a los lobos, ya que desde niño iba a los prados a abrir el riego cuando les tocaba el turno estipulado por los vecinos, fuera noche o día. Sin embargo, llegando a la iglesia de O Mosteiro, lo sorprendió una claridad inusual.

Luis vio primero una luz trémula. No podía distinguir de qué se trataba, pero *Café* comenzó a gruñir y él se puso en guardia, advirtiéndole que algo anormal sucedía.

Se apartó del camino con sigilo y el perrillo lo siguió con un salto ágil a una señal del muchacho. Se escondieron tras el tronco de un grueso roble y el chico sujetó al can. Esperaron inmóviles y el lobo dejó de aullar, mientras el origen de la luz se acercaba, acompañada ahora de un murmullo inquietante.

Desde el cobijo que el árbol les ofrecía, Luis observó cómo uno de sus vecinos aparecía tras una curva de la senda. Era el molinero y, al verlo, entendió la causa de sus enormes ojeras y de su color mortecino. El hombre sujetaba una gran cruz con ambas manos mientras la miraba con una mezcla de devoción y de terror. Lo seguían unas figuras casi traslúcidas, aunque no lo suficiente como para no distinguir sus hábitos de monje antiguo, portando antorchas encendidas. Luis escuchaba plegarias y, de vez en cuando, el tintineo de una campanilla.

«Es la Santa Compañía y las ánimas son los frades de San Paio...», pensó para sí.

De pronto, una voz sobrenatural gritó desde la tétrica procesión:

—¡Huele a vivo!

Entonces, el chicuelo se encogió y tuvo miedo por primera vez. Recordó las palabras de su madre al explicarle que si veía a la Santa Compañía debía evitar que lo descubrieran. De no hacerlo, podrían atraparlo, posar la cruz en sus manos y obligarlo a portarla para siempre, o hasta que él mismo se la pasara a otra persona. Una brisa helada que envolvió sus temores puso de punta el vello incipiente de su rostro. Agradeció entonces que ella lo obligase a llevar siempre un cuerno de *vacaloura* en el bolsillo, diciendo que lo sacaría de aprietos como aquel, por lo que llevó su mano hasta él, apretándolo entre sus dedos rollizos.

En aquel mismo instante, otra voz replicó:

—¡Déjalo estar!

Y con un suspiro ahogado del mozo, exhalado entre la expectación y el alivio, la procesión pasó de largo y el sonido de la campanilla se perdió en la noche.

Tras un breve instante, escuchó de nuevo los aullidos del lobo y logró decir:

—Vamos, Café. Abramos el agua al prado y volvamos a casa. Los monjes de San Paio nada malo pueden hacernos ya.

Cuando el chico despertó a la mañana siguiente, se despertó despreocupado sin recordar aquel sueño extraño que lo visitó de madrugada. Se lavó la cara en el aguamanil, desayunó y se dirigió a la pequeña escuela de la aldea con sus hermanos.

Manuela se ocupó de la casa y de los animales mientras Jaime caminaba hasta la casa del pedáneo para hablar de unas fincas. Después, sus quehaceres diarios lo entretuvieron hasta que cayó la tarde.

Al regresar al hogar, abrió la puerta con despreocupación y entró.

Con sorpresa, casi pegó un respingo al ver a su hija Clara vuelta en una manta vieja. La niña sonreía y agitaba sus pequeños pies resbaladizos por la humedad. Su mujer vaciaba el agua de un caldero en el fregadero de piedra y el resto de sus hijos contemplaban algo, medio envuelto en un trapo, con sumo interés.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Jaime extrañado.

—¡Era pelo! —contestó su hija María.

—¡Pelo de gato! —añadió su hermana Carmen.

—Pero ¿de qué habláis? —inquirió de nuevo a sus hijas, levantando la mirada hacia su esposa en busca de una explicación.

Entonces, ella tomó la palabra sonriendo ante la cómica expresión de su marido.

—Como sospechaba, la niña tenía un aire, Jaime —aclaró triunfante.

Él apartó su mirada de ella y dirigiéndose hacia su taburete le contestó con desgana:

—Ya te dije que no creo en esas cosas...

—Pues deberías hacerlo —insistió la mujer—. Bañé a tu hija en agua con cenizas de la *lareira*, hojas de roble y plantas sanadoras. A la vez, pronuncié con fe el responso adecuado. Y Clara empezó a toser...

Sin poder contener su excitación, Luis interrumpió a su madre.

—¡Cuando miramos al agua vimos el pelo! ¡Clara lo expulsó!
—Y enseñó el mechón que descansaba en la pequeña tela y al que todos seguían observando.

Jaime se acercó a mirarlo a pesar de creer que toda su familia había enloquecido. Mas, al igual que el resto, vio aquel matojo de hebras grises mientras escuchaba decir a Clara, por primera vez en mucho tiempo, que tenía hambre.

Se volvieron asombrados hacia la niña, que los miraba divertida, y sonrieron contentos.

Jaime cerró los ojos y, en una plegaria callada, dio gracias al cielo mientras se persignaba.

Basado en un relato que una noche me contó mi tío abuelo sobre A Santa Compañía en O Mosteiro. En un aire que mi bisabuela curó a una niña en A Silva. En mi bisabuelo, un hombre bueno. En una aldea llamada Lampai (Teo, A Coruña), donde están parte de mis raíces y donde fui feliz. Y en la historia de un perrito llamado Café que temía a los lobos, pero que fue un gran compañero de mi madre cuando era niña y jamás lo ha olvidado. Gracias, mamá. Este relato es para ti y los nuestros.

3

EL MARINERO FITZWILLIAM

«Hoy es siempre todavía».

Antonio Machado

Carmiña vivía en un pueblo diminuto que siempre olía a salitre y algas. Unas cuantas casas humildes de piedra y cubiertas de teja se resguardaban de los incesantes vientos y de las tempestades marinas gracias al abrigo de los *penedos* de roca y arena que las abrazaban. Solo un poco más abajo, tras una pequeña loma, se abría una ensenada enmarcada por rocas de formas inverosímiles que hacía las veces de puerto natural, y una pequeña playa de arena gruesa.

Durante los duros inviernos, los pescadores permanecían muchos días en tierra y las familias se alimentaban entonces del pescado seco en reserva, deshidratado al sol, además de los moluscos y crustáceos que mariscaban durante la bajamar.

Por el contrario, en los días plácidos de sol y calor, la alegría se extendía por la aldea de Santa Mariña. Las mujeres, sentadas en la playa, remendaban las redes que sus hombres utilizaban para pescar o elaboraban un delicado encaje de hilo blanco y fino del que pendían decenas de bolillos que entrecruzaban con maestría,

tal y como les habían enseñado sus madres. Los niños jugaban incansables en la orilla y los marineros retornaban al atardecer con las barcas llenas de pescado.

Carmiña ayudaba a su familia como una más. Era muy joven, pero poseía la madurez que proporcionan la vida dura y la pena por los hermanos perdidos en el mar. Aquel océano bravo que traía la vida y la muerte.

La mañana del ocho de noviembre de 1890 amaneció nublada. El mar se oscureció y una calma tensa le confirió un aspecto denso e inquietante. Todos supieron que se gestaba una tempestad. Carmiña, como casi siempre que lo permitía la marea, bajó con un cesto de mimbre a las rocas. Hacendosa e ilusionada, pensó que lo llenaría de *minchas* y de erizos. Con suerte, atraparía también unas cuantas nécoras que vendería más tarde a los criados del pazo, que las demandaban casi a diario cuando el señorito volvía de sus viajes a Madrid.

Sumida en sus anhelos, ya camino de la playa, una brisa repentina, fría y húmeda revolvió su cabello. Entonces, buscó algo en la arena, encontró un trozo de cordel y con él ató su pelo. «Así estaré mucho más cómoda», pensó.

De pronto, al levantar su mirada libre ya de obstáculos, observó algo que no recordaba haber visto antes: una barca blanca varada en el arenal. Sabía que no pertenecía a ningún pescador de la aldea y miró a su alrededor. Era algo del todo inusual, pero no distinguió a nadie, y, aunque extrañada, se ocupó de sus tareas recogiendo el producto que el mar ponía a su alcance en las pozas y entre las algas. Su cesto se llenó conforme se alejaba de la orilla, trabajando con la seguridad de quien controla los vaivenes del oleaje, pero con el respeto de quien lo conoce y sabe que nunca debería fiarse de él.

Y así, agachada, totalmente absorta intentando llegar a un rincón que se le resistía, oyó a su lado una voz masculina que le dijo, con acento extranjero:

—Buenos días...

Carmiña se irguió rauda. Vio entonces a un hombre joven que le sonreía con cierto gesto de melancolía. Vestía un uniforme azul y blanco, destacando solo del conjunto un pañuelo rojo en su pechera. Fijándose mejor en su rostro, advirtió que poseía la tez curtida de los hombres de mar y que su pelo, entre rojizo y castaño, no tenía brillo, quemado sin duda por el salitre. Sí relucían sus ojos azules, y en ellos se detuvieron los de la muchacha. Tras un instante, ella reaccionó. Miró hacia el puerto, pero no vio a quien pedir ayuda.

El hombre adivinó sus temores y la tranquilizó:

—No me temas —dijo casi con la dulzura de un niño.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. Como me hagas daño, gritaré y vendrán a por ti —lo amenazó.

—No será necesario, Carmiña...

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó incrédula.

—El viento me lo dijo... —Y sonrió mientras se acercaba un poco más a la chica—. Me llamo Matthew Fitzwilliam. Soy marinero de la Armada inglesa y la barca me trajo hasta la playa.

—Y, ¿dónde está tu barco? ¡No creo que hayas venido en esa lancha desde Inglaterra! —contestó con cierto descaro.

—Mi barco está en el mar. Pronto llegará a la costa. Me he adelantado solo un poco para observar —respondió volviendo a sonreír—. Anoche vi el faro. Emite poca luz y habrá que ser cuidadosos al navegar.

Ella tuvo que darle la razón.

—Es el faro del cabo Vilán, y es cierto que, con niebla o lluvia, no ayuda demasiado. Tendrían que aumentar su potencia, pero el viejo farero hace todo lo que puede —razonó ella—. Aquí todo es humilde y áspero, marinero. La mar es brava y los hombres luchan para vencerla.

—Al mar nunca se le vence... —contestó él.

—Lo sé... —añadió ella resignada, pensando en sus hermanos y en los vecinos a los que las aguas engulleron sin devolverlos siquiera para darles cristiana sepultura.

Ante los duros recuerdos, la joven se sentó en una roca perdiendo momentáneamente las fuerzas. Él la acompañó y habló de sí mismo.

—Mi barco salió de Plymouth hacia la costa oeste de África. Nuestra misión es relevar a su gemelo en las colonias inglesas de ese continente.

—Te vas muy lejos —contestó ella soñadora, pues no había salido de su entorno más que en tres ocasiones acompañando a su padre a la cercana villa de Camariñas. Una vez por cada pérdida...

—El barco tiene tres palos —continuó él—. Y también dos máquinas a vapor. No es muy estable por el armamento que llevamos a bordo, pero pronto terminará el viaje...

Carmiña miró al cielo, que anunciaba lo que ambos sabían:

—Habrá tempestad. Sed prudentes.

Fitzwilliam la miró sin verla, como si otease más allá de la muchacha o a través de ella. La mocita sintió algo extraño en su interior y se puso en pie.

—Debo terminar mi trabajo, marinero. La marea ya sube.

—Y yo la tendré en contra para volver a bordo, pero remaré fuerte. ¡Hasta pronto!

—Todavía no me has dicho por qué sabes mi nombre.

—Las olas me lo susurraron —dijo él misteriosamente, despidiéndose con un saludo militar.

Al volver a la aldea, sin saber muy bien la razón, Carmiña a nadie habló de aquel encuentro, pero la imagen de Fitzwilliam, su voz suave y su mirada la acompañaron el resto de la jornada.

A la mañana siguiente, arreció el viento y las nubes eran más oscuras. La mariscadora volvió a las rocas protegida por un abrigo encerado. La playa permanecía vacía y esbozó una vaga sonrisa

soñadora, pues le hubiese gustado volver a ver varada aquella barca blanca. «Estás loca», se reprochó.

Pero, ya en faena, de nuevo la sorprendió aquella voz cálida y masculina.

—Buenos días...

—¡Buenos días, Fitzwilliam! —contestó contenta.

—Me gusta como dices mi nombre. Suena distinto que en Inglaterra.

—Quizá no lo pronuncio bien. No sé inglés... —comentó avergonzada.

—Lo pronuncias del modo más bello que he oído nunca —dijo él, ruborizándola.

—¡No vi tu barca al venir! —exclamó la muchacha cambiando el tono que tomaba la conversación.

—Acabo de llegar. Mi barco está cada vez más cerca... —añadió el joven mirando al horizonte.

Ella no comprendía que el buque no hubiera llegado ya. Sin embargo, no se atrevió a preguntar.

—Siéntate un rato —lo invitó mientras se acomodaba en las rocas—. Hoy parece cansado...

—Realmente lo estoy —contestó el marinero—. La noche fue movida a bordo, ya que la mar está empeorando. El barco se balancea de un modo alarmante y no se puede dormir.

—No parece muy seguro... Pero los ingleses tenéis fama de ser buenos marinos. Os irá bien —lo animó.

Fitzwilliam la miró y sonrió de un modo que a la muchacha comenzaba a gustarle. Él tomó su mano, algo ruborizado, mientras Carmiña sentía apenas su caricia. Bajando sus ojos, vio una cicatriz en forma de arco en la mano masculina:

—¿Cómo te la hiciste?

—Me clavé un anzuelo.

—¿También eres pescador?

—Sí —confirmó risueño—. Solía pescar con mi padre en Torbay. Él me curó. No es nada... —añadió quitándole importancia.

Entonces, el marino se agachó, cortó una flor que crecía entre las rocas y que todavía lucía rosada entre sus compañeras marchitas, y se la ofreció a la jovencita.

—Es una *herba de namorar* —dijo ella sin cogerla—. ¿Conoces su leyenda?

—No, pero tú me la contarás, ¿verdad?

Ella asintió.

—La leyenda dice que, si introduces esta flor en el bolsillo de la persona que amas, esta se enamorará de ti.

—¿En serio? —preguntó impresionado—. ¿Y funciona?

—Dicen que sí...

—¿Querrás entonces guardarla en tu bolsillo? —preguntó travieso.

—Pero... —dudó ella—. No te conozco...

—Lo sé —admitió—. Pero ya nunca me olvidarás —añadió.

Ella acarició la flor con su mirada y pensó en alto:

—Eres extraño, Fitzwilliam... Apareces de la nada. Vas y vienes de un barco que no puedo ver. Conoces mi nombre... ¿Eres real?

—Tan real como la roca que nos sostiene, como el viento que enfría nuestros rostros y como la llovizna que empieza a mojar tu precioso pelo. Ya lo comprobarás...

—¿Lo haré?

—Mucho me temo que sí. Y pronto.

Tras decir esto, el muchacho se levantó todavía con la mano de la joven en la suya, la acercó a sus labios y con un leve roce la besó. Mientras, con la otra mano, introdujo la flor en su propio bolsillo.

—¿Volverás mañana? —preguntó él ansioso por primera vez.

—Por supuesto, Fitzwilliam. Este es mi trabajo y todavía tendré una buena marea.

—Mañana será un día importante —aseguró él marinero con desazón—, y necesitaré pedirte un pequeño favor.

—¿Un favor?

—Sí. Pero te lo diré mañana. Ahora debo dejarte. El tiempo empeora...

Y se alejó hacia la playa.

Solo cuando la mozuela regresó a casa se dio cuenta de que la lluvia la había empapado y de que su cesto estaba casi vacío.

—Pero, Carmiña —se extrañó su madre—, ¿qué traes hoy? ¡Apenas nada!

Y es que la muchacha, tras la marcha del joven marinero, se había quedado pensativa sin poder apartar su mirada del mar.

—Mañana traeré el doble, madre —se disculpó.

Esta la miró sin hacer preguntas y ella nada añadió.

Al día siguiente, la chica madrugó más. El tiempo había empeorado mucho. La niebla y una humedad salada lo envolvían todo. A ratos, llovía. El océano se envalentonó durante la noche y una capa de espuma blanca coronaba las olas mar adentro. Carmiña sabía que la marea no bajaría tanto aquella mañana y que tendría que aprovechar bien el tiempo que aquella le concediera.

Nadie la interrumpió durante el trabajo y llenó su cesto. Varias veces levantó la mirada de las rocas deseando ver al marino, pero estaba sola y la invadió una especie de congoja. No podía engañarse a sí misma. Deseaba verlo y saber qué podría hacer por él. Esperó hasta que el mar le impuso el regreso y entonces sí lo vio. Estaba en la playa, junto a la barca, revolviendo con su mano derecha el contenido de un pequeño saco de cuero.

—Hola, marinero —lo saludó.

—Buenos días...

Sus miradas se cruzaron y los ojos de ambos sonrieron.

—Hoy debes tener mucho cuidado al volver a tu barco. El temporal ya está aquí y la marejada aumenta. No sé ni cómo has podido venir... —se preocupó ella.

—Volveré ahora mismo. Solo me queda una cosa por hacer... —Y se acercó a la muchacha con algo en su mano.

La zagala dejó su cesto sobre la arena.

Él rozó un mechón de cabello de la joven que escapaba de su recogido.

—Me gustaría disponer de más tiempo para acariciar tu pelo —susurró él—, pero hoy será el último día que podré verte.

Al instante, una lágrima callada se deslizó por la mejilla de la joven.

—No llores —dijo él recogiendo aquella gota salada con sus dedos—, y alégrate por habernos conocido. Has conseguido que para mí estos días fueran hermosos, a pesar de la lluvia, del viento y de las discusiones a bordo.

—¿Discusiones?

Él suspiró.

—A pesar de lo que les conté sobre esta costa, hay dificultades para elegir bien el rumbo... No se ponen de acuerdo... Pero tranquila, pues yo sé dónde está mi puerto. Aquí. Contigo.

Ella enmudeció, mientras una semilla germinaba en su corazón. Él continuó:

—Ayer dije que te pediría un favor.

—Tú dirás... —aceptó ella, aún sin saber de qué se trataba.

—¿Podrías enviar esta carta por mí? —preguntó mientras se la tendía—. No estoy seguro de si podré hacerlo yo, y me tranquiliza dejarla en tus manos. Es para mi familia —añadió señalando el sobre—. Esta es la dirección de mi casa allá en Inglaterra.

—No sé leer... —reconoció ella turbada.

—No importa —contestó—. Solo tienes que llevarla a un puesto de correspondencia y ellos la enviarán. Es muy importante para mí...

La joven consideró que tendría que volver a Camariñas y la angustia se apoderó de ella. Pero buscaría el modo. Por él, lo haría.

—Así lo haré. Por supuesto que lo haré. —Y tomó la carta resguardándola de la humedad entre sus ropas.

Matthew Fitzwilliam suspiró aliviado.

—Gracias...

Luego ella, afligida por el próximo adiós, preguntó con una última esperanza:

—¿Me escribirás desde África? Alguien me podría leer tu carta... Me gustaría saber que estás bien...

—Haré algo mejor —dijo él con firmeza—. Algún día vendré a quedarme. ¿Me esperarás?

Y Carmiña, enamorada, asintió.

—Siempre.

Cuando perdió de vista la barca y pudo disimular sus lágrimas, la joven recogió su cesto. Muy despacio, agotada como nunca, subió el camino al pueblo.

El temporal arreció. Las barcas de los hombres de la aldea regresaron con prisa y la noche cayó temprano. El viento silbaba y azotaba los cristales de las casas. La lluvia era espesa como la pez.

En la humilde morada de Carmiña encendieron una pequeña lámpara de aceite a la Virgen del Carmen, patrona de los marineros, y se retiraron a dormir. En su cama, la joven no dejaba de acariciar aquella carta.

Poco antes del alba, y a pesar de que el quejido del viento continuaba siendo ensordecedor, escucharon la campana de la capilla sonando sin parar.

Todos conocían aquella señal.

Se vistieron rápidamente y con candiles y faroles, que amenazaban con apagarse a cada golpe de viento, siguieron al enviado del párroco.

—¡Un naufragio! —gritaban.

—¡Que Dios se apiade de sus almas!

—¡Ha sido en A Punta do Boi! —dijo alguien—. ¡Un barco inglés!

La chica sintió terror y se agarró al brazo de su padre mientras este la advertía:

—Podemos ver cosas horribles, hija...

Poco antes de llegar a la cumbre del monte Branco amaneció y el panorama ante sus ojos fue desolador.

A lo lejos, un barco casi hundido se balanceaba con el empuje de las olas amenazando con irse a pique en cualquier momento. Más cerca, la playa estaba llena de personas corriendo y de figuras inmóviles tendidas en la arena. Aun desde las alturas, la atónita muchacha reconoció en aquellos cuerpos varados el mismo uniforme que vestía Fitzwilliam y a punto estuvo de desmoronarse. Sin embargo, su fortaleza le permitió no caer desvanecida y, aunque como sonámbula, sin escuchar ya el viento ni las olas, sin sentir la lluvia en el rostro y con el corazón roto, bajó hasta las dunas y continuó hacia la orilla, viendo cómo de modo incesante nuevos cuerpos llegaban hasta ella. Ahogados. Muertos.

Continuaron llegando durante varios días.

Y ella volvió cada nueva jornada a aquel escenario de desolación atraída por una fuerza desconocida.

Se enteró de que el día ocho de noviembre, el mismo día en el que conoció a Fitzwilliam, el HMS *Serpent*, el barco hundido, había salido de Plymouth con destino a África.

Y supo que era un barco inestable.

Y que aquella noche de perros erró el rumbo, encallando en las rocas porque no vio la luz del faro.

Y que solo hubo tres supervivientes de los ciento setenta y cinco hombres que iban a bordo, y que Fitzwilliam no era uno de ellos.

Al cuarto día después del naufragio, enferma de angustia y cansada de tanta muerte, la muchacha se sentó en la arena de la Playa do Trece. Desde su posición, vio a algunos hombres recogiendo otro cadáver llegado desde aquel pecio maldito, mientras el párroco le daba una póstuma bendición, y cómo lo conducían al otro lado de la playa para enterrarlo junto a sus compañeros en una tumba común. Mientras observaba la triste escena, no dejaba de hacerse preguntas. Creía imposible que Fitzwilliam viajase en aquel barco, porque durante los días de travesía desde Inglaterra el marinero estuvo con ella cada mañana. Sin embargo, aquel era el único barco con las mismas características de las que él hablaba que pasó por la costa aquellos días. Pensó también en los miedos del joven. En su melancolía. Y en aquella carta que ella seguía portando junto a su corazón, tan real como el sonido de las gaviotas que chillaban enloquecidas buscando algo de carroña. ¿Se había adelantado el alma del marinero hasta ella en busca de un mensajero para aquella carta? A todas luces, aquello era una locura. «No. Tiene que tratarse de otro barco o enloqueceré», pensó.

Tras un buen rato perdida en sus dudas, la chica se levantó, arremangó su falda y caminó enterrando los pies en la arena de vuelta a la aldea. Para evitar las dunas, llegó hasta donde la playa se unía al monte Branco, aquel gigante formado por la arena que el viento arrastraba ladera arriba. Entonces, vio algo. Un revoltijo. Una tela azul enmarañada, la punta de un pañuelo rojo y una *herba de namorar* semienterrada.

Se arrodilló y arrastró suavemente la arena que cubría aquel fardo, apartándola como quien acaricia a un recién nacido, hasta descubrir junto a la flor una mano inerte con una cicatriz en forma de arco.

Basado en el hundimiento del barco HMS Serpent en el lugar de A Costa da Morte que se describe, en el año 1890 (Camariñas, A

Coruña). Los cuerpos de sus tripulantes permanecen enterrados en el cementerio de Los Ingleses, bendecido el 23 de noviembre del mismo año, y que forma parte de la Ruta Europea de Cementerios Singulares, reconocida como Itinerario Cultural Europeo. Este relato es un homenaje a la naturaleza agreste de A Costa da Morte, a las sufridas gentes del mar y a las mujeres que luchan, que aman, que esperan...

4 FARO

«No azul do céu riscado p'las gaivotas
do Orzán doirando a cérula baia,
ergue-se a “Torre de Hércules”, e guía
as naus em suas humidas derrotas».

Eugénio de Castro

Una tarde del año 869, el joven Erik Frodison contemplaba orgulloso la flota de barcos de guerra desde lo alto del acantilado. Recortadas sobre las aguas de un mar tranquilo de verano, resaltaban las naves de distintos tamaños, alargadas, imponentes por sus líneas y colores llamativos, ligeras y ágiles, dignas de su pueblo. Desde su atalaya distinguía hombres en las cubiertas que ultimaban los preparativos para hacerse a la mar. Las figuras comprobaban que los mástiles se abatiesen e irguiesen con facilidad, calafateaban con breá los últimos resquicios de cada barco, repasaban las velas cuadradas para que resistiesen los fuertes vientos y tampoco descuidaban la solidez de los remos.

Una brisa cálida revolvió su cabello rojo como el fuego y acarició su rostro pecoso, apenas cubierto por un ligero bozo juvenil. Todavía sería necesario el paso de muchas estaciones para que el

joven se convirtiese en el vikingo que quería ser. No obstante, a ojos del pueblo normando ya era un hombre.

Durante la pasada luna, el muchacho había superado las pruebas de los ritos iniciáticos con valor, astucia y una resistencia al dolor que llamó la atención entre los suyos. En las celebraciones posteriores yació con Gudrun, la muchacha que robaba sus sueños desde que era un crío, convirtiéndose por completo en adulto a sus quince años. Los hombres de su clan le entregaron su propia espada, la compañera que a lo largo de su vida de guerrero sería su mejor aliada. El martillo de Thor, el amuleto más poderoso que lo protegería en una lucha junto a la invocación al dios Tyr antes de la batalla, decoraba su empuñadura.

Ahora, tras su transformación en joven guerrero, Erik partiría en aquella flota en busca de botín y fortuna.

Tras bajar hasta la playa, el mozuelo subió a bordo de algunos barcos, paseando por las cubiertas bajo cuyas tablas ya reposaban sacos de cuero con armas, toneles repletos de víveres y odres de agua dulce. Leif, su padre, que lo flanqueaba orgulloso, posó su mano fuerte en el hombro del chico y dijo, con sentido del humor:

—¡Tendrás que aprender a caminar sobre las aguas como aseguran que hace ese dios del que hablan en la tierra a la que vamos!

—¿Jakobsland? —preguntó Erik.

—¡Allí mismo! —confirmó—. Y ahora, ven. Acércate y observa la magnífica cabeza de dragón tallada en la proa. Asustará a los espíritus protectores de los cristianos.

Erik se encaramó al madero acariciando su superficie cálida y seca, sintiendo la fuerza que le transmitía. Observó que, en el barco más próximo, la cabeza de dragón había sido sustituida por una serpiente igualmente admirable. Juntos, dragones y serpientes, partirían hacia el sur. «Cuando los cristianos nos tengan encima, los venceremos con facilidad», pensó.

Leif leyó su pensamiento y comentó, con la prudencia que le recomendaba la experiencia:

—Hijo, no pienses que nuestros ataques son fáciles. A veces, los habitantes de los pueblos y ciudades que saqueamos huyen despavoridos y nuestro trabajo se reduce a buscar riquezas. En otras ocasiones —añadió—, los guerreros enemigos nos hacen frente y tenemos que batirnos en luchas despiadadas para conseguir el mismo objetivo. También cautivos, si el jefe lo ordena. Hazañas de este tipo son con las que sueña cualquier vikingo valeroso —dijo con un brillo de orgullo en su mirada—. Pero la mayor parte de nuestros enfrentamientos se producen con gente desarmada, asustada y aparentemente indefensa ante nuestro poder. Sin embargo, se trata de ellos o de nosotros, y debemos obtener un botín que compense nuestro viaje. Llegarás a ver cosas terribles. Llegarás a hacerlas. Es tu deber.

Erik miró con gravedad a su padre. Tras unos instantes en silencio y acariciando de nuevo el mascarón, preguntó:

—¿Qué cosas he de saber, padre?

Leif dejó vagar su mirada hacia el horizonte y contestó:

—Cuando a la luz de las hogueras escuchas las sagas de nuestro pueblo, todo resulta heroico, poderoso, inevitable. La cerveza y el hidromiel suavizan el impacto de su violencia. Pero la realidad, la que conforma esas historias, es dura, cruel y huele a sangre.

Erik tragó saliva y volvió la vista hacia su padre. También le devolvió su mirada y añadió:

—Si encuentras un hombre joven, mávalo. Si te das de bruces con un hombre adulto, mávalo. Si un anciano permanece en su casa ante ti, mávalo. Si hallas un niño escondido tras unos sacos, mávalo. Si es una mujer, mávala. Solo se hacen cautivos si lo manda el jefe, recuerda. El resto es muerte.

Adivinando lo que su hijo replicaría, continuó:

—Si no los matas, quizá ellos sí te maten a ti. A veces, quienes parecen más indefensos son los más peligrosos, pues el miedo los vuelve traicioneros y salvajes. No te fíes de ninguno.

Erik había escuchado miles de veces aquellas historias plagadas de aventuras, heroísmo y épica, pero su padre consiguió que, de pronto, todo lo poético que en ellas había se esfumase para darse de bruces con la cruda realidad. Y, aún en aquel día radiante de verano, sintió frío por un instante.

Partieron al día siguiente guiados por la costa de día y por las estrellas durante la noche.

Cada hombre portaba un pequeño arcón con sus pertenencias, que le servía de banco cuando los vientos no ayudaban y tenían que remar. Para dormir, extendían lonas a modo de tiendas que los cubrían del relente de la madrugada. La camaradería entre la tripulación hacía el viaje agradable. Solo algunos individuos se mantenían apartados.

—Son Bersekir... —explicó Ulf, el tío de Erik—. Guerreros de Odín.

—Lo sé —respondió el chico—. En las sagas son feroces.

—En la realidad lo son todavía más —añadió su primo Hakon—. Nunca te cruces en su camino. En la batalla no distinguen entre amigos o enemigos...

—Dicen que consumen hongos que los convierten en bestias —comentó Erik.

—Así es —confirmó Leif—. ¿Has repasado ya tu equipo? —le preguntó cambiando repentinamente de tema—. Mañana llegaremos. Será tu gran día, muchacho. Procura no alejarte de nosotros.

El joven guerrero asintió en silencio, con un firme movimiento de cabeza.

El cielo de Jakobsland, la Tierra de Santiago, los recibió cubierto de nubes, y un viento fresco e intenso provocó que las

naves se bamboleasen más de lo esperado en una jornada de estío. A bordo, los vikingos vistieron sus ropas de guerra. La mayoría se protegía con cascos y petos de cuero endurecido. Los más pudientes, o los mejores guerreros como Leif o Ulf, lucían cotas de malla y casco metálico. Todos tenían a punto sus armas y escudos.

—¡Erik!

—¿Sí, padre?

—Ahora verás dispersarse a la flota. Atacaremos en varios lugares y en un par de días nos reuniremos de nuevo en el mar con el botín. Esta vez —añadió Ulf con gravedad—, no haremos prisioneros. Solo riquezas. ¿De acuerdo?

El joven guerrero asintió deseando que su valor se mantuviese firme. Con curiosidad, preguntó:

—¿Dónde atacaremos nosotros?

—Saquemos el Burgo de Faro. Allá delante tienes el antiguo faro que le da nombre. —Señaló a lo lejos.

—¿Aquella torre en ruinas? —inquirió enfocando su mirada.

—Ese es —corroboró Leif—. Hace siglos que está en ese estado.

—Algo ilumina su parte alta —observó Erik.

—No, hijo —negó Leif tras comprobarlo mirando con atención—. Si un día alumbró para guiar a los marinos, ni se acuerda. Pero la torre es una guía en sí misma.

Volvió a mirarla. De nuevo distinguió un resplandor en su cúspide, pero no discutió a su padre.

—Y, ¿dónde está el burgo?

—Algo más escondido que esa atalaya. Dejaremos las ruinas a nuestra diestra y llegaremos al puerto.

Empezó a caer una lluvia fina que redujo ligeramente la visibilidad. Aun así, ya de cerca, vieron sin dificultad la silueta de aquella torre que Erik imaginó imponente en sus tiempos de esplendor. La parte superior tenía una forma irregular a causa de los sillares caídos y faltaba buena parte de una rampa que la envolvía por el exterior.

—¿Se puede subir a ella? —preguntó.

—No —contestó su primo Hakon, que admiraba como él aquella construcción—. Lo intenté hace un tiempo, pero la rampa exterior no es continua y la escalera interior está derrumbada. Es imposible llegar hasta lo alto, salvo que te conviertas en una araña —bromeó—. En ella tan solo hay piedras y nidos de gaviotas.

Sin embargo, mientras la dejaban atrás, Erik creyó ver de nuevo luz en su remate. «¿Qué te pasa hoy, muchacho? —pensó para sí—, la emoción te hace ver cosas que no existen», concluyó mientras negaba con la cabeza y apartaba la vista de aquel resplandor que nadie más veía.

Fue fácil adentrarse en la ría. No era la primera vez que el timonel remontaba aquellas aguas abrigadas por la costa. Al virar tras un último recodo, entraron en una bahía al resguardo de los vientos y vieron, al fin, la pequeña ciudad. La cortina de lluvia se disipó y las nubes se abrieron. En el instante en el que el burgo apareció nítido ante ellos, y a pesar de su probado coraje, a Erik le pesó su espada. Allí estrenaría el filo que con tanto mimo había amolado. Era un vikingo. Su fortaleza y fiereza se le presuponían, pero también era la primera vez.

Algo inesperado llamó la atención de los hombres que viajaban a bordo de la media docena de naves que entraban ya en el puerto, provocando el cese de sus conversaciones. En otras ocasiones en las que la ciudad ya había sido asaltada, los muelles aparecían repletos de barcos mercantes y la gente corría huyendo al ver sus naves. Se oían gritos y voces de alarma. Sin embargo, en esta ocasión era distinto. No había embarcaciones y tampoco personas. No se escuchaban chillidos ni alboroto. Solo los recibió un silencio vacío, alarmándolos más que si los hubieran recibido con hostilidad, por lo que se mantuvieron expectantes y dispues-

tos, más que nunca, a la lucha, al robo y al saqueo. Eran guerreros y se enfrentarían, aunque fuese a fantasmas.

Saltaron a tierra y se desperdigaron hacia las primeras casas. Erik siguió a su padre, que parecía haber enloquecido con el ímpetu del asalto. Lo imitó soltando alaridos con una voz que no le pareció la suya.

Tiraron una puerta, pero dentro solo encontraron vacío.

Luego otra.

Y una tercera.

Nada.

Ni personas, ni botín.

A todos los asaltantes les ocurrió lo mismo y, poco a poco, regresaron al muelle con caras extraviadas y las manos vacías.

—¡Han abandonado la ciudad y se han llevado todas sus cosas de valor! —gritó el jefe, Asvald Grimson.

—¿Que se han marchado? —respondió Bjorn—. Pues ¡persigámoslos!

—¿Hacia dónde, Bjorn? —replicó el jefe atravesándolo con la mirada—. Será mejor que enviemos exploradores y sepamos a qué atenernos. Mientras, montaremos un campamento junto al faro. Es un lugar despejado desde el que podemos controlar toda la zona sin sufrir sorpresas desagradables. Según las noticias que nos lleguen, atacaremos o volveremos al mar. ¡Todos a las naves! ¡Fondearemos junto al campamento!

Nadie osó contradecir al jefe Asvald y retrocedieron hasta la península del faro.

Pasado el chubasco de la mañana, lució un sol veraniego y los vikingos comenzaron a sudar bajo sus ropas de batalla. Comieron de sus provisiones y algunos descansaron, mientras otros se dedicaban a cazar los conejos que correteaban a sus anchas por todas partes.

Con la tranquilidad que da la experiencia, Leif, Ulf y Hakon se durmieron apoyados en una roca. Erik se recostó como ellos, pero fue incapaz de entregarse a los sueños sin poder apartar la vista del antiguo faro. Nunca había visto una torre tan alta y era hermosa, a pesar de que el tiempo había marcado en ella sus huellas. Sus piedras se secaban de la lluvia bajo el sol, pareciendo a cada rato más luminosa. El muchacho imaginó los carros cargados de madera y de grasa subiendo por la rampa para alimentar el fuego que desde lo alto guiaría a los navegantes, las vistas amplísimas que desde ella se divisarían, los fuertes temporales que la azotarían.

El chico escuchó los ronquidos de su padre. En realidad, toda su familia dormía, así que pensó que nadie lo echaría de menos durante un rato. Se incorporó y caminó hacia el monumento con la agradable brisa marina en el rostro y el zumbido de los insectos a su alrededor.

Al alcanzar su base, la bordeó hasta encontrar un hueco. El primero que vio no llevaba a ningún lugar, ya que unos enormes sillares impedían el paso. Con el segundo tuvo más suerte y se encontró en un túnel oscuro y estrecho. Tenía que avanzar de lado, con una mano al frente y pisando con cuidado por si hubiese algún pozo. Al poco, sintió que el terreno ascendía y vio claridad un poco más adelante, desembocando al fin en el interior del faro.

El joven vikingo se encontró con una cantera de fragmentos de piedra y de mampostería caídos desde las alturas. El techo y los muros presentaban agujeros. Y no había nada más. Rocas, maderas podridas, luz y vacío. Tuvo que dar la razón a su primo Hakon; pero ¿y aquella luz que había visto? Sin embargo, tras mirar y remirar, no encontró una explicación y, defraudado, decidió regresar al campamento.

Cuando ya se giraba hacia la salida, escuchó algo que lo alertó. Se detuvo y prestó atención, pero solo distinguió el sonido de las

gaviotas. Al volverse hacia el túnel, lo oyó de nuevo. «¿Será quizá algún animal?», pensó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó desenfundando el cuchillo que colgaba de su cinto—. ¿Quién anda ahí? —repitió con voz firme.

Algo rozó su hombro y él se giró bruscamente cortando el aire con su arma corta. Al momento, un nuevo roce, un nuevo giro y ¡nada!

Hasta que elevó la mirada.

Con asombro, vio un cabo anudado que estaba seguro de no haber visto antes, y a una muchacha aferrada a la cuerda, vestida con un cómodo atuendo masculino, que lo miraba divertida.

—¿Quién eres? —interrogó el joven a la chica observándola con detenimiento.

—Soy la farera —respondió con una voz peculiar situada en algún lugar entre el silbido del viento y el sonido impetuoso de las olas del mar.

—¿Encendiste tú la luz que vi?

—¿La viste? —preguntó con aquella voz irresistible—. Eres afortunado. No todos pueden distinguirla y encallan en las rocas. Por eso es tan importante mi trabajo.

—¿Subes por la cuerda? —pescudó Erik, aunque la respuesta era obvia.

—Así es —le confirmó—. ¿Quieres venir?

El chico dudó. Quizá ya se había entretenido demasiado y debía regresar junto a los suyos.

—Tengo que irme —resolvió finalmente—. Quizá me necesiten.

—Tus amigos descansan todavía. No debes tener miedo...

—¡No tengo miedo! —replicó él, herido en su recién adquirido orgullo guerrero—. ¡Échame el cabo!

La joven soltó el extremo de la cuerda que enrollaba en su brazo y treparon por ella. La muchacha subía con suma facilidad,

etérea y silenciosa. Sin embargo, con el peso de sus ropas y armas, Erik resoplaba ya a medio camino.

—Podrías haber dejado todo ese metal abajo —dijo ella con su voz cantarina—. Nada necesitarás mientras estés conmigo.

Al llegar al techo y salir al exterior por una de sus quedades, el tiempo había cambiado radicalmente. Oscureció. Fuertes ráfagas de viento frío silbaban ensordeciéndolos. Abajo, el mar chocaba con fuerza contra las rompientes. Todo era tempestad y soledad, pues Erik no pudo distinguir las naves normandas, ni el campamento.

—¿Dónde está mi gente? ¿Y el sol de verano? —gritó para que ella escuchase su voz por encima de los bramidos del viento.

—Tranquilo, Erik —susurró apenas, aunque la oyó con nitidez.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Igual que conozco tu idioma y que puedo ver en tu corazón. Ven... —dijo tendiéndole la mano—. No temas... Yo te explicaré.

Erik tomó la mano de la muchacha sin voluntad para rebelarse y, rodeando la plataforma, la siguió. Se fijó en un gran candil cuya llama se reflejaba en una lámina de cobre pulido que multiplicaba su luminiscencia. Mientras estudiaba lo que veía, ella lo observó, indicándole al rato que se sentase a su lado.

Ya junto a ella, no sintió con tanta fuerza el empuje del viento y Erik se relajó.

—Aquí arriba nunca es verano —comentó ella—. Siempre es noche, hace frío, la mayor parte del tiempo llueve, el viento casi me derriba y, si hay niebla, es tan espesa que no permite ver más allá de dos pasos. A veces, un rayo alcanza la lámpara. Entonces, el ruido es tal que me impide oír durante días, y su luz es tan cegadora que los ojos me duelen durante semanas. Por eso, es primordial que la lámpara esté siempre encendida, para salvar de una muerte segura a los que puedan verla. Y aun así... a pesar de

mis esfuerzos y de mi arduo trabajo, muchos no la distinguen y sus barcos se estrellan contra las rocas. Entonces, tengo que ver como el mar arrastra las almas en pena de los marineros. ¡Lloro tanto cuando eso sucede...! ¡Es tan triste...!

El muchacho escuchaba sin dejar de mirarla, atrapado en su historia.

—¿Cómo te llamas? —acertó a preguntar.

—Mi nombre es Coruña...

—Es hermoso.

—Gracias —contestó sonrojada—. Es el nombre que me puso mi pueblo. Un nombre compuesto de sal y de arena, de olas y de vientos, de luz y de oscuridad, de risas y de llantos, de niños jugando en la playa y de ahogados que no encontraron otro rumbo que el fondo del mar, del bullicio del mercado y del tañido de campanas...

El interés de Erik crecía con cada una de sus palabras.

—Y, ¿estás aquí sola? En la ciudad no hay nadie. ¿Por qué te dejaron atrás?

—Pueblos como el tuyo provocan que la gente huya tierra adentro. No podréis atacarlos de nuevo. Se han refugiado en un puerto más seguro.

—Pero ¿y tú? —insistió él.

—Yo vivo aquí. Amigos o enemigos, me necesitáis —respondió—. Por eso conozco los idiomas de los marinos, para entenderlos y ayudarlos. También sé sus nombres y los cuido a todos por igual. Nadie me hará daño. —Y mirando fijamente al muchacho le preguntó con inocencia—: ¿Tú me harías daño, Erik?

—¡No! ¡Claro que no! —respondió él con firmeza—. Por si fuese poco lo que cuentas, te estoy agradecido por permitirme llegar hasta aquí arriba. Me sentía atraído y quería ver el mundo entero desde las alturas. Realmente es imponente, a pesar de este tiempo terrible —dijo levantando la vista hacia el oscuro horizonte.

Coruña sonrió. No conocía a nadie cuya visita a aquel lugar le hubiera resultado indiferente y se sentía orgullosa.

Tras un silencio, la joven se acercó todavía más al joven y, susurrando en su oído, habló persuasivamente:

—¿Quieres quedarte conmigo, Erik? ¿Querrías ayudarme?

El vikingo la miró embelesado. Por un momento, pareció dudar. Luego se rehízo y respondió:

—Soy un guerrero, Coruña. Un vikingo se debe a su pueblo. No puedo quedarme. Aunque reconozco que me siento bien aquí.

Coruña se separó de él desencantada.

—Te he mostrado mi buena voluntad, a pesar de que has venido a arrasar a mi pueblo. Te conté mis secretos, extranjero. Pero subestimas este puesto... Y a mí.

—No lo hago —se defendió él.

—Si te quedaras —insistió sensualmente acercándose al joven de nuevo—, te recibiría en mis brazos y te amaría... Estoy tan sola...

Erik no pudo reprimir su deseo, abrazó a la muchacha y acercó su rostro al de la chica. Coruña cerró sus ojos y se entregó. Mas, cuando sus bocas iban a unirse, el joven despertó como de su ensueño.

Estaba solo.

De nuevo escuchó el aullido furioso del vendaval. Sintió el sabor salado de las pequeñas gotas de mar que arrastraba el viento hasta las alturas. Hacía frío y el candil se había apagado. Donde estaba Coruña hacía tan solo unos instantes, no había nadie.

Erik se sintió conmocionado, e incrédulo pensó que algún dios travieso le había gastado una broma pesada. Al menos, la cuerda era real, seguía colgando en el mismo lugar y pudo descender.

Al salir del faro, su sorpresa regresó al ver que el día volvía a ser claro y tranquilo, que el sol calentaba de nuevo su piel y que se escuchaban los pájaros mientras volvía al reaparecido campamento.

Poco antes de llegar junto a su familia, se giró hacia la torre todavía aturdido por lo sucedido, y no se sorprendió cuando, al mirar a lo alto, distinguió una silueta con la melena ondeando por la fuerza de un viento inmisericorde que él ya no sentía.

Ya en el campamento escuchó noticias que ya conocía. Los exploradores encontraron una nueva población al abrigo de la desembocadura del río. Era un lugar tan estrecho y de fácil defensa que serían derrotados sin remedio. Así pues, pese al malestar de aquellos hombres fieros, el Burgo de Faro no fue asolado en aquella ocasión ni hubo botín.

Dos días más tarde, sintiéndose derrotados aun sin haber luchado, embarcaron para reunirse con el resto de la flota. Probarían fortuna algo más al sur.

Al poco tiempo de subir a sus naves, en medio de la ría, los sorprendió una repentina tempestad. Como por milagro o por maldición, las olas se convirtieron en muros de agua que oscurecían la luz del día. Los barcos se izaban sobre las crestas de las terribles ondas para caer después en un foso profundo en el que nada distinguían salvo las aguas tenebrosas. El viento aullaba y los hombres se aferraban a las naves con todas sus fuerzas. El dios Thor golpeaba con fuerza su yunque lanzando chispas a diestro y siniestro. En los ojos de aquellos avezados marinos se veía el terror.

De pronto, Erik distinguió la luz del faro. Estaba muy cerca y comprendió que la resaca jugaba con ellos acercándolos a tierra. La situación era desesperada, pero Coruña lo avisaba del peligro. Corrió hacia el timonel y gritó por encima de la tempestad:

—¡Rolf! ¡Alejémonos de las rompientes! ¡El faro nos guía!

—¡No puedo verlo! ¡No veo nada! —gritó el marinero.

—¡Hacia allá! ¡Debemos ir hacia allá! —aulló señalando con su brazo hacia el lado contrario al de su rumbo.

Rolf quiso maniobrar, pero el timón no obedeció.

—¡Estamos a merced de las olas! —bramó.

El joven vikingo vio de nuevo la luz del faro, a la vez que escuchó el terrible chasquido de la madera de roble al chocar contra las rocas. Los hombres gritaron y muchos cayeron por la borda. Una nueva ola gigantesca rompió sobre la embarcación y la cubierta quedó barrida mientras el barco se partía en dos.

Sin remedio, Erik cayó al mar. Bebió viento y tragó agua salada arrastrado al fondo por fuerzas recias e invencibles.

Supo que no volvería a la superficie.

Casi al instante, una extraña paz lo embargó y su último pensamiento fue para la hermosa Coruña.

Mientras, la muchacha contemplaba el naufragio desde su atalaya envuelta en lágrimas.

Dedicado a la Torre de Hércules, Patrimonio de la Humanidad y único faro romano en funcionamiento, situado en la ciudad de A Coruña (Galicia, España), que ha marcado el rumbo a marineros de todos los tiempos y nacionalidades, aunque también vio terribles naufragios. Su luz ilumina el océano y es referencia en la noche. Su silueta lo es durante el día.

Dedicado también a A Coruña, antigua Brigantium, que pasó a llamarse en algún momento de los siglos IX-X Burgo de Faro, y a la que los vikingos que asolaron nuestras costas en aquellos tiempos llamaban Far, como Jakobsland a Galicia.

Dedicado a mi barrio de Monte Alto, donde se ubica la Torre, y donde hubo un campamento vikingo durante un tiempo.

5

LUZ EN LA OSCURIDAD

«En los ojos del joven, arde la llama;
en los del viejo, brilla la luz».

Víctor Hugo

Tristán de Luintra fue cantero desde que lo engendraron. Lo concibieron en una esquina de un taller de cantería, entre la polvareda que desprendía el granito labrado y las herramientas que le daban forma para convertirse, pieza a pieza, en los palacios, iglesias y conventos de los alrededores y de un poco más allá. Su padre, obsesionado por rematar una hermosa cruz, trabajaba allí de sol a sol, y su esposa le acercaba algunas viandas en un pequeño cesto dos veces al día. En una de aquellas visitas, al abrigo de la noche y de la soledad del cobertizo, se amaron.

Tras su nacimiento, acudió al taller en los brazos de su madre. Dio sus primeros pasos entre sillares, pináculos, bolas de piedra y figuras inconclusas. Más adelante, siendo todavía niño, se convirtió en aprendiz con las nociones del oficio entrenadas desde que pudo levantar el peso del mazo, prosperando con inusitada celeridad. Mientras otros hacían los recados del taller, Tristán se convirtió en hombre y en oficial artesano junto a quien le dio

la vida, envuelto en el mismo polvo que producía ahora una tos ronca en la garganta del padre, descubriendo las formas que los bloques de granito escondían y superando en destreza a quienes le enseñaron. A pesar de su juventud, tenía ya en mente la obra maestra que realizaría para convertirse en uno de los maestros del gremio. Su ambición lo guiaba hacia grandes retos.

Tristán era fuerte y atractivo. Los músculos de su cuerpo estaban bien delineados y más de una muchacha observaba, oculta por la foresta, los baños del joven en el río. Las frías aguas arrastraban el envoltorio blanquecino que las piedras dejaban en su piel, y su pelo oscuro y ensortijado volvía a brillar a la luz del sol. Era un buen mozo de la Galicia del siglo XV que vivía en tierras de monjes en la ribera del río Sil, donde abundaba el trabajo. Por ello, a nadie sorprendió un nuevo encargo para el taller de su maestro.

Gonzalo de Penalva construiría una espadaña para las nuevas campanas del monasterio de San Pedro, conocido como el de Rocas, teniendo en cuenta la profusión de estas sobresaliendo por encima del bosque de robles, abedules, retamas, tojos y brezos que rodeaban el conjunto monástico del monte Barbeirón.

—Aprovechando la abundancia de granito, lo extraeremos de los alrededores y trabajaremos sobre el terreno —informó el maestro a sus artesanos—. Los monjes nos ayudarán a levantar un par de barracones de madera. En uno dormiremos y el otro servirá de taller.

El padre de Tristán, llamado Rodrigo, observó la reacción de su hijo adivinando su contento y guardó silencio.

Tumbado en su jergón tras la larga jornada de trabajo, el joven pensó en el nuevo encargo. Recordaba haber visitado el monasterio de San Pedro una vez siendo niño acompañando a su padre. El cantero reajustó entonces varios canales de piedra que discurrían por las propiedades del cenobio recogiendo el agua de la ladera. Para ello, recorrieron juntos el bosque y llegaron a la

fuente de San Bieito, que tenía fama de curar las verrugas y otras dolencias de la piel. También volvió a su mente la impresión que le produjo ver a su padre repicando un canalillo entre las antiguas sepulturas del pequeño claustro. Se rumoreaba que antiguos monjes las cavaron para sí mismos a lo largo de su vida monacal para morar en ellas tras su muerte. Tristán tuvo que admitir que le apetecía recorrer de nuevo aquel paraje y comprobar si, con su nueva mirada de adulto, el lugar conservaría su misterio.

Partieron tras varios días de preparativos.

Rodrigo no se mostraba tan ilusionado con el viaje como su hijo debido a la incomodidad de dejar su hogar. Ya no sentía las ganas de aventuras de antaño. Sin embargo, le esperaba un trabajo interesante que le brindaría la oportunidad de pasar mucho más tiempo con el vástago que pronto abandonaría el hogar paterno para fundar su propia familia. Hasta hacía un par de años, era Minia, su esposa, la que pensaba en ese día, mas consiguió aceptarlo como un paso natural en la vida de su hijo. Tristán era carne de su carne y sangre de su sangre, pero no le pertenecía. Curiosamente, y a medida que Minia dejaba atrás sus temores, los sentimientos sobre aquella futura nostalgia lo abrumaron a él. «El tiempo pasa demasiado rápido», pensaba.

Subieron hacia el monasterio por un camino empedrado portando en un par de carros de bueyes todo lo necesario. A cada paso, la frondosidad del bosque aumentaba y la creciente pendiente del sendero provocaba una marcha lenta. Los hombres acomodaron el paso al de los animales y su mente fue dejando atrás el bullicio del pueblo para adentrarse en el misticismo, la calma y la soledad de su destino. Tras varias horas de avance y algunos descansos, tomaron la última curva del camino y el monasterio apareció ante sus ojos, totalmente mimetizado con el entorno.

—¡Lo recuerdo, padre! —exclamó Tristán al tenerlo a la vista.

Rodrigo sonrió al revivir su visita juntos cuando el chico era apenas un zagal que no alcanzaba su cintura.

—Y, ¿recuerdas su historia? —replicó.

—Apenas... —reconoció él.

—¿Quieres que refresque tu memoria, hijo?

Ante su mudo asentimiento, Rodrigo comenzó:

—Cuentan que este monasterio es uno de los más antiguos que existen en nuestra tierra. Hace por lo menos novecientos años, quizá más, este paraje se convirtió en el destino de aquellos que querían alejarse del mundo como eremitas refugiándose en Dios, viviendo en soledad y orando.

—Es perfecto para eso —confirmó Tristán.

—Así es —aseveró Rodrigo con tono reflexivo—. Excavaron en la roca varias capillas, conformando la iglesia que pronto visitarás. Sus ábsides, sus arcos, sus hornacinas y sepulcros, así como la linterna que da luz a su oscuridad y permite la ventilación de las estancias, fueron horadados con infinita paciencia y arduo trabajo, creando un templo nunca visto por las cercanías, ni del que yo tenga noticia en ningún otro lugar. Más tarde, se le añadió un cuerpo delantero en la entrada y ahora terminaremos el conjunto construyendo la espadaña.

—Es impresionante... —reafirmó el muchacho mientras llegaban ya al cenobio.

—Ardió en varias ocasiones. Lo abandonaron. Pero siempre vuelven a él... —terminó de relatar el cantero ante la vista de los monjes que los esperaban.

El joven también vio a los religiosos y se fijó en sus humildes hábitos repletos de remiendos. Sin embargo, le parecieron aseados, muy al contrario que la mayoría de los cristianos, que veían pecaminoso el contacto excesivo con el agua. Ese detalle trajo a su memoria las imágenes de los canales que se extendían a su alrededor y no le extrañó que existiese allí algún uso especial del agua.

Durante días prepararon tablonés para construir el refugio y el taller. Mientras, los monjes los cobijaron bajo su techo en el pequeño monasterio anexo a la iglesia rupestre. Las noches eran cálidas y cortas, y dormían solo lo necesario para sentirse descansados al día siguiente. Cuando los nuevos habitáculos estuvieron terminados, dejaron a los monjes en el aislamiento y la calma que inspiraban los muros de piedra.

También los bloques de granito comenzaron a llegar desde la cantera próxima, y el sonido de los mazos y de los cinceles se convirtió en música mientras los canteros daban forma a sillares y dovelas. Los golpes, increíblemente precisos, solo se detenían para tomar un bocado con el que reponer fuerzas, o en las ocasiones en las que algún monje se acercaba con un cubo de agua fresca que los artesanos bebían de buena gana en un pequeño cazo.

Tristán se las arregló para encontrar tiempo y visitó aquella cueva en forma de iglesia. En una de aquellas ocasiones, un monje oraba arrodillado ante el altar mayor, aunque fuera esta la más modesta de las capillas que podían ofrecer a Dios. Algunos cirios iluminaban apenas el conjunto rupestre, por lo que el ambiente era oscuro, íntimo y misterioso. Solo por un óculo en el techo de roca entraba un haz de luz natural que caía sobre el monje, rodeándolo de un halo de divinidad. El joven permaneció estático temiendo interrumpir el rezo del hombre de Dios, hipnotizado por aquella visión que parecía sobrenatural. Entonces, una voz serena y cálida habló, pronunciando cada palabra con una cadencia y un tono que resultaban absorbentes.

—Hay sitio en este lugar santo para los dos, hijo mío...

La luz iluminaba ahora el rostro del religioso, pero el joven cantero no lo reconoció de entre los monjes que había visto durante aquellos días.

—No quería interrumpir su rezo —contestó al monje—. Debe perdonarme.

—Si un hombre se acerca a Dios, soy el más humilde de los seres de la Creación para aceptar su compañía ante Él —replicó—. Ven. Acércate.

Avanzó hacia el cenobita lentamente. La mirada del beato no se apartaba de él. Incluso le pareció que podía atravesar su cuerpo y leer su alma, traspasándolo para ver más allá de su carne. Cuando estuvo a dos pasos, se detuvo con respeto.

—¿Por qué te paras? —preguntó entonces el monje—. Arrodíllate a mi lado.

Así lo hizo el picapedrero, persignándose ante la cercanía del altar y de una antigua imagen de madera de Cristo crucificado.

—Eres uno de los canteros, supongo.

—Sí, padre.

—Soy solo un hermano... ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Tristán de Luintra.

—Tristán de Luintra... —repitió el religioso pensativo—. Conocí una vez, hace mucho tiempo, a un hombre que se llamaba como tú —añadió soñador.

Y, sin dejar tiempo al muchacho de formular la lógica pregunta que tenía ya en sus labios sobre aquel otro Tristán, habló de nuevo:

—Yo soy Julián y habito en este monasterio desde que tengo memoria. Este es mi lugar. Mi mundo. Vivo junto a Dios rodeado de la naturaleza que lo glorifica.

El muchacho miró directamente al rostro de aquel ferviente servidor de Dios. Este permaneció con la vista al frente, como absorto. Tristán pudo estudiar la faz del monje. Su cara era la de un hombre maduro al que todavía no había abandonado la juventud y sus rasgos angulosos no hacían que perdiese la apariencia de hombre bondadoso. Sus mejillas tenían un color rosado y la luz que sobre él caía aclaraba

su pelo escaso y fino. Sus ojos eran dos grandes luceros del color del trigo maduro que conferían una total serenidad a su presencia. No obstante, el joven notó algo extraño en ellos y al cabo reparó en lo que era. Como adivinando su pensamiento, el monje se explicó:

—Lo que estás cavilando es cierto. Mis ojos no pueden verte. Pero sí mi fe. Con ella veo más que muchos de los que presumen de una vista de águila.

—Lo siento, hermano —respondió el joven con sinceridad.

—Dios me dio otros dones y le doy gracias.

—¿Qué le ocurrió? —se interesó el cantero.

—Descubrí al Padre a través del alma de uno de sus hijos. La visión fue tan deslumbrante que apagó mis ojos, pero nunca como en aquel momento distinguí algo con tanta claridad. ¿Quieres saber qué ocurrió?

El muchacho estaba inmerso en su propia curiosidad y en el ambiente de la ermita. La luz era cada vez más débil y las sombras los envolvieron. A la vez, sintió una brisa fría en sus brazos desnudos y un escalofrío erizó el pelo de su nuca. Pero no quería irse, sino saber más.

—Me gustaría.

—Entonces, sentémonos. Mis rodillas ya se cansan. Ayúdame.

Así lo hizo el joven, conduciéndolo hacia un banco próximo a una de las paredes de roca, donde podría descansar también la espalda.

—¿Está bien aquí?

—Nunca he estado mejor —afirmó.

El fraile guardó silencio durante unos instantes y Tristán se dispuso a escuchar, olvidando todo lo que no estuviese dentro de aquel increíble lugar. No era hombre de miedos, pero la atmósfera se convertía poco a poco en fantasmagórica.

Al fin, el religioso comenzó su historia y el cantero se centró en ella:

—No recuerdo mi vida antes de llegar aquí, pues lo hice siendo un niño muy pequeño. Habrás advertido que existen tumbas en el suelo de esta iglesia. Se ven algunas lápidas.

—Me he dado cuenta, sí.

—Bien... Eres observador e inteligente.

Tristán sonrió, sintiéndose adulado.

—Una de las tumbas más pequeñas me estaba destinada. Nací débil y enfermizo, pero en el seno de una familia tan pudiente como para permitirse enterrar a su primogénito dentro de la iglesia. ¿Tienes hijos? —preguntó el monje, sorprendiendo un poco al chico.

—No —contestó él—. Todavía no pienso en eso.

—No los tengas si no es para amarlos.

—No, hermano —repitió.

El monje suspiró tomando fuerzas para continuar y Tristán miró a su alrededor ya en tinieblas.

—No temas a la oscuridad —adivinó el religioso de nuevo—. Vivo eternamente en ella, y créeme, no debe asustarte. De todos modos, terminaré mi historia y podrás volver a tu trabajo. No quiero entretenerte demasiado.

—No se apure —contestó el muchacho algo avergonzado por la desazón que comenzaba a producirle el ambiente de la ermita frente a la valentía de aquel hombre ciego—. Ya terminé mi tarea de hoy.

—Todo está bien entonces... —musitó Julián—. Como te decía —añadió con voz más firme—, llegué aquí para que me enterrasen, desnudo y puro como vine al mundo, envuelto solo en un sudario. Tras unas fiebres, mis padres me vieron morir. Mas, cuando iban a introducirme en el sepulcro, mi llanto agudo de recién nacido se escuchó en esta cueva. Nadie se había dado cuenta de que mi corazón, aunque débilmente, todavía latía. ¿Me crees, Tristán?

—¿Por qué no hacerlo? —contestó sinceramente.

—Todos pensaron que fue un milagro. Cayeron al suelo de rodillas y dieron gracias a Dios. Donaron una generosa cantidad al monasterio y me dejaron aquí.

—¿Por qué?

—Creyeron que, si Dios me había resucitado como a Lázaro, a Él le pertenecía... Y aquí crecí. Entre monjes, rocas, plantas y animales. Estudiando los libros sagrados y destinado a convertirme en lo que ahora soy. Pero el camino hasta la paz que siento hoy fue largo y sinuoso.

Tristán escuchó entonces un suave aleteo y notó cómo algo rozaba casi su pelo, apartándose con rapidez.

—Son murciélagos —aclaró Julián, siempre atento.

Y continuó:

—Cuando fui algo más que un niño comencé a hacerme preguntas. Tuve dudas. Quería saber más, algo que demuestra inteligencia, pero creí saberlo todo y en eso fallé.

—A todos nos pasa a cierta edad, hermano —lo interrumpió Tristán—. Creí saber más que mi padre hasta que rompí por primera vez una talla. Yo, que pensaba que lo sabía todo ya, cometí un error de principiante. Y comprendí entonces que sería mejor continuar aprendiendo.

Julián sonrió mientras asentía con la cabeza, escuchando con atención.

—Así es, hijo —afirmó—. También yo pequé de soberbia, aprendiendo igualmente una lección. Conocía mi propia historia, pero no era suficiente para mí. Experimenté con pequeños animales y llegué a provocar en ellos estados muy cercanos a la muerte. Dios me perdone por aquellas torturas a sus inocentes criaturas... Pero, comprobé que mi llanto no tenía por qué ser el resultado de un milagro, sino de un mal diagnóstico. Creí demostrar que Dios no me resucitó porque yo no había muerto. ¿Lo entiendes?

Tristán escuchaba como en trance y casi no reaccionó a la pregunta.

—¿Lo entiendes? —insistió el monje.

—Sí, creo que sí —respondió al fin—. Es un caso singular.

—Todavía queda lo mejor... Escucha... Aquella conclusión rompió todos mis esquemas, cambió mi punto de vista y mi fe se escapó como el agua que recorre este monasterio. Dejé de creer en Dios y quise abandonar este lugar.

Tristán no salía de su asombro.

—Quise volver a mi casa, pero no me admitieron. Para ellos estaba escrito que debía servir a Dios. Nuestro superior tampoco entendió mi cambio de actitud, imponiéndome penitencias de ayuno y oración que me devolviesen al redil. Pero mi mente se resistía a la obediencia. Solo el padre Bernardo, que el Señor tenga a su diestra, supo entender mis dudas y curarlas. Sus tareas lo llevaban a las aldeas del entorno. Era sacerdote y aplicaba los sacramentos a quienes los necesitaban. Comenzó a llevarme con él, se ganó mi confianza y, un día, resguardados de la lluvia bajo un castaño centenario, le conté mis dudas de fe —dijo de un tirón—. Creí que se enfadaría como los demás y que no permitiría que un hereje como yo volviese a acompañarlo. Al pronunciar la última palabra de mi confesión, ya estaba arrepentido de haber hablado. Sin embargo, recuerdo que me sonrió, revolvió mi pelo y dijo: «Dios te responderá».

—¿Y lo hizo? —preguntó Tristán con curiosidad.

—Pasaron dos años y nada cambió. Pensé en escaparme de este lugar. Tracé un plan y escondí lo poco que poseo en un hatillo bajo mi catre para desaparecer en la noche y no regresar. Pero el padre Bernardo me llamó para que lo acompañase. Un vecino de Luintra se preparaba para dejar este mundo y pedía la extremaunción.

—Luintra es mi pueblo —lo interrumpió el muchacho con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—A lo mejor por eso te lo cuento... —respondió el monje con misterio—. Así pues, hacia allí nos dirigimos —continuó—.

Era una noche de verano como las que disfrutamos estos días, cálida y fragante. Recuerdo que pensé que no era una noche para morir, sino para disfrutar sentado al fresco, relajando los sentidos antes de dormir. Pero la muerte rondaba y sabía que se cobraría su pieza. El padre y yo avanzábamos con rapidez alumbrados por un candil. Cuando ya casi llegábamos al pueblo, una ráfaga de viento apagó la luz y la oscuridad hizo que nos detuviésemos. Al poco, vimos lo más increíble que puedas imaginar. Varias luces pequeñas pero muy intensas se acercaron, se detuvieron un instante sobre nuestras cabezas y, al rato, se perdieron hacia el oeste.

—¿Luces? —preguntó Tristán, que ya solo tenía la capacidad de asombrarse y de repetir lo que el monje decía.

—Sí, hijo. Luces.

Ambos se santiguaron.

—El padre Bernardo dijo entonces con voz grave: «Julián, ahí tienes la respuesta que esperabas de Dios. El hombre a cuya casa nos dirigimos acaba de morir y has visto su alma dirigiéndose al Padre».

—¡Oh!

Tristán se sintió estupefacto ante aquella historia. Era temeroso de Dios como todos en aquella época, y sentía gran respeto por los religiosos. Pero creía por costumbre, porque le habían enseñado a hacerlo, sin hacerse preguntas ni esperar grandes revelaciones. Lo que acaba de contarle el monje parecía increíble y, sin embargo, su voz y la oscuridad que los rodeaba dentro de aquella cueva santa lo envolvían, lo abrazaban y sentía la necesidad de saber más. El religioso no se hizo de rogar y terminó la narración de aquel milagro.

—Cuando alcanzamos la casa, y tal como predijo el padre Bernardo, el moribundo acababa de expirar. Recordando lo que acababa de presenciar, mi cuerpo se tambaleó y mis ojos se apagaron. Pero vi al fin. Aquellas luces, aquella alma en camino hacia el Padre, hicieron que volviese a creer en Él. No podría haber sido de

otro modo. Me acababa de mostrar su existencia y su poder. Así que caí de rodillas, ciego, pero vertiendo lágrimas de felicidad. Tuve que ver para creer, como Santo Tomás, pero terminó mi sufrimiento y continué mi vida donde estaba mi destino. Aquí. Donde siempre lo había estado.

Al fin, el monje guardó silencio.

Tristán lo miraba intensamente, como un testigo del milagro que le acababan de contar. Vio los ojos del fraile brillantes por la emoción y distinguió una lágrima solitaria deslizándose por su mejilla izquierda. A los labios del cantero no acudían palabras que estuviesen a la altura de aquella revelación.

El monje adelantó entonces su brazo y buscó el rostro del joven. Cuando lo alcanzó, el muchacho sintió cómo lo bendecía en la frente con la señal de la cruz.

—Hermano —dijo entonces—. Hace tiempo que se puso el sol. Permita que lo acompañe al monasterio.

—No, hijo mío. Me quedaré aquí un poco más. Necesito orar...

—Como quiera. Yo me retiraré a descansar.

Y, pareciéndole una despedida insuficiente, añadió:

—Le agradezco lo que me ha contado. Realmente, estoy impresionado.

—Hoy se ha cerrado un círculo. Así tenía que ser —contestó enigmático—. Te agradezco lo que has hecho por mí. Al fin he podido bendecir el alma de quien un día hizo algo importante por mí. Ve y descansa. También yo lo haré.

El joven cantero no insistió a pesar de no entender sus palabras. Al salir de la iglesia vio la luna llena alta en el cielo y supo que había pasado muchas horas con el monje. Debido al *luar*, había más luz fuera que dentro, y volviéndose hacia la entrada de la ermita solo distinguió una boca oscura. A pesar de que la noche era agradable, volvió a sentir frío y una extraña sensación de irrealidad.

A la mañana siguiente, tras concluir sus oraciones, varios monjes del cenobio se acercaron a los canteros, que ya casi habían terminado la espadaña. Las campanas llegaron poco después y pronto el campanario cumpliría su función. Mientras trabajaban colocando las últimas piezas, Rodrigo hablaba con su hijo:

—¿Dónde te metiste anoche? Te perdiste la cena y unos cuantos chistes malos del maestro... —comentó risueño.

—Estuve en la iglesia. Encontré a un monje que me contó algo curioso.

Uno de los religiosos se acercó un poco más, interesado por la conversación.

—Es ciego —prosiguió—. Y conoció a otro Tristán de Luintra hace tiempo.

Rodrigo supo entonces que lo que había oído y no había contado todavía a su hijo era cierto, pero antes de que pudiese decir palabra, el monje preguntó al chico:

—Disculpad. ¿Sabéis su nombre?

—El hermano Julián —contestó Tristán con tranquilidad.

El monje dio primero un paso atrás y se alejó después sin decir palabra, pensativo y con la cabeza baja. El joven buscó en su padre una respuesta a aquella reacción y se asombró todavía más al ver su rostro demudado. Cargaba sin moverse con la pieza que iban a colocar y lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué sucede, padre? ¿Se encuentra bien?

—¿Estás seguro de que estuviste con alguien? ¿No lo soñarías?

—Estaba despierto y atento a su fascinante historia.

—Y, ¿dices que era ciego?

—Sí.

—¿Y su nombre era Julián?

—Así es.

—Y que conoció a otro Tristán de Luintra...

—Efectivamente.

Rodrigo tuvo que dejar la talla en el suelo y sentarse vencido por el asombro.

—No puedo creerlo... —decía Rodrigo—. No puede ser...

—¿Quiere explicarme qué pasa? —inquirió a su padre levantando la voz por su impaciencia y haciendo que el trabajo cesase en el taller.

—¡Muchacho! —gritó el maestro—. Baja la voz, pues hablas a tu padre.

—¡Lo siento! —replicó Tristán—. Es que ¡no sé qué sucede!

—Tienes razón —intervino Rodrigo—. Te lo explicaré.

Los canteros se reunieron alrededor y se les unieron los monjes de la comunidad, que acudieron tras el aviso de uno de sus hermanos.

—Tu abuelo se llamaba también Tristán de Luintra.

—Lo sé. ¿Y qué?

—Él era el hombre que el monje conoció. Yo estaba al pie de la cama de mi padre con el resto de mis hermanos y mi madre, tu abuela, esperando a que le dieran los Santos Sacramentos, pero, cuando el sacerdote y el joven monje llegaron, mi padre acababa de fallecer. Al ver que ya no habitaba entre los vivos, todos observamos cómo repentinamente el joven fraile perdía la vista. La escena, unida a la pena que ya nos embargaba, nos dejó sobrecogidos. Sus ojos ciegos, llenos de lágrimas, se elevaban hacia el techo del cuarto y parecía que nunca habían visto con tanta claridad.

—Él me lo contó. Así fue.

—Dijo que algún día agradecería al alma de tu abuelo lo que había hecho por él.

Entonces, Tristán recordó:

—Ayer me bendijo y comentó algo sobre que se había cerrado un círculo...

Todos emitieron sonidos de asombro y Rodrigo sentenció:

—Eres la viva imagen de tu abuelo... Había escuchado algunas historias sobre ese monje y temí que al venir algo ocurriese. Sin embargo, callé porque me parecía increíble.

Y el superior del monasterio añadió:

—Julián murió hace treinta años. Ayer fue su aniversario.

Entonces, fue Tristán el que tuvo que sentarse.

—Pero —dijo explicándose— ¡estaba allí! ¡No me lo imaginé! ¡Me contó su historia! Oraba cuando entré, lo interrumpí y luego hablamos durante horas. Quise acompañarlo al monasterio, pero quiso quedarse...

—Y allí está —corroboró el monje—. Ven.

Se dirigieron a la iglesia y, en una de sus capillas laterales, tallada también en la roca junto a una antiquísima pintura de un mapamundi plasmada en el muro, Tristán vio una tumba en cuya lápida leyó:

«JULIANUS».

—Ha cumplido su palabra, pues a través de ti llegará a tu abuelo, y su alma dejará al fin de vagar entre las sombras —dijo el monje.

Todos se arrodillaron y el joven creyó entonces desde el corazón.

La Ribeira Sacra es el lugar con más cenobios e iglesias de Galicia. Eremitas, monjes y frailes de toda condición y edad, así como sus iguales femeninas, habitaron monasterios y conventos concentrados a orillas de los ríos Miño y Sil. San Pedro de Rocas (Esgos, Ourense) es el más antiguo de todos ellos y uno de los que más me han impresionado. A su historia desde los tiempos de los suevos se unen leyendas como la del monje que algún vecino asegura que vaga por la iglesia rupestre. En ella me basé para dar vida a Julián. La tumba que

adjudico al monje se cree en realidad que puede ser la del caballero Gemonius, refundador del convento. Las luces en el tránsito de un alma es un suceso que alguien vio en las mismas circunstancias y que me impresionó saber. Aunque pueda parecer contradictorio, este tipo de leyendas y sucesos son habituales en una tierra en la que lo místico y lo sobrenatural se dan la mano. Este relato quiero dedicarlo en especial a mis familiares canteros.

6

LA DONCELLA BLANCA

«Nos encontramos en la bahía de Vigo
y usted podrá ahora ver el botín hundido
y que yo me dispongo a rescatar».

Julio Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*

A pesar de ser una niña cuando sucedió, Rosario nunca olvidó la travesía entre Galicia y las islas españolas de Filipinas junto a su ama y a su señorita, una pequeña apenas balbuceante. No tenía a quien echar de menos y el anuncio de su viaje la llenó de regocijo, antojándosele una gran aventura. Aunque no fue fácil. A bordo del barco que las condujo a través de mares y océanos, no tardó en presentarse aquella sensación de mareo que postró durante días a ambas criaturas en su pequeño camarote. La doncella de su señora las cuidó, pues su carácter rudo y seco parecía convertirla en inmune al bamboleo incesante de la nave sobre las olas. Avanzado el viaje, los embistieron furiosas tormentas con olas tan altas como montañas, que al romper barrían la cubierta y amenazaban con llevar el barco a pique. Aquella fatalidad las obligó a permanecer de nuevo en el interior del navío, sin la posibilidad de gozar de aire fresco. Rosario perdió la ilusión por el

viaje ante la sucesión de incomodidades y peligros, creyendo que sería imposible sobrevivir al periplo, pero su cuerpo joven resistió para encarar una última dificultad: un bochorno húmedo y asfixiante que ya no la abandonó durante años.

En el puerto las esperaba el señor, dueño de una compañía de distribución de telas y de suaves y coloridos mantones de Manila que llegaban desde China en preciosas cajas de madera lacada, que se exportaban después a Europa e Hispanoamérica. Tras la alegría por el reencuentro, un carruaje abierto las condujo hasta su nuevo hogar, una casa blanca y espaciosa en la que había por doquier criados de baja estatura y ojos rasgados que hablaban un castellano de acento peculiar.

Rosario acompañó a su señorita en juegos y paseos hasta que esta tuvo edad suficiente para comenzar sus estudios. Entonces, un aburrido maestro hacía repetir a Inés, como cantinelas, la tabla de multiplicar y la lista de los reyes godos. La niña llegó a tener por tan familiares aquellos nombres que llamó Wamba a su perrito de lanas. Rosario no gozaba de las mismas oportunidades, pero acompañaba a su amita en las clases, y el maestro le enseñó también a ella a leer y a escribir para que ambas pudiesen compartir sus lecturas. Sin embargo, ella aprendía también escuchando, incluso más rápidamente que la hija de sus señores, llenando poco a poco su intelecto de cultura y de ansias de saber.

De vez en cuando, se organizaba en la casa alguna fiesta a la que acudían damas y caballeros españoles y extranjeros. Durante días, los preparativos alegraban la hacienda rompiendo la monotonía. Inés y Rosario escuchaban la música desde lo alto de la gran escalera, se agarraban de las manos y giraban saltando, felices, ahogadas en sus alegres risas infantiles.

Con el paso de los años, se convirtieron en hermosas jóvenes y en amigas inseparables. La diferencia de estatus no se lo permitía, mas, en su fuero interno, se sentían hermanas.

Pero la vida cambia.

La prosperidad del comercio del último tercio del siglo XIX en las islas españolas del Pacífico se vio truncado por problemas políticos que afectaron a la vida en la colonia. Por ello, el señor reunió un día a su familia en el amplio y luminoso salón comunicándoles lo que su esposa temía escuchar desde hacía meses, pero que ni Inés ni Rosario sospechaban, encerradas en su feliz burbuja de la juventud. Se acercaban tiempos convulsos y las mujeres de la casa volverían a la metrópoli. Regresaban a España.

Hubo llantos y mucha tristeza.

La señora temía dejar solo a su marido y perderlo para siempre desahuciado por la ruina.

Inés se había acostumbrado al calor, al sol y a la alegría de la luz. A los vestidos claros de telas ligeras, a los sombreros y a las sombrillas. A jugar con su abanico ante mozos casaderos que comenzaban a pretenderla. Habiendo escuchado siempre historias sobre la fría y húmeda Galicia y la escasez de vida social en ella, se veía abocada a un terrible destino de resfriados y de aburrimiento.

Rosario se apenó por la separación de las cocineras que correspondían a su cariño a diario con un dulce recién horneado para la merienda con la señorita Inés, o con un refresco de agua y lima que aturdiría el calor y revivía su ánimo. Y lloró por tener que dejar a Mateo, el hijo pequeño del jardinero, aquejado desde hacía un tiempo de una enfermedad que lo mantenía postrado. Cuando la señorita no la necesitaba, corría hasta la cabaña donde el niño vivía con su padre viudo, lo tomaba en brazos, lo sacaba al exterior, y lo entretenía leyéndole cuentos e historias que permitían al mocosito olvidar su invalidez y sus dolores durante un rato.

Fue en el viaje de regreso cuando la muchacha comenzó a notar la misma debilidad en sus piernas que Mateo. Al principio, la achacó al vaivén del barco. Con el paso de los días, ya no supo qué pensar. Un nuevo signo de alarma llegó al caérsele la botellita de agua de colonia de la señorita. Se disponía a perfu-

mar el cuello de su ama antes de la cena con el capitán, cuando el cristal se escurrió entre sus dedos sin darse cuenta. Al día siguiente, quemó sus manos sin notar el intenso calor que desprendían las tenacillas con las que daba forma a los tirabuzones de Inés. Y, finalmente, apareció una mancha rosada en una de sus mejillas.

El médico de abordo la examinó sin apenas rozarla. Al terminar la exploración la miró con lástima, casi sin posar sus ojos en los de la muchacha, como quien no se atreve a confesar un secreto.

—Aguarde aquí, señorita —ordenó, dándole la espalda y cerrando la puerta al salir.

Regresó después de una larga espera y la condujo a un pequeño habitáculo. Solo entraba luz por un ojo de buey tan alto que Rosario no alcanzaba a ver nada a través de él. En el diminuto camarote había un catre, algunas viandas, una jarra de agua sobre una mesa y un cubo en una esquina. Era una cárcel y, aterrorizada, preguntó al doctor:

—¿Por qué?

—Lo siento —contestó él—. Debe permanecer aquí el resto del viaje.

Rosario se sentía peor cada día que pasaba, aislada dentro de aquella especie de cueva. Cuando llevaba más de una semana encerrada, llegó una nota en la bandeja de comida que a diario un marinero empujaba desde la puerta entreabierta. La joven reconoció la letra de su joven ama y leyó con ansia:

Queridísima Rosario, te preguntarás la causa del cambio de camarote y por qué no he ido todavía a verte. Amiga mía, el doctor dice que estás enferma y que tu mal puede ser contagioso, por lo que se ha visto obligado a apartarte de los demás. Nos preguntó a mamá y a mí si habías estado expuesta a algún mal. Mamá no sabía qué decir,

pero yo recordé al pequeño Mateo, pues sus síntomas coinciden con los primeros que sentiste.

Rosario, ¿cómo decirte esto? Sin embargo, debo hacerlo por nuestra amistad. No mereces vivir más en la incertidumbre.

Hermana, el doctor sospecha que quizá tengas lepra.

Rosario sintió un escalofrío que oprimió su corazón y la dejó sin fuerzas. Las lágrimas afloraron a sus ojos y respiró profundamente varias veces antes de seguir leyendo aquella terrible nota:

Yo te ayudaré. El doctor nos ha explicado que te desembarcarán en una isla, ya en Galicia, donde existe un hospital. Allí te curarás. No te abandonaré. Estaré pendiente de tu salud, te enviaré ropa, libros para entretener tu recuperación, todo lo que necesites... Luego, volverás a casa. Confía en mí. Inés.

La joven doncella pensó que Inés solo olvidaba un detalle. Algo típico en ella, pues el contenido de sus clases permanecía a retazos en su cabeza. Pero Rosario recordaba bien la lección completa: la lepra no tenía cura.

Los desembarcaron en la ría de Vigo. Pasajeros, equipaje y mercancías fueron conducidos a la acogedora isla de San Simón para guardar cuarentena antes de pisar el continente, evitando así epidemias como las que asolaran antaño el país. A Rosario, en cambio, la depositaron en una barca y la acercaron al pequeño muelle de la isla de San Antón, perteneciente al mismo archipiélago, donde se encontraba el hospital. Ni siquiera la dejaron despedirse de Inés ni de su madre. Sentada en el bote, y a pesar de la incertidumbre y de la soledad que la afligían, sintió con

agrado la brisa del mar en su rostro después de tanto tiempo de encierro. El marinero que manejaba los remos apenas la miraba. La acompañaba por obligación, remando con furia para llegar lo antes posible y desembarazarse de su carga. «Así será siempre. Me rehuirán», pensó ella con tristeza mientras veía su destino cada vez más cercano. En el muelle, la esperaban un hombre de bata blanca y dos monjas que, por su indumentaria, reconoció como enfermeras. La ayudaron a bajar de la chalupa, evitando que cayese al mar por sus escasas fuerzas y por las prisas del barquero. Ella, abnegada, se dejó llevar. Miró al cielo azul y disfrutó del aroma marino una última vez antes de ser conducida al hospital.

El diagnóstico fue cruelmente similar y Rosario se convenció de que aquel sería su último destino.

Cortaron su melena primero toscamente, para raparla después. La ayudaron a asearse. La vistieron con un camisón blanco y la calzaron con unas zapatillas del mismo color aséptico. Ya con su uniforme de paciente, fue conducida hasta una cama de metal, igualmente blanca, lejos de la calidez de los muebles de maderas exóticas de la casa filipina de sus señores, tan lejana en los confines de Asia. Solo tuvo el consuelo de yacer junto a un gran ventanal a través del que podía observar el ajeteo en la isla contigua, la costa cercana e inalcanzable y las ondas de la ría. Agotada y mecida por ellas, se durmió.

Despertó sobresaltada por un grito en mitad de la noche. Una mujer sollozaba y respiraba con dificultad, mientras otra voz, grave y serena, intentaba tranquilizarla. Rosario no podía ver la escena, pues un biombo la separaba del resto. Se encogió temblando bajo la sábana y tuvo también ganas de gritar. Sintió una imperante necesidad de dar rienda suelta a su angustia y a duras penas pudo controlarse, mientras tapaba su boca con la mano. Una voz masculina habló entonces. La joven reconoció en ella al doctor, un hombre mayor, amable, de pelo escaso y gafas redondas.

—Creo que no hemos llegado a tiempo —sentenció—. La enfermedad está muy avanzada y la fiebre la consume. No creo que sobreviva a esta noche. Atiéndala, hermana. No la deje sola. Yo avisaré al párroco.

Y Rosario comenzó a rezar mirando las sombras del techo.

Soportó sus tratamientos aun sin esperanza. Nadie le hizo promesas inútiles ni se engañó a sí misma. Se acostumbró al rostro bonachón del doctor infligiéndole terribles torturas con la mejor voluntad. Resistió las dolorosas inyecciones de aceite de ginocandia, llegado desde la India contra su mal. Sobrellevó la debilidad e incomodidad de los efectos secundarios de la ingesta de aquel aceite mantecoso diluido apenas en un café ligero. Padeció cada instante en el que necrosaban sus crecientes llagas en la piel con productos que la abrasaban. Apenas le compensaba la amabilidad de sus cuidadoras ni la entretenía su curiosidad por el trasiego tras el ventanal. Muchos llegaban a la isla de San Simón y la mayoría la abandonaba pronto. Solo de cuando en vez, alguien pasaba a la isla de San Antón donde algunos morían, pero la mayoría se curaba, despidiéndose con un respetuoso y aliviado adiós. La consolaban los libros que le enviaba la señorita Inés, así como sus cartas. Por ellas supo de su noviazgo con el primogénito de un antiguo hidalgo gallego, de su posterior boda y del cambio de vida de la joven al irse a vivir al pazo de su ya feliz esposo. Vivió a través de sus epístolas el nacimiento de sus hijos, la muerte de su madre, la situación cada vez más delicada del señor en Filipinas ante una guerra cercana... Leía y releía las cartas hasta saberlas de memoria, aunque Inés nunca vino a verla, ni siquiera a través de aquellas rejas de cristal.

Pasaron dos lustros y la rutina continuó en la isla de San Antón.

Durante los inviernos y los días de tempestad, Rosario se sentía segura en su cárcel hospitalaria. Los días eran cortos; hacía frío, a pesar de la estufa, y las aguas de la ría se ondulaban por efecto del fuerte viento. En alguna ocasión, los temporales fueron tan poderosos que grandes gotas saladas se desprendían de su elemento y chocaban contra los cristales. Entonces, durante días, hasta que volvía a hacerse la calma y alguien limpiaba el vidrio, el mundo se veía borroso y opaco. Otras veces, la lluvia se deslizaba por él y todo se teñía de melancolía.

Cuando llegaba el buen tiempo, los rayos de sol templaban su cama y su ánimo mejoraba, aunque Rosario, en realidad, se marchitaba lentamente como una flor a la que nadie riega.

Un día de mayo, un desconocido acompañó al doctor en su visita diaria. Rosario leía postrada intentando evadir su mente del dolor, pero levantó la vista con curiosidad al ver a ambos caballeros emerger tras el biombo. La joven se había convertido en mujer ante los ojos del doctor, que la apreciaba sinceramente, y ella agradeció la sonrisa del galeno y el disimulo en la mirada del otro hombre, sin mostrar sorpresa ni desagrado por las heridas que Rosario adivinaba en su propio rostro. Nunca la dejaban mirarse al espejo, pero atisbaba su reflejo en la ventana y notaba las molestias que le producían. Poco a poco, también sus piernas y su cuerpo se habían llenado de ellas.

—Esta señorita se llama Rosario, doctor —informó el médico al hombre con el que compartía profesión—. Fue doncella en casa de un prestigioso comerciante gallego en las islas Filipinas y allá contrajo la lepra. Lleva entre nosotros algo más de diez años. —El otro asintió—. Rosario —se dirigió entonces a ella—, este es el doctor Romeán. Los médicos también envejecemos y me sustituirá muy pronto, cuando ya no pueda ayudar aquí.

La mujer emitió una pequeña exclamación de congoja, pues se había acostumbrado tanto a su paternal presencia que sentiría no verlo cada día. Hizo entonces un esfuerzo para hablar, pues, desde hacía unas semanas, su enfermedad afectaba a una porción de su labio inferior y le dolía al gesticular. Cualquier pequeña acción suponía un tormento.

—Le echaré de menos, doctor —dijo al fin con su voz dulce—. Se ha portado muy bien conmigo siempre...

El viejo médico sonrió y se dirigió hacia Romeán:

—He intentado todo lo que la ciencia me aconsejaba para ayudarla. Únicamente ella conoce el dolor que le he producido intentado paliar su enfermedad. Sin embargo —añadió volviéndose de nuevo hacia Rosario—, nunca ha salido un reproche de su boca. Ni hacia mí, ni hacia las enfermeras. Eres una mujer excepcional. La vida ha sido cruel contigo, pero yo he aprendido mucho de ti e intenté ayudarte como mejor supe. Y ahora, el doctor Romeán continuará haciéndolo. Debes confiar en él.

Rosario volvió la vista hacia el desconocido y sonrió tímidamente.

Romeán devolvió el gesto.

La dejaron enfrascada de nuevo en su libro y se dirigieron hacia el despacho donde, sin ser ya escuchados, el doctor habló con libertad a su joven colega:

—Durante el tiempo que llevo aquí he visto todo tipo de enfermedades. Desde las más benignas disfrazadas únicamente de temor y angustia, hasta las más graves, que llevaron a algunos pacientes a la muerte. No obstante, ninguna ha sido tan cruel y letal como la de Rosario. —Suspiró—. Cuando llegó, los síntomas comenzaban. La sometí a todos los tratamientos y cuidados conocidos, pero el mal avanzó por su cuerpo sin descanso. Voraz y encarnizadamente. Además, su prolongada inmovilidad lo empeora todo. No le queda mucho... —añadió sinceramente afectado.

—Me he dado cuenta, doctor —respondió Romeán con delicadeza—. Veo que la tiene en gran estima y lo siento. Haré por ella lo que pueda.

El anciano doctor bajó su mirada pensativa hacia sus manos entrelazadas sobre los papeles del escritorio y asintió lentamente.

Una tarde de principios de verano, el doctor Romeán, ya en pleno derecho de sus funciones en la isla de San Antón, se acercó a Rosario.

—¿Qué tal se encuentra hoy? —preguntó mientras le tomaba el pulso mirando a su reloj de bolsillo.

—Débil, doctor. Me fallan las fuerzas...

Él asintió mirándola comprensivo.

—He tenido una idea, pero debo preguntarle su parecer —comentó a la desdichada—. ¿Cuánto tiempo hace que no sale de este edificio?

Rosario lo miró sorprendida.

—Desde que llegué —contestó como si fuese evidente.

—Y, ¿le gustaría cambiar eso?

Un destello de ilusión iluminó la limpia mirada de la mujer, aunque pronto se apagó.

—Nunca podré irme, doctor. No me curaré.

Romeán carraspeó azorado por la clarividencia de la enferma, pero se rehízo y acercó una silla a la cama, se sentó en ella ante la incredulidad de Rosario y continuó exponiendo su idea.

—Me refería a que si le gustaría salir del hospital un poco cada día para respirar aire fresco.

La joven se asustó y exclamó con pánico:

—¡No! ¡Puedo contagiar a alguien!

—No lo hará. Su enfermedad no se contagia a través del aire y nadie la tocará —aseguró.

—Pero... Verán mis heridas. ¡Les daré miedo! ¡Les daré lástima!

—Rosario —continuó hablando él serena y pacientemente—, su piel es delicada y no podemos exponerla a la luz solar. La protegeremos con una tela de gasa de algodón. El sol no la quemará y nadie la verá, puede estar tranquila por eso, pero le sentará bien salir de aquí.

Rosario miró al doctor Romeán con una intensidad tan fuerte como nunca se habría atrevido en otras circunstancias, pensando rápidamente mientras él esperaba su respuesta con la misma avidez en sus ojos. Después de la sorpresa inicial, la mujer entendió que salir del hospital un rato era el mejor regalo que podía recibir para pasar las largas y cada vez más cruentas jornadas.

Así pues, cuando los dolores y las fuerzas se lo permitían, el propio doctor la conducía al exterior en una silla de ruedas de madera, vestida con su ropa blanca y tapada por una gasa que caía desde su cabeza como el velo de una novia, tapando cada centímetro de su piel. Conversaban un rato, o leían si los quehaceres del doctor se lo permitían. Rosario escuchaba el movimiento del agua de la ría, las campanas y sirenas de los barcos, el eco de las conversaciones de los viajeros que pasaban por la isla de San Simón. Pudo ver mejor lo que la rodeaba: el jardín de San Antón y el de San Simón con su famoso paseo de boj, la casa de las autoridades y alojamiento de los viajeros de mayor alcurnia, la capilla, el ir y venir de los guardas, las barcazas que traían agua y víveres, la tierra firme, los montes, los pequeños pueblos de la costa...

En lo que no reparó, protegida por la gasa, fue en que también ella era observada.

El alcaide de las islas fue el primero que se fijó en aquella figura blanca que, cada tarde, destacaba entre el verde de la vegetación de la pequeña isla. Mandó llamar al doctor y se interesó por las circunstancias de aquella aparición.

—Llamará la atención —comentó al galeno—. Y su visión puede alterar a alguna persona que... en fin... Tema quedarse aquí.

—Señor, permítame decirle que, si esas personas son piadosas y de buena fe, en lugar de asustarse rezarán por ella. No sé si me he explicado con suficiente claridad al exponer su estado —dijo casi rozando la descortesía—. Estoy intentando dulcificar su sufrimiento y sus últimos días en este mundo.

Impresionado por la vehemencia de Romeán, el alcaide lo consultó con su segundo, y ambos con el capellán, y ninguno tuvo valor para negar a la mujer el bienestar de unas horas de aire puro.

Así pues, a lo largo del estío se acostumbraron a la presencia de aquella figura blanca en la isla de San Antón. Los habituales del archipiélago se dividieron entre los que la compadecían por su mala suerte y los que la admiraban por su entereza. Los visitantes y gentes de paso se sobrecogían ante su visión. Desconociendo su nombre, la apodaron como la Doncella Blanca. Su existencia viajó de boca en boca, añadiendo cada cual algún elemento a los escasos datos que se conocían de ella, hasta convertirla en un ser heroico y mágico llegado de allende los mares. Su leyenda fue creciendo y todos anhelaban verla, aunque fuese de lejos.

Ajena al ajetreo y a la curiosidad que despertaba, Rosario continuaba con su rutina contemplando el paisaje, respirando el olor a salitre, sintiendo el calor del sol en sus huesos ateridos y leyendo acompañada del chillido de las gaviotas.

Un buen día, los barqueros que unían ambas islas con sus chalanas trajeron flores para Rosario. Después, llegó un sombrero. En otra ocasión, un mantón blanco de lana tejido por alguna buena mujer, y libros, muchos libros que Rosario compartía con el doctor. Y, gracias a ello, mientras el cuerpo de la muchacha se consumía, su alma se sintió afortunada por la gratitud de personas que, sin conocerla, le enviaban presentes. Ella quería ser

invisible, pero se dio cuenta de que no lo era. Y ya no le importó. El sol la fortaleció, el aire del mar la espabiló, y, aunque su mal no tuviese cura, nunca podría agradecer al doctor Romeán lo que había mejorado su calidad de vida. Mientras, él sentía su deber cumplido.

Una noche de septiembre, todavía cálida, Romeán salió al exterior del hospital terminada ya su jornada. Llevaba uno de los libros de Rosario en sus manos, una novedad de un tal Julio Verne, titulada *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Era una curiosa aventura a bordo de un invento desconocido que viajaba bajo las aguas de mares y océanos. Algo sumamente curioso. Se sentó al lado de una mesa donde alumbraba un candil y se sumergió en la lectura, ajeno al mundo que lo rodeaba. Mientras, la luna llena iluminaba la noche, las islas y el perfil de la costa, y se escuchaba el batir de pequeñas ondas contra las rocas.

De pronto, algo llamó su atención. Levantó la vista. Dirigió su mirada hacia un punto muy concreto de la ría y releyó de nuevo el fragmento que había suscitado su interés.

—Pero ¡qué demonios! ¡Qué casualidad! —exclamó en voz alta.

Y pensó en ella.

«Estará durmiendo», razonó quitándose aquella idea loca de su mente.

Sin embargo, no pudo reprimirse.

Entró en el hospital con sigilo para no perturbar el sueño de los que podían abandonarse a él y se acercó a su cama. La mujer permanecía en una duermevela, pues ya nunca dormía profundamente debido a sus incomodidades, y notó una presencia. Abrió los ojos y vio al doctor contemplándola risueño. Era raro verlo a aquellas horas, salvo cuando alguien iba a morir, y Romeán comprendió la pregunta que la rondaba.

—Rosario —susurró—. No se asuste. ¿Dormía?

—Dormitaba...

—Quiero mostrarle algo, por eso he venido. ¿Tiene fuerzas para salir al jardín? Hace una noche preciosa —añadió.

—¿Ahora? Es tarde...

—Lo sé. No es lo habitual. Pero hay algo curioso que me encantaría compartir con usted y debo enseñarle un lugar... No hace frío y yo la ayudaré.

Sin más discusión, Romeán la tomó en sus brazos. El doctor no llevaba puesta ya su bata blanca, sino que iba en mangas de camisa, por lo que Rosario pudo sentir su calor masculino a través de la tela fina de su camisión. Fue una sensación extraña, pues nunca había sentido a un hombre tan cerca y, además, hacía muchos años que nadie la abrazaba.

—¡Doctor! —reaccionó alarmada tras aquel instante fugaz de felicidad—. ¡Se contagiará!

—No ocurrirá. No pienses en eso ahora.

Romeán la sentó suavemente en la silla de ruedas, la envolvió en sus mantas blancas y colocó la gasa sobre la cabeza de la mujer más como costumbre que por necesidad en la noche.

La enfermera de guardia los miró sorprendida al pasar, pero el doctor le hizo un gesto mudo pidiendo silencio.

Ya fuera, junto al candil y el libro que yacía abierto sobre la mesa, abandonado por las prisas de la ilusión, Romeán levantó la gasa que tapaba el rostro de Rosario.

—Mire, Rosario —dijo feliz—. Observe sin filtros la belleza de esta noche. Sienta la brisa en su piel. Vale la pena ver algo así...

Los dos la contemplaron en silencio. Escucharon, sintieron, se sonrieron con la mirada y algo los unió para siempre.

De pronto, el doctor recordó lo que los había llevado hasta allí.

—Estaba leyendo este libro —dijo señalándolo—, y ocurrió algo curioso. ¿Conoce al escritor Julio Verne?

—Sí —contestó ella con seguridad—. Es un autor francés que destacaba por sus libros de aventuras cuando llegué aquí. Decían que incluso hablaba de cosas futuras, de aparatos inexistentes...

—Es cierto, y leía uno de ellos cuando me di cuenta de que habla de este lugar.

—¿En serio? —dijo Rosario realmente asombrada.

—¿Quiere escuchar el pasaje?

—Sería un placer...

—Bien... Sabía que le interesaría...

Y leyó un fragmento que hablaba de unos galeones hundidos durante la batalla de Rande contra los ingleses para evitar que estos se llevaran los tesoros que transportaban. Y de cómo Nemo, el capitán de una extraña nave submarina llamada Nautilus, se proponía rescatar el oro y la plata que transportaban en el transcurso de aquella aventura. Y aquel lugar estaba ante sus ojos.

Cuando el médico terminó de leer, estaba tan emocionado que habló a Rosario mirando hacia el punto donde los antiguos barcos descansaban sumergidos.

—¡Es apasionante! ¡Julio Verne ha tenido en cuenta estas aguas y sus tesoros para una de sus novelas! ¡Este lugar será famoso en el mundo entero! ¿Lo ve, Rosario? ¿Rosario? ¿Rosario!

Ante el silencio, el médico se giró hacia ella. Sus ojos permanecían fijos en él y todavía brillaban por las lágrimas. Sonreía con aquella forma especial de su labio enfermo. Pero no se movía. No hablaba. No pestañeaba.

Estaba muerta.

Durante mucho tiempo llegaron presentes para Rosario. No valió de nada anunciar que estaba enterrada en el pequeño cementerio de la isla, pues bastantes personas aseguraban seguir viéndola de día y de noche.

Se convirtió en una leyenda, en un misterio, en un alma errante aún descansando en paz porque otros creían verla.

Querían verla.

En la ría de Vigo se encuentra un pequeño archipiélago formado por las islas de San Simón, San Antón y los islotes de San Bartolomé y San Norberto (Redondela, Pontevedra). Pueden haber estado habitadas desde la prehistoria y se sabe que en el siglo IV se fundó en ellas un convento. La Orden del Temple construyó allí su primera ermita, fue posteriormente monasterio de varias órdenes, fue lazareto, cárcel franquista, lugar de veraneo de la guardia de Franco, orfanato y, actualmente, ha sido reconvertida en A Illa do Pensamento, enclave turístico y cultural. Ambas islas son BIC y Sitio Histórico desde 1999. A ellas les cantaron trovadores medievales como Mendinho, Xoan de Cangas o Martín Códax. Fueron atacadas por piratas como Francis Drake, y testigos de batallas como la de Rande. Y yo, humildemente, las he convertido quizá en cuna de una nueva leyenda, mezcla de historia, de cultura, de lugar fuertemente inspirador y del respeto que me produce su visita. La Doncella Blanca nos esperará siempre en nuestros paseos... Dedicado con cariño a Edurne y a Ricardo.

7 TRENES Y LOBOS

«O lobo! Os ollos o lombo do lobo!
[...]

Rastrex
párase e venta
finca a pouta ergue a testa e oula cara o ceo
con toda a sombra da noite na boca».

Uxío Novoneyra, *Os Eidos*

Tres túneles.

Tres túneles tras pasar la localidade de Sarria en dirección a Monforte de Lemos eran la referencia que su madre le recordaba antes de cada viaxe.

Tres túneles cuya conta nunca erró, ya que el niño permanecía atento durante todo el trayecto. Si era de noite, buscaba el nombre de cada estación por la que pasaba el tren con sus ojos agudos y despiertos. Si era de día, no perdía detalle de los paisajes que se deslizaban lentamente al otro lado del cristal de la ventanilla, tizado por la carbonilla que la máquina de vapor, que lo llevaba hasta la estación de O Oural, arrojaba al viento.

El pequeño viajero nació en plena posguerra en una ciudad pequeña y tranquila que se dejaba bañar por el Atlántico. Durante los inviernos, medía los días por las horas de colegio, los juegos en las calles escasas de tráfico, los paseos con su inseparable perrita Laika, o las visitas a la casa de su abuela paterna, que tenía un pequeño despacho de pan en el bullicioso barrio de La Pescadería. Las noches las pasaba en familia, compartiendo cena y vivencias con sus padres y hermanos. Desde la cocina, oían los pasos cansados de sus vecinos subiendo los peldaños de las escaleras de madera del antiguo edificio, de vuelta a casa tras sus agotadoras jornadas de trabajo. Cuando todos habían vuelto, y con las ventanas y las contraventanas cerradas, su hermano mayor extendía una antena de muelle por el pasillo para escuchar la emisora clandestina Radio Pirenaica. Mientras, las calles se adormecían y la ciudad se aletargaba bajo la luz giratoria de la Torre de Hércules, que brillaba en ráfagas sobre los tejados, las plazas y rúas.

Durante el estío, el universo del rapaz cambiaba. El azul del mar y del cielo coruñés se tornaba en los verdes de los bosques y prados de la parroquia de San Julián de Chorente, perteneciente al ayuntamiento de Sarria, en el interior de la provincia de Lugo. En la casa de sus abuelos maternos, en el lugar de O Currás de Arriba, pasaba los largos veranos recuperándose de una mancha en el pulmón, en un momento en el que la tuberculosis hacía estragos en un país de gente humilde y trabajadora, pero de pocos medios. Por ello, conocía aquellas tierras como la palma de su mano, y todavía hoy, asegura haber vivido allí gran parte de los momentos más felices de su existencia.

El primer recuerdo de aquellos días que guarda en su memoria es un paseo con su abuelo Juiz desde su casa hasta la de O Ribeiro, cuyo camino pasaba junto a una pradería que llamaban Do Chouso.

—Este prado tiene hierba y *trébole* y no se puede pisar —le advirtió el abuelo con paciencia—. Tampoco comas nunca esas

bayas que hay entre las *silveiras* —añadió a su temprana lección sobre la vida de aldea.

La parroquia era tan arbolada que no se divisaban unas casas desde las otras. La poblaban innumerables robles, castaños centenarios, frutales como los que su abuelo plantó en O Repenao y muchas otras especies que convertían la aldea en una inmensa foresta. Los caminos de carro eran muy profundos y sus paredes se elevaban hasta más de tres metros del suelo. Encima de ellas había grandes *carballos* y por ello, hasta en los días más luminosos, aquellas *corredoiras* siempre se cruzaban en una misteriosa semisombra, mientras el agua corría libre por ellas, pues el sol no conseguía secar ni el terreno ni el agua de las abundantes fuentes.

El pequeño Juiz grabó en su memoria cada detalle de aquel paraíso que sentía suyo, en el que las fincas se cerraban con losas de pizarra y había senderos entre ellas, aunque los cierres también se podían saltar por los *portelos*, en los que una losa a media altura en sentido horizontal hacía de escalón para apoyar un pie, mientras al otro lado de la losa vertical esperaba otra semejante para apoyar el otro.

El niño de ciudad se sentía libre y visitaba cada lugar a su alcance, yendo desde O Currás de Arriba a O Currás de Baixo, a O Fidalgo, a Quintá, a Traludeiro de Arriba, Traludeiro de Abaixo y Traludeiro do Medio, sin olvidar O Pacio, Carballo, Sanguñedo, Vilaverde y A Eirexie, donde se erige la antigua iglesia de portada románica y el lúgubre cementerio que siempre da escalofríos. Todavía hoy, aunque se visite durante el cálido verano, una brisa fría y ululante lo recorre, erizando el pelo de quien lo visita, recordándole que allí moran los restos de los vecinos de otros tiempos.

Además, cada día era para él un aprendizaje, pues ayudaba en la siega, en la malla y en el arado. A lo largo de aquellos veranos, aprendió a cuidar y a guiar a las vacas, a uncir al carro a dos toros negros por la cornamenta, y a guiarlo por las estrechas *corredoiras* por las que los vecinos trasegaban. Por el sonido que emitían, con

su cantar único, sabían a qué casa pertenecía el carro, esperándose en los cruces para pasar primero unos y después los otros, ante la imposibilidad de circular en paralelo. Aprendió a subirse a aquel, a cargarlo de hierba y a guardarla en la *palleira*, a hacer *mollos* y *medeiros* de cereal y *palleiros* con la paja ya limpia de grano. En muchas ocasiones, asistió al ritual del pan, repetido durante siglos, en el que sus mayores amasaban la harina, mezcla de centeno y trigo, cociendo en el horno de piedra trece bollos cada vez, como desafiando a la mala suerte.

Tuvo tiempo para otras anécdotas y aventuras, como la que le ocurrió mientras acompañaba con el ganado a sus vecinos de los Currás de Baixo. El pequeño hombrecito montaba en aquella ocasión una burra que llamaban A Pollina, que junto a vacas, toros y cerdos formaban una pequeña manada. Se había ganado su confianza dándole de comer hasta que se atrevió a montarla, pero ocurrió que, en un cruce de caminos, las vacas cogieron el mejor sendero, que no era el deseado por el pastor, por lo que este tuvo que intervenir. Mandó entonces al chico que parase la burra para que el ganado no retornase, y al verse esta fuera del rebaño, se revolvió y descabalgó al jinete. Al caer al suelo, el niño se golpeó en la cabeza y durante unos brevísimos instantes perdió la consciencia, recobrándola cuando las patas de una docena de vacas y de dos toros lo rodeaban sin pisarlo. Mientras, su vecino Ramiro corría hacia él con su blasfemia característica en los labios:

—¡Me cago en la leche puta!

Y todo lo disfrutaba.

Y su dolencia fue desapareciendo.

Los tiempos cambiaron cuando el abuelo Juiz murió y su esposa, la abuela Francisca, enfermó. Para atenderla, los padres del jovencito se la llevaron desde la aldea hasta el mar y se hizo indispensable dejar la casa de Chorente en manos de caseros, re-

partiendo el fruto de la hacienda entre ellos y los dueños, para sufragar los gastos que acarrea el cuidado de la buena mujer. Y así, con nueve años, que parecen pocos, pero eran algunos más de los suficientes, el niño comenzó a viajar cada poco tiempo desde la ciudad hasta la aldea para recaudar la renta.

En la mayoría de las ocasiones, el muchachito tomaba el tren que unía A Coruña y Barcelona, apodado el Shangai, que luego se llamó el Rapidillo, y años más tarde pasó a llamarse, popularmente, el Catalán. Salía a las diez y media de la noche de la estación y llegaba al destino del chico aproximadamente entre las dos y media y las tres de la madrugada. La criatura se sentaba con sus bolsillos llenos de paciencia en uno de aquellos vagones típicos del estilo de un tranvía, dejando vagar su vista por los asientos de madera, el pasillo corrido, el espacio abierto, y sabiendo, por haberlo visto tantas veces, que el vagón terminaba en una balconada exterior tanto en la parte delantera como en la trasera. El pequeño llevaba en la mano un billete que enseñaba al revisor con rostro serio de persona mayor. En algún otro momento del trayecto, también recibían la visita del agente de Policía del tren.

—¿A dónde va? —preguntaba el guardia a cada pasajero con voz grave, acentuando el peso de su autoridad—. ¿Qué equipaje lleva?

Todo el pasaje guardaba silencio en aquellos momentos tensos.

El niño esperaba su turno y, cuando el policía se dirigía a él, le entregaba una autorización escrita por su padre que justificaba el desplazamiento. Como los viajes eran frecuentes y nunca llevaba equipaje que revisar, después de varias coincidencias el agente dejó de interesarse por él y de pedirle explicaciones.

La llegada a Sarria era el comienzo de la parte más excitante del viaje. A partir de allí, aumentaban las pendientes que el tren tenía que ascender y se adosaba al convoy una máquina de vapor supletoria para tirar de los vagones hasta Rubián do Cimo. El joven Juiz, antes de bajarse, pasaba por aquellos tres túneles, en

oscuridad total la mayor parte de las veces, durante un tiempo que parecía interminable, y en el que las conversaciones quedaban en suspenso ante la negrura absoluta y la claustrofobia que producía el saberse dentro de una montaña donde todo lo malo podía ocurrir.

En algunas ocasiones, el pequeño tuvo que viajar un poco más allá por un cuarto túnel temido entonces y aún ahora, cuya boca de entrada estaba en un antiguo prado en el lugar de As Nocellas, conocido popularmente como el túnel del Oural. Una de esas veces, lo pasó para ir con sus vecinos a la feria de ganado de Rubián y en otras ocasiones fue con sus padres para visitar a familiares en Bóveda. El monstruo es un túnel de unos dos kilómetros, estrecho, con el espacio justo para el tren, sin margen a bajarse de él si algo ocurriera. Es una piel de serpiente vacía que se llenaba del humo de la locomotora de vapor, al igual que hoy lo hace con los gases del gasoil, y tarda en despejarse, pues ni tenía ni tiene sistemas de ventilación. Atravesarlo llevaba entonces seis minutos de oscuridad total y de respiraciones contenidas, para tomar apenas aire al salir de él, cruzar un viaducto a gran altura que provocaba el vértigo de muchos, y volver a adentrarse en la siguiente montaña. Dentro de aquel túnel, las mujeres sujetaban más fuerte sus bolsos. Inconscientemente, los hombres apretaban sus brazos cruzados contra el pecho, y los niños, aterrados, se aferraban a sus madres.

—¡Quiero ver! —gritó un niño durante uno de aquellos trayectos subterráneos sin fin.

«Queremos ver», pensaban todos.

En sus viajes habituales, al llegar a O Oural, el chiquillo bajaba del tren y se cobijaba en el edificio de la estación, pues era muy tarde ya para subir por los caminos solitarios y tenebrosos. Además de pertenecer a una familia muy conocida en el lugar, ya que su abuelo Juiz fue durante su vida laboral capataz de manobra en la RENFE y su tío, revisor, y por su hospitalidad, el factor,

como denominaban al encargado que asumía el papel de jefe de estación por la noche y al que llamaban el Vizcaíno por ser vasco, le permitía pernoctar con él al lado de la estufa de leña, que permanecía siempre encendida.

En otras ocasiones, viajaba en el tren Correo y llegaba a la aldea hacia el crepúsculo. Entonces, al mocito Juiz le dejaban un candil de petróleo para encarar el camino por la Agra das Tolas, un sembrado de centeno, y recorrer después los profundos senderos que lo llevaban a la casa de Traludeiro de Abaixo. Allí vivían sus primos, y con ellos pasaba la noche. Al día siguiente, devolvía el candil en la estación para que diese un nuevo servicio a quien lo pudiese necesitar.

Y así, los viajes se fueron repitiendo y los años pasaron.

Pero existe una antigua máxima que dice que lo que no pasa en un año, pasa en un día, y algo distinto sucedió en uno de aquellos viajes, cuando el mozalbete contaba ya con unos catorce años, siendo más consciente de acechos o peligros.

En aquella ocasión realizó el viaje en el Ferrobús, que en la primavera llegaba de día a la parroquia de Chorente. Pero quisieron los malos hados que la máquina se estropease en Lugo y, por la tardanza en solventar la avería, el tren llegó al destino del muchacho siendo ya noche cerrada. Durante los últimos años, se había instalado junto a la estación de ferrocarril una fábrica de cemento, y el adolescente, envalentonado por la edad, por la luz de la fábrica y por sus ruidos, pensó que, conociendo tan bien el camino después de tantos desplazamientos por la aldea, llegaría sin dificultades a la casa de sus primos.

Para su sorpresa, al llegar a Traludeiro de Abaixo, la casa estaba cerrada a cal y canto. No eran más de las nueve de la noche y a esa hora la puerta todavía solía estar abierta. Llamó extrañado, y al rato abrió la hoja superior del portón su prima Soledad.

—¿Cómo vienes a oscuras, muchacho? —exclamó alarmada al verlo.

—Pensé que la luz no sería necesaria. ¿Qué me va a pasar? —respondió él despreocupado.

—Pues tuviste suerte al no llevar algún susto —respondió aterrada—; pues hace dos días que los lobos nos mataron dos ovejas en un prado, aquí al lado...

El joven se quedó perplejo y casi aturdido. Si antes pensaba que no le pasaría nada, antes los miedos ancestrales cobraban vida.

—Entra y cena un poco —resolvió al fin Soledad—, y después acuéstate a descansar.

Como era costumbre, lo convidaron a unos chorizos caseros que, cocidos, ahogaban con su salsa las sabrosas patatas de la casa. Todavía pálido, bebió un poco de vino, y hasta un golpe de caña, para recobrar el valor, aunque sabía que esa noche no conciliaría el sueño, pues, inconscientemente, volvía su mente a la niñez, a las historias escuchadas y al cajón de recuerdos guardados en su memoria.

Apenas reconfortado por los manjares y la compañía, subió lentamente las escaleras de madera hasta el cuarto del primer piso, en el que descansaba si hacía noche en la casa. Se acostó al abrigo de las mantas sintiendo los sonidos familiares que procedían de la cuadra de las vacas del piso inferior. Pero, como ya suponía, el sueño no lo acunaba en sus brazos, sintiendo todavía la piel de gallina por el miedo al ataque de unos animales que nunca habían herido a un ser humano, pero por el que este sentía pavor. Y así, mirando a un techo que apenas distinguía, evocó aquellos veranos con los abuelos...

La casa era de piedra, con suelos y techos de madera y el tejado de pizarra. A diferencia de otras viviendas, como en la que inten-

taba dormir aquella noche, las cuadras estaban fuera. Recordó las camas con armazón de hierro en las que dormían. Las mantas y los colchones de lana que las mujeres golpeaban de vez en cuando para airearlos y recolocar su relleno. Evocó la aspereza de las sábanas de lino confeccionadas en el telar. Repasó el ingenioso sistema que proporcionaba agua corriente a la casa desde el pozo, pues, desde él, el preciado líquido iba a un aljibe y desde este llegaba a la cocina. Sonrió ante la perfecta organización del hogar, pues, sin rechistar, el primero que se levantaba tenía que llenarlo. Y también lo hizo al pensar en aquella otra habitación en la que había un lavabo y encima un espejo que tapaba un depósito de agua. Si lo llenaban, esta salía por el grifo haciendo las delicias de quien lo usaba.

Regresaron a su memoria momentos vividos en aquella casa. Muchos recuerdos felices. Otros impresionantes como la tormenta más terrible que vio cuando le mandaron bajar al tren Correo para ver si había llegado carta. Sintió de nuevo el fuego abrasador del sol que aquel día quemaba el ambiente y semejaba derretirle la piel y los pulmones. No había una sola nube en el cielo, pero, poco a poco, este se fue tiñendo de un espeluznante color rojo como el de la sangre. Llegando ya a la Agra das Tolas, empezó a llover de un modo apocalíptico, mientras los rayos y truenos lo hicieron correr sin medida hasta llegar calado a la estación. Imaginó con cierta ternura, por la poca edad que tenía entonces, el aspecto que presentaría ante quien lo vio.

Mas los animales volvieron a su mente. Había tenido la suerte de ver nacer a muchas criaturas. Terneras y terneros con partos sencillos en el prado, corriendo impresionado y alegre para avisar al dueño. Otros alumbramientos más difíciles, como cuando, en la casa en la que ahora se cobijaba, un ternero venía del revés y hubo que voltearlo dentro de su madre, mientras el animal no nato mordía a quien le estaba ayudando a nacer.

Y pensó que es curiosa la vida.

Y también la muerte.

Como cuando al llegar el frío y las nieves se hacía la matanza con un ritual repetido año tras año para conseguir los excelentes productos de los cerdos que ellos mismos criaban y engordaban.

O el miedo, cuando un toro de la casa de O Fidalgo quiso embestirlo junto a sus padres mientras paseaban. Recordando cómo su padre los defendió con una horquilla detrás de una cancela de madera.

Un escalofrío lo estremeció de nuevo, semejante a los que recorrían su cuerpo aquellas noches en la casa del abuelo en las que, después de la cena, se hablaba de cuentos de miedo a la luz de un candil al lado de la cocina, de la Santa Compañía y de historias similares. Nadie quería terminar la noche por no sentir el pánico empujando por la espalda cuando iban hacia el cuarto de dormir con pasos apresurados.

Y el lobo.

Aquellas noches lobunas.

Vinieron al fin al chico y sin poder expulsarlas de su mente, las imágenes de los vecinos andando de casa en casa llevando antorchas de paja para hacer que los lobos huyeran si se los encontraban. Y en un último resquicio de su joven memoria, recordó el regato que bajaba hacia la casa desde la fuente de O Fidalgo. Se vio a sí mismo y a los suyos, desvelados, oteando el camino desde la galería del comedor, a oscuras tras los cristales, sin poder dormir, al igual que ahora le ocurría; impresionados por la naturaleza que se mostraba ante sus ojos, viendo beber el agua limpia y fresca del canal de riego a toda clase de bestias, entre las que no faltaban manadas completas de lobos.

Durante aquellas vigiliás, escuchó sinfonías sin igual, pues, si eran los lobos los sedientos, cuando el primero de ellos comenzaba a aullar lo seguían los demás, siendo imposible no quedarse hipnotizado ante su serenata y que no se pusiese el vello de punta.

El miedo al señor de la noche era poderoso y quizá aquel día, en su camino, había estado cerca.

Juiz tapó su cabeza con la colcha escapando de recuerdos, ruidos, silencios y corrientes de aire frío que le acariciaban el rostro. Cuando se dio cuenta, alboreaba...

Texto basado en los recuerdos de un niño, mi padre, en San Julián de Chorente (Sarria, Lugo) con el que quiere recordar a los que en él aparecen, así como también a Emilio, Luis y familia, Carmen, Ramiro, Ramón, Carmiña, Tonino... Este es uno de esos relatos reales de la Galicia que fue y de la que aún es. Gracias, papá. Esta historia es tuya y es para ti.

8

SOLSTICIO

*«Haya en el firmamento de los cielos
lumberas para separar el día de la noche,
y servir de señales a estaciones, días y años;
luzcan en el firmamento de los cielos,
para alumbrar la tierra».*

Génesis 1, 14-15

Más allá de los tiempos que nos brinda la memoria de la historia, existieron pueblos antiguos de los que apenas quedan huellas. Sobre ellos solo podemos hacer conjeturas y aplicar una buena dosis de imaginación. Sin embargo, dejaron grabados en las rocas, en forma de misteriosos petroglifos, sus lugares de enterramiento y quizá algunos de culto. Este relato es imaginario. Mas quién sabe si hace cinco mil años...

Albai era una muchacha inquieta recién llegada a la adolescencia. Vivía con un pequeño grupo en la costa norte cuya fuente de vida era el mar. Poseían pequeñas barcas de madera y pieles curtidas con las que salían a pescar sin alejarse de la costa. Tampoco desperdiciaban los mariscos que recogían con sus manos.

Consumían el pescado fresco espetado en pequeñas fogatas o guisado junto a otros ingredientes. El resto de capturas se secaban al sol, reservándolas para los días en los que las aguas se encabritaban. También las intercambiaban por otros alimentos u objetos necesarios. Durante la estación cálida el trabajo se multiplicaba, ya que salían casi a diario a faenar, a la vez que en los bosques y campos recolectaban un número asombroso de plantas y frutos que enriquecían su dieta. Y cazaban. Mamíferos y aves caían con facilidad en sus trampas, o bajo sus flechas y jabalinas. Su tierra era hermosa y fértil.

Cuando se asomaba al acantilado o bajaba a la playa, Albai se perdía en el horizonte y en los colores cambiantes de las aguas y del cielo. Observaba las nubes y sus formas. Y hasta la invisibilidad de las nieblas. Si iba al bosque, su momento favorito era la estación en la que las hojas caían, con sus amarillos, marrones y rojos embelleciendo el entorno.

Su grupo era pequeño y, a casi todos, los unía algún tipo de parentesco. Para evitar la debilidad de los que nacían en su seno, los hombres se unían a mujeres de otras comunidades, incorporándolas a la suya. Las féminas eran entregadas a muchachos de otros grupos. Si sus caminos se cruzaban, se reencontrarían con los suyos alguna vez. También cabía la posibilidad de coincidir en las reuniones que se celebraban cada estación. En ellas honraban a la naturaleza, rindiéndole cuentas y ofreciéndole sacrificios. Y, aun así, pasaban por épocas duras, extremadamente frías o cálidas, ventosas o secas. Entonces, se esforzaban todavía más en rendir mejor culto a las aguas, a los árboles, a las montañas, a las rocas y a la arena de las playas, al cielo y al trueno, al espíritu sanador de las plantas, a la luz del naciente o a la del ocaso.

Albai esperaba impaciente la próxima cita que se celebraría en apenas unos días, a la que denominaban: la Reunión de la Luz. Había sangrado por primera vez hacía unas lunas y en ella se desposaría. Su padre la entregaría a un hombre del que ella

nada sabía salvo su nombre y su origen. Gaio, el elegido, vivía en las montañas, por lo que la chica asumió que ya no frecuentaría la costa, que dejaría de correr por la playa sintiendo el calor y el salitre en su cuerpo y que, quizá, olvidaría la sensación refrescante de bañarse en las aguas infinitas. Pero era la costumbre y su deber aceptar lo que el destino le reservaba, consolándose al pensar que con él conocería otros lugares que pronto le serían familiares.

El día de la partida, una decena de personas abandonaron el humilde poblado. Quienes no tuvieron una causa para asistir, se quedaron trabajando como cada día y defendiendo los hogares de todos. Los demás viajaron hacia el sur guiándose por el sol, por las estrellas y por los grabados de las rocas que marcaban su itinerario hacia el santuario rupestre que los aguardaba para celebrar la noche más corta de las cuatro estaciones.

Atravesaron al paso de los ancianos, ríos y bosques. Subieron y bajaron lomas. Descendieron por barrancos. Caminaron con deleite por la meseta cubierta de hierba en la que tuvieron que bordear alguna laguna de cuando en vez, disfrutando de la planicie y de los horizontes abiertos.

Tras varios días de viaje y con uno de adelanto, llegaron al bosque que les serviría de refugio antes de las ceremonias. El santuario no se divisaba desde allí, pues solo algunos elegidos accedían a él para preparar los ritos. Muchos ya lo conocían, pero para otros era un auténtico misterio que nadie quería desvelar. Como ellos, llegaron más, acampando alrededor de hogueras. Muchos se conocían y se saludaban con auténtico placer, disfrutando de las antiguas amistades, mientras preparaban un pequeño lugar de descanso bajo los robles.

—¿Habrá llegado ya Gaio? —preguntó Albai a su madre con curiosidad.

—No veo a su grupo —contestó a su hija después de mirar a su alrededor—. Pero seguro que no tardará.

La chica recogió leña seca para que una fogata iluminase la noche de los suyos. Reunidos en torno al fuego, cenaron pescado y frutos secos. Formaban un grupo heterogéneo, pero todos tenían un objetivo que cumplir en la reunión.

Los que habían sido padres ofrecían a sus hijos recién nacidos al baño de la Luz, esperando los mejores augurios para la nueva vida.

Jóvenes, como Albai y Gaio, se unían bajo la bendición del último rayo de sol para comenzar su viaje juntos por los deseados caminos del amor y de la fecundidad.

Los ancianos acudían cuando sabían que su tiempo se terminaba. La mayoría perecía mucho antes en accidentes, debido a ataques de animales o a causa de enfermedades que las plantas medicinales no conseguían curar. Por ello, los que sí alcanzaban la madurez eran reverenciados y escuchados debido a la sabiduría que les brindaba su larga vida. Mas, cuando sentían aquella misteriosa señal, la llamada del inframundo, se preparaban para la reunión de la Luz. Durante la ceremonia, se despedían mediante un sencillo rito, abandonando el santuario en busca del Bosque Sagrado con un pequeño ajuar para el camino. Solo los jefes poderosos y sus familias se enterraban bajo túmulos de piedras y tierra. Los demás, se acurrucaban bajo un roble hermoso cuando sus piernas ya no querían andar y allí esperaban la muerte.

Pasaron la noche bajo sus pieles. Albai oyó crepitar el fuego, los murmullos de quienes no dormían y los escandalosos ronquidos de los que lo hacían sin preocupación. Se sentía extraña y, a veces, no sabía si realmente estaba despierta o si había soñado durante un rato. Era consciente de que aquella era su última noche arropada por los suyos. Al día siguiente, todo sería nuevo y se preguntaba cómo sería la familia a la que pertenecería entonces. Al final, sumida en sus pensamientos, deseos y dudas, terminó por vencerla el sueño.

Se despezó al alba. Vio que nuevos grupos se habían unido al campamento durante la madrugada y que la mayoría se preparaba para el día que comenzaba.

Si durante la mañana alguien vio a Gaio, nadie se lo dijo, y Albai se sintió cada vez más inquieta.

Tras la comida, comenzó un bullicio casi repentino, como el de las abejas que encuentran de pronto una apetitosa mata de flores. Una mujer empezó a pintarse el rostro, un muchacho tocó una nota discordante con una flauta de caña, y, en unos instantes, todos estaban erguidos, hablando y organizando cosas. Incluso se escucharon los primeros sollozos ante la pronta separación de los ancianos y de las muchachas.

La madre de Albai preparó a su hija para la ceremonia. La chica al fin pudo ver lo que aquella guardaba con tanto celo envuelto en un fardo de piel. Sonrió con deleite al contemplar un precioso vestido de cuero blanco con mocasines a juego y un sinfín de adornos en forma de collares y pulseras de conchas, de abalorios de piedra y de hueso. A una corona le añadieron flores frescas, mientras su pelo, atado a diario para que no la molestase en sus trabajos, caía ahora suelto como una cascada trigueña sobre su espalda.

—Son los adornos y la ropa con los que me uní a tu padre, y tus hermanas a sus hombres —aclaró la buena mujer—. También serán los que lleven vuestras hijas.

Albai, mimetizada con su atuendo, tomó conciencia de que no había marcha atrás para su paso a la vida adulta.

—¿Estoy guapa? —preguntó secándose una lágrima traicionera.

—Cualquier hombre lucharía por ti —respondió su padre mirándola orgulloso.

Ambas se miraron sorprendidas, pues no habían reparado en la presencia del hombre. El padre de Albai era de pocas palabras. No prodigaba demasiado sus afectos. Por eso, cuando de su boca

salían palabras como aquellas, a todos les llegaban al corazón. Ambos se miraron con emoción. Después, él se alejó. Entonces, la mozuela no consiguió dominar su llanto, pues los sentimientos flotaban a su alrededor como plumas de pájaro acariciando su piel. Los nervios la dominaron y sintió el deseo de correr y de marcharse de vuelta al mar. Aquel instante de pánico le hizo olvidar su curiosidad por Gaio y pensó que no quería crecer.

Su madre adivinó lo que ocurría, cogió la mano de la muchacha, acarició su rostro y le susurró al oído:

—Todo irá bien. Confía en mí.

El momento cumbre llegó.

Subieron la loma que conducía al límite del bosque. Desde lo alto, contemplaron una planicie que algunos árboles salpicaban, destacando sobre ella dos inmensas bolas de granito que se mantenían en un difícil equilibrio sobre otras rocas. Semejaba que, si alguien se apoyase sobre ellas, caerían rodando. Nadie sabía el tiempo que llevaban allí, ancladas por su peso y equilibrio. Las acompañaban otras piedras menores, empleadas como pequeños altares donde se sacrificaban ya algunos animales. En una curiosa formación cóncava nacía el agua, formando un pequeño estanque cubierto para la ocasión de pétalos de flores multicolores. Sobre la hierba, y ante los impresionantes bolos de piedra, una gran espiral delineada por plantas aromáticas embellecía el conjunto. En el principio y en el fin, dos enormes fragmentos de cuarzo blanco emitían destellos al reflejar la luz del sol. Y, aunque todavía era de día, una miríada de lamparillas, velas de sebo y pequeñísimos candiles embellecían con sus luces titilantes aquel lugar mágico.

Al ver el conjunto, Albai se quedó sin respiración. Sin salir todavía de su asombro, la condujeron hasta un grupo de jóvenes que aguardaban su mismo destino. Al otro lado del claro, reu-

nieron a varios muchachos y ambos grupos se miraron con curiosidad. Observó cómo algunas chicas reían con picardía. Otras se ponían de puntillas intentando diferenciar mejor los rostros masculinos. Alguna lloraba. Ella se mantuvo seria y digna viendo como varios chicos adoptaban posturas arrogantes que los hacían parecer mayores. Seguía sin saber quién era Gaio y prefirió apartar la vista de ellos.

Cuando empezó a caer el sol, todo se precipitó.

Los ancianos y los padres de las pequeñas criaturas que llevaban en brazos se arrodillaron ante la Luz que se escondía, pasando asombrosamente entre las dos inmensas bolas de roca y reflejándose con más fulgor todavía en los trozos de cuarzo. Alguien comenzó un canto y los ofrecidos fueron bendecidos con agua y flores, a la vez que la Luz del poniente los envolvía. Fue un instante de reverencia hacia el sol, que sobrecogió el corazón de los presentes. Se levantaron casi de inmediato y, mientras los jóvenes padres se colocaron en un lateral sin entorpecer el resto del ceremonial, los ancianos abandonaron la planicie encaminándose hacia su último destino.

De pronto, sonó un tambor. Cada vez la Luz era menos intensa, el cielo se teñía de un fuerte color rojo, los cuarzos continuaban emitiendo destellos y las lucecillas tomaban mayor importancia. Así, el momento de las uniones llegó.

El padre de Albai la tomó de la mano. Alguien citó los nombres de cada pareja, acercándose los llamados al principio de la espiral. Los padres unieron las manos de sus hijos y, ya juntos, los jóvenes caminaron hacia su centro, donde fueron bendecidos con agua y flores mientras la Luz, todavía encajada entre las dos rocas, los acariciaba. Ocho nuevas parejas. Con la última, el sol desapareció, los cuarzos dejaron de refulgir y ya solo las pequeñas luces iluminaron el santuario rupestre, hasta que nuevas hogueras se encendieron y estalló el júbilo y la algarabía.

Albai notó la energía que la Luz proyectó en su cuerpo.

Sentía el calor de la mano masculina que aferraba la suya, apretujando sus dedos con demasiada fuerza, pero todavía no sabía cómo era Gaio. Vio aquella mano ajena, morena y fuerte sobre la suya, y los brazaletes de su brazo, pero no fue capaz de levantar sus ojos.

—Soy Gaio —escuchó—. ¿Realmente eres tú Albai?

Alzó la vista al fin hacia el rostro de su compañero, un joven de cara seria, con un bonito pelo castaño algo ondulado sobre sus hombros y ceñido en la frente por una tira de cuero. La primera impresión fue buena, aunque extraña, como todo aquel día.

—Sí, soy Albai.

Él sonrió y su gesto se dulcificó.

—Bienvenida a mi familia, a mi casa y a mi pueblo, Albai —dijo con seguridad en la voz.

—Bienvenido a mi vida, Gaio —afirmó ella con cierta timidez.

Cuando al fin sus miradas se unieron, adivinaron muchas preguntas en los ojos del otro.

Los interrumpieron sus familiares y las demás parejas. Todos comentaron la belleza de la ceremonia y la oportuna medida de los tiempos. Un buen augurio. Los padres desearon a sus hijos una feliz unión y mucha descendencia. Todo era esperanza y la felicidad los envolvió.

Con instrumentos sencillos pero tocados con vehemencia, la música subió de tono. Hubo bailes, risas y besos furtivos, mientras los animales sacrificados eran abiertos y ensartados en ramas estrechas para asarlos sobre brasas, emitiendo efluvios sabrosos que abrían el apetito. También bebieron fuertes licores destilados de plantas y cereales, y una cerveza agria y fuerte que tumbó a más de uno, provocando las risas de todos.

La espiral vegetal se deshizo al danzar sobre ella, dando la bienvenida a la estación cálida que traería abundancia, si la diosa Tierra se sentía lo suficientemente reverenciada.

Albai y Gaio bailaron con los demás conociendo mejor sus cuerpos con tímidos roces. Hablaron sin descanso al cenar con sus familias. Pequeños murciélagos revoloteaban a su alrededor aturdidos por la inusual actividad del lugar, y hasta eso provocaba las risas de la joven pareja.

—Son tan jóvenes... —comentaban sus madres entre ellas.

—Como lo erais vosotras —contestó el padre de Gaio—, y hemos sabido haceros felices —añadió dando un codazo pícaro al padre de Albai, que rio con ganas.

Mucho tiempo después, cuando las lucecillas se apagaron, los mayores regresaron al campamento contemplando con respeto aquellas grandes rocas, haciendo aspavientos, agradeciendo el milagro de la Luz que pasaba entre ellas. Algunos volverían cuando emparejasen a otros hijos que aún eran niños; otros, cuando bendijesen a sus recién nacidos; otros, cuando se despidiesen de la vida, y la mayoría, jamás. Conocedores de ello, se retiraban sin darles la espalda y solo después de remojar sus rostros acalorados en el estanque.

Las nuevas parejas desaparecieron adentrándose en otra parte del bosque. Sin que las jóvenes lo supieran, cada muchacho había preparado un pequeño refugio para pasar la primera noche con su compañera. Por ello, la foresta se fue llenando de suspiros, risas nerviosas y jadeos.

Gaio condujo a Albai hacia un tronco caído que había techado con ramas y flores, después de agradecer a los árboles y a los habitantes del bosque el poder dar abrigo con ellos a su compañera. El suelo del pequeño cobijo, alfombrado con hierba y hojas, olía a tierra, a musgo y a vida. Se sentaron en él y se miraron cohibidos de nuevo.

Ella sabía lo que tenía que suceder, pues su madre le había explicado la unión íntima del hombre y de la mujer. Él también,

pues con su grupo de amigos espiaba a escondidas a parejas que se acoplaban donde pensaban que nadie las podía ver, pensando ahora, avergonzado, que no le gustaría que nadie mirase mientras se unía a Albai.

—Mi padre me explicó que las bolas no son macizas —dijo la joven rompiendo el silencio.

—¿Cómo? —contestó él confundido.

—Las rocas redondas. No son todo piedra.

—¿Ah, no? —replicó comprendiendo al fin.

—Él dice que una guarda un tesoro desde tiempos que nadie recuerda y que la otra está llena de ponzoña.

—Y, ¿cuál es cada una?

—Nadie lo sabe. Si alguien pudiese abrir una y encontrase el tesoro, viviría feliz para siempre. Pero si rompiese la que contiene la ponzoña, esta inundaría todo el valle, arruinándolo. Es muy peligroso. Por eso nadie se atreve a probar suerte.

—Vaya... —contestó él asombrado—. No conocía esa historia. Si yo encontrase el tesoro te regalaría muchas cosas bonitas, y adornos... Aunque no estarías más hermosa que esta noche.

Al fin, aprovechando la divertida confusión de la muchacha ante el piropo, Gaio se armó del valor del que presumía, se acercó un poco más a la joven y la besó dulcemente. Apenas un roce cálido y breve. Él sintió la suavidad de la piel femenina y ella la pelusilla del rostro de Gaio. Probaron de nuevo y, poco a poco, entre caricias torpes, besos y risas ahogadas, la unión se consumó.

Cuando al fin las voces del bosque se rindieron a la fatiga y al sueño, un búho ululó y, a lo lejos, los lobos aullaron.

Todo estaba bien.

Luz, agua, fuego y aire.

Los cuatro elementos del Todo participaron en la ceremonia de comunión entre la vida y la muerte para que el mundo y la historia siguiesen su curso.

Penas de Rodas (Outeiro de Rei, Lugo) ha sido considerado durante mucho tiempo una formación natural producto de la erosión del granito en forma de bolas, conformando un paraje de gran belleza y singularidad. En los últimos tiempos, sin embargo, nuevas teorías relacionan el lugar con un santuario astronómico prehistórico al coincidir el paso de los rayos de sol en el solsticio de verano entre ambas rocas. Además, en las proximidades existen numerosos petroglifos, formando su unión círculos (varios fueron cristianizados construyendo capillas en las cercanías o sobre ellos directamente, al igual que cruces, como se hizo en otros sitios al querer adaptar los antiguos lugares de culto paganos a los tiempos del cristianismo). También existen numerosos enterramientos en forma de dólmenes y túmulos todavía sin estudiar. Por si fuera poco, se habla hoy en día también de un hipotético Bosque Sagrado que llegaría hasta la ciudad de Lugo, aún en los tiempos en los que los romanos nos acompañaban. Por todo ello, esta comarca y lugares concretos de los ayuntamientos de Begonte, Outeiro de Rei, Friol y Lugo se encuentran en estudio bajo diferentes puntos de vista.

Dedico esta historia imaginaria del III milenio a. C., cuando quizá estas huellas arqueológicas quedaron selladas en el paisaje para que alguien las descubriese, a quienes me permitieron conocer el lugar y su leyenda, la del oro y el alquitrán con la que los mouros juguetones, esos otros seres de nuestro imaginario, nos despistan como en tantos otros lugares de Galicia. Para vosotros, Carmen y Fidel, con mi amor eterno. Para ti, Carlos, por nuestra Luz.

9 LA CASONA

«Hay un cierto placer en la locura,
que solo el loco conoce».

Pablo Neruda

Elena se apeó del autobús inspirando con deleite el aire fresco de Viveiro. Tras esperar su turno, recogió la maleta del fondo del portaequipajes, y se encaminó hacia la salida de la estación.

Un trabajo la esperaba y llegaba cargada de ilusión.

Siguiendo el puerto, se encaminó hacia la Puerta de Carlos V, una de las entradas al casco antiguo, pasando bajo el arco del triunfo erigido en el siglo XVI en homenaje al antiguo emperador. Mientras desembocaba en la plaza Mayor, disfrutando de las vetustas callejuelas, pensaba en la aventura que estaba a punto de comenzar. Deseaba que todo fuera tan bien como pronosticaban las conversaciones telefónicas con el administrador de la finca, en apariencia un hombre amable y atento, que le explicó con claridad lo que se esperaba de ella. Necesitaba adecentar la casa de una anciana que pasaba los meses fríos y húmedos de Galicia en su casa de Sevilla, regresando después de cada Semana Santa

para disfrutar de la suave primavera y del verano templado de A Mariña lucense.

A Elena la atraían de una forma singular los actos y las procesiones de la Semana Santa. Sin embargo, el administrador le contó que la anciana viuda, doña Fuencisla, encontraba deprimentes las procesiones castellanas y las del norte peninsular, acostumbrada al colorido de las de su tierra andaluza. «Para gustos...», pensó mientras subía hacia la antigua iglesia de Santa María, en cuyo lateral se encontraba la casa. Así pues, tenía dos semanas para dejar la casona resplandeciente. Por otra parte, cuando doña Fuencisla llegase, se valoraría la ampliación de su contrato para atender y acompañar a la anciana durante el resto de su estancia. Ella sabía que solía caer bien y que trabajaba de modo impecable, por lo que albergaba grandes esperanzas de continuidad.

Sumida en sus pensamientos, casi sin darse cuenta, llegó a la vivienda.

Contempló la elegante fachada de galerías de cristal y de madera pintada de blanco. Le pareció una casa encantadora con un cierto toque señorial. Sabía que las galerías comenzaron siendo aderezo de las casas de la gente humilde, pero que pronto los nobles y burgueses adinerados se dieron cuenta de las ventajas que suponían para iluminar y calentar las habitaciones, incorporándolas a sus propiedades.

Viveiro no fue una excepción.

Ante ella se encontraba un gran portalón de madera y herrajes antiguos. No encontró ni timbre ni llamador, y tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar la cadena que hacía tintinear una pequeña campana cuyo sonido le pareció estridente en la quietud de la calle. Mientras esperaba a que alguien abriera, una mujer se asomó a una ventana de la casa anexa, miró a Elena con curiosidad y, sin reparos, le preguntó:

—¿Vienes a trabajar a la casa?

—Sí, señora. Buenos días —contestó con una sonrisa que la vecina no devolvió.

Al momento, se entreabrió la gran puerta y ante la recién llegada apareció un hombre menudo de aspecto nervioso.

—Buenos días, soy Elena.

—Buenos días —respondió él con una voz amable que ella reconoció—. Soy Narciso, el administrador. Pasa, por favor. Sé bienvenida.

El individuo se echó a un lado y la mujer traspasó el umbral tirando de su maleta. Se detuvo al instante, teniendo la sensación de haber realizado un repentino viaje en el tiempo. Al contrario del aspecto luminoso y agraciado del exterior del edificio, el interior era oscuro y su decoración la trasladaba a otro siglo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, percibió que el recibidor era amplio. A él se abrían varias estancias y en uno de sus laterales arrancaba una escalera de madera con pasamanos de forja que unificaba la casa con sus curvas y giros. Elena sintió el frío y la humedad del ambiente, achacándolos al encierro del edificio y a la falta de calefacción. Habría que solucionar aquello. Su mente comenzaba ya a trabajar.

—Te enseñaré la casa y tu habitación —dijo Narciso—. Deja aquí tu maleta.

Ella asintió y siguió, estancia tras estancia, a aquel hombre sexagenario.

En la planta baja se encontraba la cocina, un enorme salón que hacía además las veces de comedor y de sala de música, pues tenía un piano de pared, y un despacho. Salvo la primera, cuya ventana daba a la calle y era diáfana, el resto de las habitaciones permanecían con gruesos cortinajes corridos y apenas se colaba luz en ellas, aunque se distinguía el papel pintado que cubría las

paredes con dibujos de flores de lis y una ingente cantidad de muebles. El primer piso tenía dos habitaciones. La alcoba privada de doña Fuencisla era de gran tamaño y poseía su propio saloncito con chimenea. Su parte delantera daba a una de las galerías y, a través de los cristales, adivinó la mole de piedra de Santa María. En la parte de atrás se abrían balcones. Desde uno de ellos y con sorpresa, Elena observó un jardín descuidado y triste. Al advertir la expresión de la mujer ante su abandono, con los matojos y árboles confundidos en una maraña de ramas, el administrador se apresuró a aclarar:

—Durante estos días, aprovecharemos también para adecen-
tar el jardín. Ya he contratado a un jardinero.

Elena asintió una vez más, paseando la vista por la habitación. A pesar de su tamaño, apenas había espacio, pues se encontraba atestada de muebles y de complementos cubiertos de un polvo espeso.

—Está todo un poco sucio —reconoció Narciso.

—La verdad es que sí —aseveró ella—. Parece que la casa lle-
vase cerrada mucho más tiempo que unos meses. Quizá conven-
dría tapar los muebles cuando doña Fuencisla se va.

—Sin duda, es una gran idea. Lo haremos así la próxima vez
—aceptó agradecido por la sugerencia.

—Me llama la atención una cosa...

—Tú dirás... —respondió él retorciendo sus manos en un
gesto nervioso.

—Las casas antiguas que conozco suelen estar muy comparti-
mentadas; sin embargo, esta tiene espacios enormes...

—¡Ah! Sí. Sí... —contestó sonriendo con alivio como si hu-
biese esperado un comentario de otro tipo—. También esta tenía
esa disposición cuando la familia la adquirió. Sin embargo, don
Pedro era marino y decía que para vivir en estancias pequeñas
ya le bastaba su barco. En tierra quería espacio, luz, un jardín...
Comodidad, en una palabra.

—Y, ¿quién era don Pedro? ¿El marido de doña Fuencisla?

—Exactamente. También se añadieron cuartos de baño a la casa, algo de lo que carecía —aclaró—, y las galerías de la fachada.

Elena permaneció pensativa imaginando cómo sería el edificio antes de las reformas. Y advirtiendo algo más. En aquella habitación había un olor antiguo que parecía fundido con las telas y con el papel de las paredes. Un aroma floral, dulzón, difuminado, que no se hizo eco en su mente, pero que le resultaba conocido.

—Pasemos a la siguiente habitación —la invitó Narciso rompiendo su concentración—. Es donde duermo cuando me ocupo de poner la casa a punto. Con el permiso de doña Fuencisla, naturalmente.

Al entrar en ella se quedó estupefacta. Había ropa esparcida por todas partes. Toallas hechas un revoltijo y tiradas por doquier sin un atisbo de orden ni de higiene. La cama estaba deshecha. El olor resultaba desagradable. Al ver las condiciones en las que aquel hombre tenía su habitación, sintió vergüenza ajena. En su intimidad él semejaba ser desastroso y experimentó algo muy parecido a la decepción, sin entender cómo alguien así se ocupaba de casas ajenas. Pero lo que llamó todavía más su atención es que él pareció no darse cuenta de lo que aquello decía sobre sí mismo, pues continuaba hablando con normalidad.

—Mira, Elena. Acércate a la galería y verás qué agradable sensación produce la luz y el calor que atrapa. Además, hay unas bonitas vistas. Estamos en núcleo medieval de Viveiro. La iglesia de Santa María es del siglo XII...

Al acercarse, la mujer sintió algo bajo sus pies que la hizo perder el hilo de la exposición de Narciso. Era la misma sensación que producía pisar una alfombra mullida, salvo por los chasquidos. Apartó la vista de la calle y miró al suelo con curiosidad. Entonces, sin poder reprimir su espanto, vio que pisaba una capa de moscas muertas que yacían sobre el suelo de madera.

—¡Ah! —exclamó dando un pequeño grito—. ¡Por Dios, Narciso! ¿Qué es esto? ¿De dónde han salido tantas moscas?

Mas, para mayor asombro de Elena, él sonrió y continuó hablando, ignorándola.

Visitaron el segundo piso, que se encontraba en las mismas condiciones que el resto de la casa, por lo que la recién llegada acompañó a Narciso habitación tras habitación sin hacer ya comentarios y con los sentidos alerta. Finalmente, llegaron al altillo, que sería su dormitorio. El baño estaba fuera, en el descansillo del tramo más estrecho y empinado de la escalera. Aquella estancia podría resultar cómoda. Era increíblemente luminosa comparada con el resto de la casa, pues no tenía cortinas ni contraventanas. Daba al jardín y no se escuchaba ningún ruido. Un buen lugar para su intimidad cuando estuviese limpia. Con disimulo, miró a la cerradura de la puerta donde, aliviada, vio una llave. Si tenía que compartir aquella casa con el administrador, dormiría mejor con la llave echada.

Tras el asombroso recorrido por la casa, regresaron a la cocina y Narciso preparó café.

—Como ves, hay mucho trabajo —dijo—. Tienes quince días para que todo esté perfecto. Doña Fuencisla es muy exigente.

—Emplearé bien el tiempo y serán suficientes.

—Así lo espero. Dejaré que te organices y trabajes a tu modo.

—Será lo mejor —asintió ella pensando ya por dónde empezar.

—Aquí tienes una copia de la llave de la puerta de entrada —comentó mientras se la entregaba—. El resto está en sus cerraduras. Puedes salir y entrar las veces que sea necesario.

—Gracias —respondió con sinceridad.

—Bien, pues ya tienes las llaves, tu habitación... ¿Necesitas algo más?

—Los productos y utensilios de limpieza.

—¡Claro! ¡Me había olvidado! Están aquí, detrás de la puerta y en los armarios. De todos modos, si hiciese falta algo, házmelo saber.

Narciso hablaba aceleradamente. A veces, atropellaba las palabras y desagradables restos de saliva hacían brillar las comisuras de sus labios. Su voz era idéntica a la que Elena conocía, pero distinta a la vez. Por teléfono, el administrador era agradable, sabía escuchar, vocalizaba correctamente y daba sensación de seguridad. En persona parecía otro hombre, y tenía que reconocer que este nuevo aspecto no le gustaba, aunque esperaba que fuese algo pasajero.

Sin embargo, según avanzó el día, su mala impresión empeoró.

Narciso, incumpliendo su palabra, no permitió que se organizara, requiriéndola constantemente. Le pedía opinión sobre la colocación de un cuadro o de un sillón sin tener después en cuenta sus sugerencias. La obligó a arrastrar muebles pesados para colocarlos más tarde a su antojo. Protestó cuando Elena lo informó de que faltaban plumeros, bayetas y gamuzas. Y más aún al darse cuenta de que el aspirador no funcionaba correctamente. No le dio tregua ni para comer ni para cenar. Tampoco había nada en la nevera con lo que preparar un pequeño tentempié para ambos, y no le dejó tiempo para ir a comprar comestibles, enredándola siempre con sus peticiones. Resultó exasperante y, no antes de la madrugada, pudo al fin subir la maleta hasta su dormitorio sin haber tenido ocasión de limpiarlo y ventilarlo. No resultaba ni acogedor ni sano en el estado en el que se encontraba. Pero ella ya solo tuvo fuerzas para encontrar un pijama entre su ropa, retirar despacio la colcha de la cama evitando remover el polvo que la cubría y abandonarse al mundo de los sueños.

Despertó helada. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero tenía las manos y los pies congelados. Por un instante, no se ubicó, aunque regresó de golpe a la realidad. Tanteó en busca del

interruptor de la luz, rebuscó en su maleta y se puso un jersey y calcetines, entrando poco a poco en calor.

Escuchó una voz. La sintió lejana y supo que provenía de las plantas inferiores. Lentamente, sin hacer ruido en el suelo de madera, se acercó a la puerta, giró la llave despacio y se asomó a la escalera. Había luz en el primer piso y oyó hablar a Narciso. «Estará al teléfono. ¿Es que este hombre es infatigable?», pensó mientras volvía a su habitación dando vuelta a la llave.

Ya con la luz del día inundando el cuarto, a Elena la despertó el ruido de un cortacésped. Se asomó a la ventana despezándose y vio a un hombre trabajando en el jardín. Salvo los pequeños senderos en los que el jardinero se afanaba cortando la hierba, el resto del terreno parecía un bosque insondable, compuesto por árboles de bajo porte y arbustos espinosos; sin duda, rosales todavía desnudos de brotes.

—Tú también tienes trabajo de sobra —comentó Elena oteando desde su ventana.

Cuando bajó al piso inferior no encontró a Narciso. Tampoco estaba en el salón, ni en el despacho. Entonces, salió al jardín por la puerta de la cocina y lo vio junto al hombre que cortaba la hierba. Con la cercanía, pudo distinguir mejor sus rasgos. Tendría más o menos su edad y parecía de pocas palabras, pues no la saludó. Sin embargo, le dirigió una mirada profunda que la desconcertó. Parecía querer decirle algo, pero no entendió qué podría ser. Sin apercibirse de nada, Narciso los presentó y, después, lo invitó a comer. Emilio, todavía mudo, dudó sin objetar nada a tiempo y el administrador decidió por él:

—Está todo dicho. Comeremos los tres en casa.

Elena se preguntó entonces qué comerían, pues no había nada en la casa, salvo algunas galletas rancias que encontró revolviendo en la cocina la tarde anterior.

—Ven conmigo —le dijo Narciso tomándola suavemente de un brazo, conduciéndola al interior—. Ayer fui tan cargante que olvidé comer y cenar. ¿Te imaginas? Me sentía tan ilusionado colocando los muebles para doña Fuencisla... Pero hoy ya he desayunado y ahora tengo que salir. Compraré lo que me pediste y la comida del mediodía. ¡Hoy cocino yo! —exclamó alegremente.

Elena se alegró del buen humor del administrador, pero no le pasó inadvertido que hablaba exclusivamente de él, sin hacer mención a que tampoco ella había probado bocado. De pronto, se sintió desfallecida. Aquel hombre le resultaba totalmente desconocido y actuaba de forma extraña. Entonces, midiendo las palabras, como si hablase a un niño, dijo:

—Me parece una gran idea. Realmente necesito lo que te pedí para que doña Fuencisla encuentre todo impecable cuando llegue. Te agradezco que me lo traigas. Pero es que yo...

—¡Haré solomillo! ¡Verás qué rico! —la interrumpió—. Porque te gusta la carne, ¿verdad?

—Sí, sí, claro... Será un manjar —dijo siguiéndole la corriente—. Pero es que yo también necesito salir. No he comido desde ayer al desayuno y me gustaría llenar un poco la nevera.

—Pero si ya compro yo la comida... ¡No te preocupes! —insistió él.

Elena comenzó a ponerse nerviosa. O aquel hombre estaba terriblemente despistado o era cruel, pues todavía pretendía que esperase a la hora de la comida para llevarse algo a la boca.

—Narciso —dijo de forma más directa—, yo también necesito desayunar. Tengo hambre y me espera mucho trabajo. O dejas que me organice, o será imposible llevar esto a buen término. Y yo también voy a salir ahora —dijo de un tirón.

El hombre se la quedó mirando, pero no respondió. Se dirigió de nuevo hacia el jardín y comentó:

—Cuando el jardín esté arreglado, quedará bien en él una mesa con sillas para que doña Fuencisla tome el sol.

En el mismo instante en el que Elena escuchó sus palabras, supo que sería imposible entenderse con Narciso y hasta dudó sobre si aquel individuo sería la misma persona con la que se entendía tan bien por teléfono. Agotada pero envalentonada, pues alguien debía tomar las riendas de aquella situación y actuar con lógica, se giró dejándolo solo, subió a por su bolso y salió a la calle a desayunar y a hacer sus compras. Esperaba poder haberse organizado ya el día anterior para comenzar su trabajo cómoda, descansada y fresca tras tomar una ducha, pero no pudo ser. Narciso era el rey de la improvisación y, definitivamente, un hombre raro.

Al salir, tuvo la inquietante sensación de que abandonaba un cautiverio corto pero intenso y apuró el paso.

Desayunó en un antiguo café que conocía. Tenía tanta hambre que una taza grande de leche con cacao y dos bollos no la saciaron, por lo que pidió, además, un trozo de bizcocho que se veía apetitoso dentro de su urna de cristal. Recuperada al fin de su inanición, fue de compras y solo regresó a la casa cuando tuvo todo lo que necesitaba para sí, y víveres para dos.

Al girar la llave del portalón de la casona, se abrió la ventana de la casa de al lado y la misma vecina se asomó a ella. Elena la saludó, pero la mujer tampoco contestó aquella vez, limitándose a mirarla. «¿Qué les pasa a todos por aquí?», pensó un poco harta.

Narciso no estaba.

Por vez primera desde que había llegado, tuvo la tranquilidad necesaria para organizarse. Comenzaría a limpiar desde arriba. Una vez no sería suficiente, ya que la acumulación de suciedad era descomunal, pero ventilaría y adecentaría aquel mausoleo. Haría lotes para la lavadora y tendería la ropa en el jardín para secarla al sol y dejarla fragante.

Durante buena parte de la mañana nadie la interrumpió, dejando lista su habitación y parte del segundo piso. Volvió a lla-

mar su atención la cantidad de moscas muertas que había en las galerías y junto a los balcones. Todavía no hacía calor y no veía ningún insecto volando o posado en los cristales. «Quizá estén aquí desde el otoño...», pensó.

Al bajar a la primera planta, oyó que alguien entraba en la casa.

—¡Elena! —gritó Narciso desde el recibidor—. ¡He vuelto! ¿Dónde estás? —preguntó alegremente—. ¡Ven!

Ella tomó aire cogiendo fuerzas y bajó.

Narciso estaba ya en la cocina vaciando las bolsas en las que traía casi todo lo necesario para una limpieza a fondo. En otra bolsa, traía la carne y la introdujo en el frigorífico. Tuvo que darse cuenta de que estaba casi lleno por la compra de Elena y ella lo observó esperando un comentario o una reacción que no llegó.

—He limpiado el altillo y le he dado un primer repaso al segundo piso —lo informó de todos modos.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —contestó él sonriendo—. Pues ahora dile a Emilio que, dentro de media hora, estará lista la comida.

—Ahora mismo. Prepararé aquí la mesa.

—No. Prepárala en el comedor.

—Pero... —respondió contrariada—, todavía no lo he limpiado...

—Da igual. Estaremos mejor allí.

Elena avisó al jardinero y se precipitó al salón comedor. Descorrió los cortinones, abrió las ventanas, y con la luz del día advirtió que aquella estancia se encontraba más descuidada de lo que pensaba. No podría adecentarla en solo media hora. Así que se limitó a la zona de comedor. Desempolvó la mesa y las sillas, barrió con cuidado el suelo de madera y además tapó con sábanas viejas los muebles adyacentes, dándole a la habitación un aspecto provisional, pero al menos se podría comer allí sin mascar la su-

ciudad que los rodeaba. Medio satisfecha, buscó un mantel en el aparador y montó la mesa.

La carne estaba exquisita y la disfrutaron con apetito. Narciso habló sin descanso y lo escucharon con discreción. De vez en cuando, Elena y Emilio cruzaban sus miradas sin dejar entrever sus pensamientos. Al terminar, ella recogió la mesa y Narciso se marchó a la cocina para preparar café. Mientras colocaba los pocillos, Emilio le habló al fin:

—¿Vienes para quedarte?

Elena lo miró con curiosidad y respondió:

—Asearé la casa y, cuando doña Fuencisla llegue, valorarán si la acompañaré hasta su marcha en otoño.

—¿Doña Fuencisla? —repitió él con asombro.

—La dueña de la casa, sí.

—Pero...

—¡Aquí está el café! —anunció Narciso—. ¡Tenemos hasta pastas de té!

Elena vio asombrada las galletas que ella había comprado para acompañar los desayunos. La buena mujer las trajo con la intención de que también Narciso se sirviera de ellas si le apetecían, pero le pareció de una enorme caradura que las cogiese sin preguntar. Aunque, una vez más, sin querer arruinar la sobremesa, observó y guardó silencio.

Emilio la miraba, ahora más insistentemente, pero no habló y dio por terminado el descanso regresando al jardín. Ella limpió el desastre que el cocinero había hecho en la cocina, y este, como el día anterior, comenzó a arrastrar muebles y a cambiar cuadros de lugar.

Enfrascada en su labor, Elena sintió de pronto un fuerte golpe contra el cristal de la ventana fija que daba a la calle, a la que amordazaban unas rejas. Levantó la vista y vio a un petirrojo volando enloquecido dentro de la cocina. Volvió a golpearse con el cristal pugnando por escapar. Y con la lámpara. Y con la nevera.

El pajarillo no encontraba una salida y temió que se lastimase. Intentaba guiarlo hacia la puerta del jardín, cuando Narciso apareció:

—¿A qué viene tanto escándalo?

—No hay ningún escándalo —contestó—. Ha entrado un pájaro y se va a hacer daño. Solo intento ayudarlo a salir.

Con una expresión que a Elena se le antojó cruel por su indiferencia, él replicó:

—¡Un pájaro! Entran muchos y siempre salen. Abre todas las ventanas y por alguna se irá. ¡Vamos!

—Pero si ni siquiera consigue salir de la cocina... Hay que ayudarlo a que salga por la puerta del jardín.

—¡Abre las ventanas!

—Pero...

—¡Abre!

Elena tragó saliva ante aquel grito imperativo.

Dejando a la avecilla a su suerte en la cocina, abrió todas las ventanas de la casa seguida por Narciso. Hacía corriente, frío y humedad, a pesar del sol que ya descendía hacia el horizonte. Algunas puertas de los balcones se batieron, amenazando con romper sus cristales. En el primer piso, el polvo se alzó de su descanso y se esparció por todas partes. Después de la falta de empatía de aquel hombre con el pequeño petirrojo, cuya lucha estaba en la cocina, Elena sintió indiferencia ante la posibilidad de que se produjese cualquier desperfecto, pero mucha rabia por complicar la ya de por sí ingente limpieza de la casa.

Volvió a la cocina, enfadada. Y entonces, vio que el pecho rojo del pajarillo destacaba sobre las antiguas baldosas de barro cocido. Lo recogió amorosamente y acarició su cuerpecillo todavía caliente, comprobando que no alentaba. Le pareció una crueldad tan mayúscula haber dejado que aquel ser inocente y perdido muriese que se sintió enferma. Tras unos instantes de angustia, guardó al pequeño ser en el bolsillo de su bata de limpieza, protegiéndolo

como no pudo hacer antes, esperando un momento propicio para enterrarlo en el jardín.

Al día siguiente, Emilio continuó trabajando y Elena se afanó en limpiar el desastroso primer piso. Sin embargo, en una visita a la segunda planta, se sobresaltó al observar cómo, delante de los balcones y en las galerías, descansaban de nuevo cientos de moscas muertas.

Y al cuarto día.

Era ciertamente extraño, y en la cabeza de Elena bullían cada vez más preguntas.

Al quinto día, Emilio terminó su trabajo. Ahora se distinguían los senderos. Los árboles podados presentaban nuevas formas. Las ramillas enmarañadas de los rosales desaparecieron. Además, había parterres de flores que daban al jardín una alegría inusitada. En su centro, quedó a la vista una fuente antigua de piedra que había permanecido oculta y que Emilio reparó, y salían por sus caños de metal hilillos de agua. Tampoco Elena perdió el tiempo y la casa parecía ya habitable. Hizo además una lista con los importantes desperfectos que encontró. El administrador le aseguró que enviaría a operarios que se encargarían de ellos. Y así, Emilio fuera y ella de puertas para adentro, se sintieron orgullosos de sus labores.

Entonces, ocurrió algo sorprendente. Cuando Emilio ya se iba, Narciso anunció que también se marchaba y que volvería tras la Semana Santa con doña Fuencisla. Metió en una bolsa antigua de lona algunas de sus cosas, cogió las llaves del coche y desapareció.

Emilio se preocupó.

Elena respiró aliviada.

Sin embargo, cuando cayó el sol y la noche entró en la casona, la mujer tuvo un nuevo sentimiento que le inspiró temor.

Arrebió el viento y ella recorrió todas las habitaciones asegurando ventanas y balcones, sintiendo un escalofrío justo antes de cerrar cada una de las puertas.

«Venga, Elena —se dijo—, no tengas miedo. Estás sola».

Pero no estaba cómoda.

Regresó a la cocina y preparó una cena ligera.

De pronto, la sobresaltó el ruido de la campanilla de la puerta. Dio un grito involuntario y su corazón comenzó a palpar sin control.

Se acercó a la entrada con sigilo y alguien habló al otro lado:

—¡Soy tu vecina! ¡Abre!

Después de pensarlo unos segundos, Elena abrió la puerta despacio. Vio a la mujer de la ventana y, sin saber a qué atenerse, no la invitó a pasar.

—Hola —dijo la anciana—. Quería decirte que si necesitas cualquier cosa llames a mi puerta.

—Vaya... gracias...

—Me llamo Aurora, y ya sabes que vivo al lado. En el primer piso. Soy la madre de Emilio.

—¡Ah! Encantada... —contestó entonces algo más tranquila—. Yo soy Elena.

—Lo sé. Sin Narciso estarás tranquila unos días. Sé que es un hombre... complicado —añadió sin freno—. No dejes que esta casa te absorba, y cuando estés libre visítame. Serás bienvenida.

Elena rompió sus defensas y se sintió agradecida ante su amabilidad.

—Lo haré... —dijo abrumada.

—Así lo espero —respondió con contundencia—. Y ahora, buenas noches. Creo que va a llover.

Elena cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. En realidad, no sabía a qué atenerse. Narciso era extraño, imprevisible, po-

seía un punto cruel y tenía al menos dos personalidades distintas. Su vecina Aurora se presentaba al haberse marchado este. Y con Emilio apenas había cruzado unas palabras, pero se daba cuenta de que sus miradas le transmitían un mensaje de alerta. ¿Qué sucedía?

Se consoló pensando que, al menos, tendría más libertad para trabajar sin interrupciones y pasear un poco por Viveiro.

El comienzo había sido ciertamente complicado, pero quiso creer que ahora todo mejoraría.

Un poco más tarde, y como había predicho Aurora, comenzó a llover.

El sonido del aguacero en las antiguas calles empedradas era relajante. Llegaba a Elena a través de los cristales de la cocina, envolviéndola en una atmósfera secular y misteriosa. A través de la puerta del jardín, percibía el olor a hierba húmeda y recién cortada. Fue un instante hermoso en el que disfrutó de un té pensando en lo agradable que sería dormir aquella noche escuchando las gotas de lluvia en el tejado.

Mas, tras subir las escaleras con una tensión creciente en la espalda, entró en su habitación y se rompió la magia.

Había un charco de agua en el suelo.

La mujer recorrió con sus manos el techo abuhardillado, pero no notó humedad. Sin embargo, las juntas de las ventanas estaban empapadas. Así que, armada de paciencia, secó aquel desastre y tapó las rendijas. Y en ello estaba ocupada cuando, de pronto, en una conjunción de elementos, la lluvia arreció, un golpe de viento sacudió la ventana, un rayo rasgó la noche y se fue la luz. La oscuridad la envolvió, sintió su tacto pegajoso en la piel y, sobresaltada, gritó de nuevo.

Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Cerró la puerta de la habitación con llave y, rendida y asustada, se metió

a tuestas bajo las mantas de la cama. Su cuerpo absorbió el frío húmedo de las sábanas, colocándose en posición fetal para envolverse en su propio calor. Cerró los ojos y deseó dormir al instante, sin tiempo para pensar. Pero el sueño tiene su propia voluntad, e igual que nos atrapa sin avisar en los momentos más inesperados, es esquivo cuando se le llama.

Pasaron muchos minutos.

Lentos.

Silenciosos.

Fríos.

E, incapaz de conciliar el sueño, se entregó al menos a un estado de reposo mientras, fuera de la casa, la atmósfera libraba su propia batalla.

Lo último que sintió antes de perder la noción de la realidad fue un leve peso sobre uno de sus muslos. Le pareció que una mano delicada se posaba sobre su pierna por encima de la vieja colcha.

No se movió.

No respiró.

Escuchó sin oír nada.

No quiso mirar.

Despertó con la luz del día. Había dejado de llover durante la madrugada, pero, aún acostada, vio como una gota se deslizaba por una viga del techo hasta caer sobre la alfombra y que volvía a haber un charco en el suelo. Si unía el tejado y las ventanas a la lista de averías que había encontrado, la casa solo podría calificarse como una futura y próxima ruina. «¿Cómo consentirá doña Fuencisla el estado de este inmueble?», se preguntó.

A media mañana salió a la calle a respirar.

Fuera de aquellas paredes sintió de nuevo la liberación del peso que la oprimía.

El cielo continuaba nublado y el aire fresco la espabiló. Caminar por las calles medievales consiguió activarla y recuperó su ánimo.

Necesitaba sentirse libre y sola, sin la sensación, cada vez más fuerte, de que la casa, o algo en ella, la vigilaba.

Encaminó sus pasos hacia lugares tan familiares para ella como la Calexa das Monxas y la Porta do Valado, una de las antiguas entradas a la ciudad medieval allá por el siglo XIII. Volvió sobre sus pasos con cuidado de no resbalar en las nuevas losas de pizarra del suelo hasta llegar a los antiguos sillares de granito eterno, oscuro por los años y por la lluvia, brillantes y sólidos. Pronto encontró la gruta de Lourdes, una imitación de la verdadera donde decían que la Virgen se apareció y cuya réplica se construyó allí en el año 1925. De sus paredes y de la verja colgaban exvotos de cera, ofrecimientos y promesas, súplicas elevadas con fe a los cielos para pedir quién sabe qué milagros. Llegó a otra de las puertas de la muralla, la del Santo Cristo del Amparo, pero no la cruzó. No le apetecía visitar las nuevas calles de la villa, sino perderse en sus callejuelas impregnadas de historia. Paseando, con la lluvia empapando ya la tela del antiguo paraguas negro que había cogido del paragüero del recibidor, llegó a la plaza Mayor, siguió hasta la iglesia de San Francisco del siglo XIV, construida fuera de murallas, y allí reconoció el sonido de los tambores que acompañaban a las procesiones de la Semana Santa, ensayando en el claustro del convento. Se detuvo deleitándose con aquel ritmo lento y solemne que parecía rebotar en su pecho. Aquel era el Viveiro que ella conocía, el que la impresionaba... Y aquella lluvia incesante le confería una atmósfera de lugar romántico que la hizo sentir bien.

Sin muchas ganas, regresó a la casa rodeando la cabecera de la iglesia de Santa María. La contempló como si la viese por vez primera y recordó de otras Semanas Santas un curioso Encuentro entre la Virgen y su Hijo con figuras articuladas, representando el

descenso de Cristo de la cruz y el dolor de su Madre que acercaba un pañuelo blanco a sus ojos tristes.

Pero el bienestar no podía durar, y al abrir la puerta de la casona, relajada y sonriente, ocurrió algo que la devolvió al estado de alerta: escuchó unos golpes muy fuertes en la cocina. «Ya empezamos con cosas raras», pensó.

Con el paraguas cerrado como arma y abriendo lentamente la puerta, entró en la cocina sin poder dar crédito a lo que vio: un gato blanco y negro iba de una puerta a la otra golpeándose como un loco. Embestía de una forma endiablada con angustia. Elena sintió lástima, pero también curiosidad. ¿Por dónde habría entrado si estaba todo cerrado?

—Gatito —habló suavemente—. Tranquilo... Shhh...

Pero el felino se asustó todavía más. La miraba horrorizado, con las pupilas totalmente dilatadas y la cola erizada.

—Espera. Abriré la puerta del jardín y podrás salir.

Y así lo hizo, colocándose en una esquina que no molestase la trayectoria del minino para salir de aquel encierro. Tras varios golpes más, el gato acertó a pasar por el hueco abierto y se marchó en una carrera alocada. Elena se acercó entonces a observar hacia dónde se dirigía el pobre animalillo, pero hubo de retirarse velozmente, pues una repentina ráfaga de viento la envolvió y la puerta se cerró con un golpe seco que hizo temblar los cristales.

Todavía impresionada, un ruido estridente la hizo saltar.

Era el teléfono.

Narciso.

Trabajó toda la tarde con la impresión ya familiar de no estar sola.

Por la noche, tras la cena, se permitió un pequeño capricho. El piano del salón la atraía y se sentó en su banqueta. Destapó las teclas con suavidad, recorriéndolas con sus dedos. No sabía sol-

feo, ni mucho menos tocar el piano, pero había memorizado alguna melodía cuando era niña y quiso reproducirla. Encontró la primera nota y se animó a continuar, pero el sonido que emergió de las profundidades de la caja de resonancia sonó tan desafinado y desacorde como todo en aquella casa. Un rictus de desilusión ensombreció su rostro, comprobando a la vez que muchas de las teclas ni siquiera emitían sonidos.

Cerró la tapa, acercó la banqueta al piano, apagó las luces y subió corriendo a su habitación.

Al día siguiente, la casa estuvo definitivamente aireada e impecable. Y fría. Excesivamente fría. En cuanto paraba de trabajar, Elena tenía que abrigarse. No había calefacción y, en lugar de avanzar hacia la primavera, parecía retornar el invierno.

Y llegó la Semana Santa. En esta ocasión, podría ver algunas procesiones desde las galerías de la casa, que tenía que seguir despejando de insectos una y otra vez. Con el paso de los días, cada vez se ponía más nerviosa al encontrarlos. Buscó agujeros en la madera, echó un producto repelente que le recomendaron en una droguería, cerró, ventiló... Cada noche quedaba todo limpio, pero por la mañana allí estaban de nuevo. Moscas muertas sobre la madera del suelo ahora impoluto.

Una de aquellas noches, Elena trasteaba en la cocina cuando entre las rejas de la ventana se asomó una cara. La mujer se sobresaltó como tantas veces aquellos días. Luego reconoció a su vecina, que le hacía señales para que le abriese la puerta.

—Hola, Aurora —la saludó disimulando su nerviosismo.

—Ven a cenar con nosotros —dijo sin dejar opción a una negativa—. ¿Se puede saber cuántas horas trabajas al día, niña? Te recuerdo que la jornada es de ocho horas, y tú estás siempre

encerrada. Parece que estás secuestrada —prosiguió—. Eso no es bueno.

—Lo sé —reconoció—, pero no quiero que se acumule de nuevo el polvo, y Narciso llama a menudo para encargarme nuevas tareas y recados.

—Ya sé lo que hace Narciso —la cortó—. Pero haz las cosas a tu manera. Él ordena, pero no tiene ni idea de cómo se lleva una casa.

Elena se quedó sin argumentos porque pensaba lo mismo.

—¡Venga! ¡Vamos a cenar! —casi ordenó Aurora.

Ella, sin fuerzas para oponerse y agradecida por el detalle, apagó las luces, salvo la del recibidor, cerró la puerta con llave y se dejó llevar. La verdad es que estaba harta de estar sola.

Aurora le enseñó su piso y la condujo hasta una salita que también hacía de comedor. Las habitaciones estaban construidas a escala humana con el espacio justo para sentirse abrigado y recogido, contrariamente a las estancias enormes y a las esquinas amedrentadoras de la casa de doña Fuencisla. Era una casa cómoda, confortable y cálida. La chimenea estaba encendida y pronto le sobró su ropa de abrigo después de muchas jornadas heladoras. Para hacerlo todo más agradable, Emilio miraba tranquilamente la televisión.

—Buenas noches —lo saludó Elena con cierta timidez al sentir que invadía su intimidad.

—¡Hola! —respondió él con calidez, apagando la televisión—. ¡Gracias por venir!

—A vosotros por invitarme...

—Ven, siéntate aquí junto al fuego —dijo él—. Estarás aterida. Esa casa es como un congelador.

—Sí, bueno... Gracias... —respondió sentándose en una butaca al lado de la chimenea.

Aurora dispuso la mesa sin dejar que Elena la ayudase.

—¿Cómo van las cosas en la casa? —comenzó la conversación Aurora, ya sentados a la mesa.

—Bien —contestó ella—. Estaba polvorienta, olía a cerrado y a humedad. Supongo que lo normal cuando una casa está deshabitada por un tiempo. Pero ya está perfecta.

—Pues, entonces, no hay disculpa para que no salgas más, o esa casa te comerá —argumentó—. Hasta te encuentro pálida.

—Lo sé, pero me queda poco tiempo libre.

—Eso ya me lo dijiste. Pero ¿qué demonios te encarga ese hombre?

—Me pide que tome medidas aquí y allá para comprobar si encaja un mueble nuevo, o que busque un libro concreto en el despacho, o que compruebe si brotan ya los manzanos...

—¡Pero si están recién podados! —intervino Emilio—. Todavía tardarán... No tiene ni idea.

—Supongo que no, pero yo tengo que mirar.

—Sí, claro... No es culpa tuya —dijo mirando a su plato para añadir, de pronto, dirigiéndose a su madre—: ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

Aurora no respondió y Elena se sintió muy intrigada.

—Está bien —dijo Emilio interpretando el silencio de la anciana—. Elena, ¿puedo preguntarte cómo te enteraste de este trabajo?

—No es ningún secreto —contestó mientras dejaba la cuchara en el plato de la sopa—. Alguien que nos conoce a ambos nos puso en contacto. Yo necesitaba trabajo.

—Y él ¿para qué dijo que te necesitaba? —inquirió.

—Narciso me comentó que necesitaba una persona para acondicionar la casa, pues su dueña, doña Fuencisla, regresará de Andalucía tras la Semana Santa, como hace cada año. Por teléfono, Narciso fue siempre muy amable —prosiguió—. Me explicó las condiciones, escuchó mis pareceres, me llamó muchas veces durante un tiempo y al fin me aceptó.

Al oír esto, madre e hijo se miraron en silencio con complicidad y sin disimulo. Él preguntó:

—¿Te dijo quién era él?

—El administrador.

Emilio expiró el aire de sus pulmones lenta y profundamente.

—Me estás asustando —comentó Elena con un hilo de voz.

—No. No te preocupes. Pero hay cosas que debes saber.

Aurora sorbió un poco de agua y tomó finalmente el relevo de su hijo:

—Elena, mi hijo y yo nos prometimos que si volvía a suceder no nos inmiscuiríamos en las cosas de esa casa extraña y maldita, pero, desde que te vi entrar, supe que eras una buena mujer y no puedo callarme.

—Por favor... sigue... —la animó ella.

—Don Pedro, el marido de doña Fuencisla, murió hace setenta años, y ella, hace sesenta.

—¿Cómo? —preguntó Elena atragantándose con el vino y dejando la copa suspendida en el aire.

—A él no lo recuerdo, pero a ella sí —prosiguió—. Era una mujer imponente que parecía una marquesa y que siempre olía a rosas.

La luz se hizo en los sentidos de Elena. Aquel aroma vago y dulzón que estaba siempre presente en la habitación de la señora era su esencia de rosas disimulada por el paso del tiempo.

—La casa todavía huele a ella... —pensó en voz alta.

—Puede ser —aseveró Aurora—. Recuerdo que me llamaba «chiquilla» con un acento andaluz muy alegre. Chiquilla por aquí, chiquilla por allá... Y, cuando le hacía un recado, me daba una rosquilla. Una vez, me mandó ir a San Francisco a ponerle unas velas a la Virgen de los Dolores y, a la vuelta, me regaló también un lazo de raso. Un lujo para mí. Habían tenido un hijo y, quizá, su instinto maternal provocaba que se fijase en mí como la niña a la que no había podido mimar. En fin, estoy divagando. El caso es que... Narciso puede llamarse administrador si quiere, pero realmente es el dueño de la casa.

—¿Perdón? —preguntó Elena con estupor.

—Sí, niña —aseguró Aurora—. Narciso es el único nieto de doña Fuencisla, el hijo de su hijo, y nació el mismo día en el que ella murió.

—¡Dios mío! —exclamó Elena estupefacta.

Aurora tomó otro sorbito de agua, humedeciendo sus labios y continuó:

—Mientras su madre lo paría en la habitación de atrás del primer piso, doña Fuencisla agonizaba en su cuarto de la galería. Y, finalmente, al llegar la noche, ambas murieron.

—¡Qué terrible historia! —añadió Elena sin salir de su asombro.

—Lo es —intervino Emilio—. Según cuenta siempre mi madre, fue una familia desgraciada, a pesar de su poder económico y de su nivel social.

—Durante muchos años —prosiguió Aurora—, Narciso no se acercó a esta casa. Pero, desde hace unos veinte, de vez en cuando aparece por aquí, manda limpiar el edificio de arriba a abajo y Emilio arregla el jardín. Hacía siete años que no lo veíamos.

—¿Siete años? —repitió Elena—. ¡Con razón estaba todo tan polvoriento y el jardín como una selva! ¡Ya me parecía exagerado que solo hubieran transcurrido unos meses desde la supuesta vuelta de doña Fuencisla a Andalucía!

—Lógicamente —dijo Aurora.

—Pero, entonces... —añadió Elena—, ¿se cree lo que dice? Porque si así fuese estaría loco.

—No lo sé —reconoció Emilio—. Pero, evidentemente, doña Fuencisla no vendrá. Supongo que, llegado el momento, te pondrá alguna excusa.

—Y, ¿no sería más fácil contratar a alguien simplemente para limpiar la casa sin inventar historias? —respondió ella.

—Claro que sí —reconoció él—, pero quién sabe lo que hay en su mente.

A Elena la habitación comenzó a darle vueltas. Marearse era poco ante aquella revelación.

—¿Estás bien? —le preguntó Emilio notando su indisposición.

—Sí... Solo estoy un poco mareada...

—Normal, niña —dijo Aurora—. Traeré el segundo plato y el postre. Te sentirás mejor.

Terminaron de cenar en silencio, conmovidos por las circunstancias, sumidos en sus pensamientos, hasta que Elena sacó todo lo que llevaba dentro de sí:

—Esa casa tiene cosas raras.

Aurora y Emilio levantaron sus cabezas del bizcocho con crema que estaban degustando para escuchar atentamente.

—Además de un montón de averías.

—¿Qué cosas raras? —preguntó Emilio con curiosidad.

—Siento como si nunca estuviese sola, por ejemplo.

—Las habitaciones son muy grandes y pueden crearte desasosiego —comentó Aurora no muy segura.

—Es cierto —continuó—, pero está lo del pájaro, lo del gato... y las moscas. —Recordó también la extraña presión en su pierna la primera noche que pasó sola en la casa, pero no dijo nada o pensarían que la loca era ella.

—¿Qué pasa con esos animales? —preguntó Aurora intrigada.

—Un día entró un petirrojo en la cocina. Se golpeaba contra los cristales y las paredes... No sé por dónde entró, pero quise ayudarlo a salir abriendo la puerta que da al jardín y Narciso no me dejó.

Ambos la miraron impresionados por la falta de piedad de Narciso. Elena siguió contando:

—Me mandó abrir todas las puertas y ventanas de la casa, menos la más necesaria, y, cuando regresé, el pajarillo yacía muerto en el suelo.

—¡Salvaje! —exclamó Emilio.

—Otro día entró un gato. No sé por dónde lo hizo, pero estaba en la cocina golpeándose contra las puertas cerradas.

—¿Era negro? Sería el del vecino... —comentó Aurora.

—No. Era blanco y negro. Era igual que mi gato —aclaró Elena, recordando cuánto lo echaba de menos.

—Vaya... —dijo la mujer—, pues no tenemos ningún gato así en el vecindario, que yo sepa...

Y Elena contó el suceso con el minino.

—Pero lo más extraño es lo de las moscas.

Ante la mirada de incredulidad y asombro de madre e hijo, Elena comentó avergonzada:

—Pensaréis que estoy loca...

—No, mujer —respondió Emilio—, es esa maldita casa. Continúa, por favor.

Y Elena se lo contó.

Tras un silencio cargado de asombro y de incomodidad, Emilio opinó:

—Eso es lo más inexplicable de todo.

—Absolutamente —corroboró Aurora.

—Elena, vuelve a tu casa —aconsejó él muy serio—. Sé que es un trabajo, todos necesitamos uno, pero esa casona te va a afectar. Es una situación extraña, desconocías la historia de la familia hasta hoy, y creo que todavía es peor de lo que pensaba tras escuchar lo que nos has contado. Narciso es muy raro, pero creo que la casa también.

—Pero ahora no puedo irme. Incumpliría mi deber.

—Vete, niña.

—No puedo... ¿Qué le voy a decir a Narciso de repente? Supongo que tendré que esperar a que me despida. Ya no le haré falta, y bien que lo siento.

—Tampoco tienes que decidirlo ahora —dijo Emilio conciliador—. Piensa en todo esto y, cuando lo asimiles, mira por ti. Piénsalo bien.

—Y sal más —añadió Aurora—. Ven a cenar con nosotros, te hará bien.

—No podría abusar así.

—No es un abuso. Te estamos invitando —dijo Emilio con una sonrisa.

—No, gracias. Os visitaré de vez en cuando, pero no quiero molestar.

Tras tomar unas tisanas que sosegaron sus nervios, Elena se despidió de Aurora. Emilio la acompañó hasta el portal de la casona y, al abrir la puerta, la mujer se quedó de piedra, una vez más aquella noche.

—¿Qué sucede? —preguntó él alerta.

—Dejé la luz del recibidor encendida y ahora todo está oscuro.

—Se habrá fundido la bombilla. No te asustes —Y, conociendo dónde estaba el interruptor, lo manipuló y la luz se encendió—. El interruptor estaba apagado...

—Te digo que yo la dejé encendida.

Emilio no insistió.

Al cerrar la puerta, Elena sintió de nuevo cómo la casa la abrazaba hasta estrujarle el pecho, corrió escaleras arriba sintiendo que algo la empujaba y se encerró en su habitación. «¿Qué es lo que me han contado? ¿Una historia de terror? ¿Una película de fantasmas? Esto es la vida real. ¡Mi vida!», pensó.

Y perdió la ilusión.

Continuó cumpliendo con sus quehaceres, sintiendo siempre una presencia a su vera, y atendió las llamadas de Narciso sin decir nada que pudiese alterarlo, conociendo el desequilibrio de su mente. Cenó varias veces con Aurora y Emilio cuando él vino a buscarla. Salió a dar paseos que la hacían sentirse mejor, pero se reconocía desmotivada y entristecida. Abrazó la ilusión de con-

tinuar adecentando la casa todavía más y mejor, todo un reto en su estado, y lo consiguió. Era un buen motivo para sentirse feliz. Pero ya no podría sorprender a doña Fuencisla y acompañarla durante su estancia en Viveiro. Todo se había venido abajo y todavía quedaba la peor parte: el momento de enfrentarse a la realidad y marcharse.

El día de Viernes Santo, por la mañana, repasando la habitación en la que dormía Narciso, un olor nauseabundo la acometió de pronto hasta casi marearla. Elena corrió a la habitación de doña Fuencisla, abrió una ventana de la galería y se asomó a ella para respirar aire fresco y aliviar también el picor que sentía en los ojos. Al sentirse mejor, regresó a la habitación para airearla y comprobó que, sorprendentemente, el olor había desaparecido.

Más tarde, mientras comía en la cocina, el mismo olor a putrefacción la asaltó y la temperatura bajó de golpe unos grados más. No pudo evitar pensar que parecía una casa encantada, como las de los libros que leía a veces. Pero, ahora, no le resultaba tan emocionante, sino perturbador, manteniéndola en un estado continuo de alerta.

En un arrebato, sin pensarlo siquiera, habló a la casa en voz alta:

—Quieres que me vaya, ¿verdad? —dijo mirando al techo como si allí se concentrase la energía de aquel lugar—. No sé si deseas protegerme de algo que sucederá, o prefieres permanecer cerrada y solitaria. Pero lo he entendido.

Al decir esto, el fuerte olor desapareció, una brisa suave rozó su cara y un olor a rosas frescas inundó sus fosas nasales.

A pesar de vivirlo, a Elena le costaba creer lo que allí sucedía. La casa o alguien atrapado en ella se estaba comunicando con ella. De ese modo todo tomaba sentido: los animales que no sabía por dónde entraban y su comportamiento nervioso, los juegos de luces, aquella mano sobre su pierna, los olores...

—Me iré —prosiguió hablando a la casa—. Si es cierto lo que me han dicho, en unos días todo se resolverá, pero tengo que esperar a Narciso. ¿Lo entiendes?

El terrible olor la mareó de nuevo durante unos segundos para desaparecer de repente.

Tras aquel momento tan intenso y revelador, Elena, aturdida, no pudo concentrarse en nada más y dejó pasar las horas en el jardín, donde la temperatura era más agradable que dentro de aquella tumba. Necesitaba otras vivencias que le diesen paz.

Después de cenar con Aurora y Emilio, ambas mujeres se acercaron a la plaza Mayor a esperar la procesión de La Piedad. El paso era absolutamente espléndido. Cientos de velas encendidas alumbraban en la noche las figuras de María y de Cristo a los pies de la cruz. Lo portaban sesenta hombres, mientras los tambores rompían el silencio solemne de los asistentes. Un grupo de romanos desfilaba y una banda de músicos rendía homenaje al paso. Miles de personas se arracimaban en la plaza dejando apenas un pasillo para la procesión, emocionados ante su belleza y su significado. Elena y Aurora disfrutaron tanto de ella que, cogidas del brazo, atravesaron la Puerta de Carlos V y esperaron en el Frente Marítimo, ante las aguas de la ría, el regreso de la procesión hacia San Francisco. Durante este tiempo, Elena olvidó la casa, el trabajo y a Narciso.

Finalizada la primera procesión, se unieron a la siguiente. Acababan de ver una de las más hermosas y aparentes, y ahora asistirían a la más íntima de toda la Semana Santa viveirense: la procesión de la Soledad de Nuestra Señora, más conocida como la de *Os Caladiños*, ya que se hacía en absoluto silencio. Varias figuras la encabezaban como La Dolorosa, San Juan, y La Verónica, también una gran cruz y estandartes. Un único tambor marcaba el paso lento de los silentes devotos que portaban velas

encendidas, marchando en fila de a uno y pegados a los antiguos muros de casas y conventos. Las calles medievales, la luz tenue de los faroles, la piedra y la soledad eran el escenario perfecto para que cada persona se sumiese en sus pensamientos o en su fe. Tras los últimos beatos, una banda de músicos tocaba, de vez en cuando, alguna pieza lúgubre.

El corazón de Elena se sintió sobrecogido.

Parecía haber realizado un segundo viaje en el tiempo desde que llegó a Viveiro y se sentía impresionada.

Mientras avanzaban lentamente, llamó su atención un hombre vestido de oscuro que sustituía su vela por un antiguo candelil. Elena vio a su lado a una mujer con edad para ser su madre, que lo guiaba sujetando su brazo. Eran los únicos que andaban a la par y se dio cuenta de que el hombre era ciego. Como si presintiese su mirada, él giró la cabeza hacia ella, pudiendo ver sus ojos opacos. Un escalofrío la recorrió y apartó la vista, impresionada. La procesión pasó al fin por un lateral de la casona y allí, Elena dio un respingo cuando la banda comenzó a tocar la *Marcha Fúnebre* de Chopin, la pieza más tétrica y luctuosa que podía escuchar en aquel proceso de respeto y reflexión. Aurora, que la seguía, notó su azoramiento y posó su mano derecha en su hombro.

Con el corazón encogido, volvieron a sus casas.

Por primera vez, y a pesar de sus anteriores temores, a Elena le dio miedo abrir el portón, recordando de golpe que no estaba sola.

Le pareció casi sacrílego regresar de las procesiones y pensar en espíritus; quién sabía si seres de luz o de intenciones oscuras, pero era una certeza. Concentrando toda su valentía en girar la llave, se oyó un clic y la puerta se abrió.

—¿Quieres dormir en nuestra casa? —ofreció Aurora colocándose entre ella y la puerta ya entreabierta—. Pero, ¡Dios santo! ¿Qué es ese olor? —susurró.

—Un mensaje —contestó Elena con una serenidad repentina que no supo de dónde provenía.

—Huele muy mal... ¿Un mensaje de quién? ¿De qué hablas?

—Desde esta mañana, el olor aparece y desaparece.

—Elena, ven a mi casa —repitió Aurora, a la que se adivinaba pálida, a pesar de la penumbra—. No quiero que estés ahí dentro sola...

—No me pasará nada. Pronto se acabará todo esto...

—Pero niña...

—Buenas noches, Aurora. Gracias por tu compañía —se despidió.

Al entrar y cerrar la puerta el olor desapareció. Como siempre, corrió escaleras arriba y se preparó para dormir.

Despertó con un arrullo de palomas. La casona poseía en lo alto de sus muros antiguos huecos para su cría, pero no las había escuchado en los días que llevaba allí. Ahora las oía en la pared, cerca de la ventana. Era agradable sentir las cerca, acurrucada bajo el calor de las mantas. Parecían dar paz y vida a aquella casa tenebrosa.

Repentinamente, el sonido cesó e inmediatamente después, en el descansillo de madera al otro lado de la puerta, sintió pasos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Pasos firmes y tan reales que Elena pensó que podían ser los de un ladrón. O quizá significasen que Narciso había regresado. En cualquier caso, Elena desconfió. Había dejado todo cerrado la noche anterior y las puertas estaban reforzadas con trancas de madera, por lo que Narciso no habría podido entrar.

Se levantó despacio y, aunque sabía que nadie le contestaría, preguntó con voz firme:

—¿Quién anda ahí?

Silencio.

Se vistió rápidamente.
Se enfrentaría a lo que fuese.
Giró la llave.
Silencio.
Abrió la puerta.
Nadie.
Recorrió la casa de arriba abajo.
Nada.
Puertas y ventanas cerradas.
Pero no estaba sola.
En el recibidor, lanzando sus palabras al hueco de la escalera para que llegasen a toda la casa, dijo a quien quisiera escucharla:
—Está bien. Has ganado. Hoy mismo me iré.
Con gran estrépito, un cuadro se descolgó cayendo al suelo y un aroma a rosas la envolvió.
Se dispuso a llamar a Narciso, pero él se adelantó. Elena descolgó el teléfono y, antes de poder decir nada, escuchó que él decía con voz atribulada:
—Elena, tengo una mala noticia.
—¿Te ha pasado algo? —contestó preocupada por él, a pesar de todo.
—No. Estoy bien. Pero doña Fuencisla ha decidido no viajar a Galicia.
—Ya lo sé. Por eso ya había decidido irme. Gracias por todo.
Y, a continuación, colgó el teléfono.
Aurora y Emilio tenían razón.
Hizo su maleta. Cerró la casa. Deslizó la llave en el buzón y susurró ante la puerta:
—Adiós. Queda en paz.
Por las rendijas del portón se coló aquel olor a rosas frescas que conocía tan bien y que le aseguraba que la casa la había oído.

Comió con sus vecinos para despedirse, aunque los tres se sentían tristes y consternados.

—Esa casa maldita —dijo Emilio—, Narciso y sus locuras...

—Ven de visita cuando quieras —la invitó Aurora.

—Lo haré —confirmó Elena—. No sé cuándo. Y me costará volver. Pero me encantará veros porque me habéis ayudado mucho.

La acompañaron hasta su autobús y se despidieron con afecto verdadero. Ya en su asiento, por un instante y en un ángulo concreto, el gesto de despedida de Emilio con la mano en alto y Aurora cogida de su otro brazo le recordaron al hombre ciego que sujetaba un candil en la procesión y a la mujer que lo guiaba. Un rayo de luz la cegó y, cuando volvió a mirar, vio con asombro que ya no estaban.

Viveiro es una villa muy antigua de A Mariña de Lugo con título de ciudad desde finales del siglo XIX. Fue un gran puerto comercial desde la Edad Media, se rodeó de una muralla de la que quedan tres puertas y se construyeron en ella notables edificios eclesiásticos y civiles. Su Semana Santa es una de las más importantes de Galicia y Fiesta de Interés Turístico Nacional. Y todo ello, y mucho más en sus alrededores, lo convierten en otro de mis lugares elegidos de Galicia. Aquí he querido localizar la historia de una casa ocupada por sus propios secretos con sucesos basados en hechos reales. Una experiencia que fue vivida quizá para ser contada.

10 EL PEREGRINO

«I onde vai aquil romeiro,
meu romeiro a donde irá,
camiño de Compostela,
non sei se alí chegará».

Tradicional

Aquel tempestuoso día de diciembre solo era propicio para los demonios que andaban por los caminos y, según avanzó la tarde, los escasos habitantes de la aldea de O Cebreiro se refugiaron en sus pallozas. La lluvia de los días anteriores se convirtió en nieve y pronto quedaron incomunicados en lo alto de la montaña. Pero nadie elige donde nace, ni donde se encuentra la hacienda heredada, por lo que, siendo pobre y humilde, no hay más opción que aceptar con agradecimiento el legado de los antepasados, aunque sea en un lugar agreste y sin piedad.

Ramón miraba hacia el techo con la certeza de que la paja de centeno que lo conformaba soportaría a duras penas un invierno tan cruento como aquel. La fuerte ventisca de nieve azotaba los muros de piedra de la palloza en la que vivía desde siempre, junto a un par de vacas para tirar del carro, algunas ovejas y Grial, su

perro guardián. Sus padres ya no moraban en el reino de los vivos y sus cuerpos descansaban en el pequeño cementerio de la aldea, junto a la iglesia de Santa María, que, casi en ruinas, salvo por los cuidados que él le prestaba, seguía en pie a duras penas desde la época medieval. Entristecido pero resignado, bajó la vista hacia el fuego de la *lareira*, recordando que un día de invierno como aquel también se fue su esposa cuando, incapaz de alumbrar a su hijo, los perdió a ambos.

Estaba solo.

La oscuridad envolvió el interior de la antigua construcción y Ramón encendió un candil. Junto al fuego del hogar, apenas iluminaba un pequeño espacio, pero era suficiente para su vista acostumbrada. Se sentó en el banco junto a la lumbre mientras recalentaba el caldo del pote y sonrió ante la impaciencia del perro. El can sabía que su amo tomaría en su taza de barro una buena ración de aquella olorosa mezcla de verdura, patatas, habas, unto y carne de cerdo, sorbiendo con gusto por el apetito y por el vigorizante calor del mejunje. Y también, a fuerza de la costumbre, que él recibiría uno de aquellos huesos sabrosos.

Por unos instantes, se escuchó solo el rumor de la ventisca, el crepitar del fuego, las vacas rumiando, el balido de una oveja, el sonido de los dientes de Grial mordiendo el trozo de espinazo y a Ramón comiendo con gusto las sopas de caldo con pan de centeno oscuro y duro que, al ablandarse, arrancó un gemido de auténtica satisfacción a aquel montañés grande y fuerte.

—Está bueno el caldo, amigo —dijo al perro—, pero con el pan mejora...

El aludido levantó la vista emitiendo un alegre ladrido.

Al poco rato, llamaron a la puerta. Era el toque inconfundible de su vecino Roque, que venía cada noche a jugar una partida a las cartas y a saborear el aguardiente que destilaban los monjes de Samos, famosos por sus licores sanadores. Al abrir, vio también a Martiño de O Val con su gaita al hombro.

—Creí que hoy no vendrías con este tiempo. ¡Pasad! ¡Pasad!

—Sabes que si no me alejo un poco de mi casa luego no puedo dormir —dijo Roque—. El ruido de tantos chiquillos me pone nervioso...

Ramón lo miró en silencio y su vecino se dio cuenta de que su comentario no había resultado acertado.

—Disculpa, hombre —comentó al instante—. Sé que no tengo derecho a quejarme de mi mujer y de los críos. Ojalá tuvieras la compañía de los tuyos. Pero cinco son demasiados y...

—Déjalo, Roque —lo atajó Ramón—. Es lo que Dios manda y nada más. Vamos a echar esa brisca.

Roque sacó una botella del apreciado orujo del grueso zamarrón que vestía.

—Traje esto para animar la partida. Pero, con el tiempo que está y yo medio resfriado, ¿por qué no hacemos una *queimada*?

—Si quieres malgastarla... —opinó Martiño.

—Un día es un día y me hará bien para el pecho tomarla caliente.

Ramón sonrió ante la excusa de su vecino para justificar el antojo y se levantó a por el cacharro de barro, la cuchara, el cucharón blanco de porcelana, unos granos de café y azúcar. Mientras, Martiño infló el fuelle de la gaita y comenzó a afinarla para arrancarse con una *muiñeira*. El can sintió aquel ruido estridente y comenzó a aullar lastimeramente, como siguiendo el compás de la música o echando un *aturuxo* canino que provocó las risotadas de los hombres. Finalmente, mezclaron todos los ingredientes. El anfitrión cogió un poco de la mezcla en la cuchara y con un pequeño ardiente le prendió fuego. Cuando la llama creció, acercó la cuchara al resto, y el alcohol del orujo prendió. Le dio vueltas mientras el calor se multiplicaba y se agarraba a sus mejillas.

—Pero ¡di el conjuro, Ramón!

—¡Que no hace falta, hombre! ¡Aquí ni hay diablos ni brujas!

—¡Lo diré yo! —insistió Roque—. ¡Para que me cure la tos!

Entonces, Martiño acalló la gaita y todos miraron a las llamas rojas y azules que se reflejaban en sus pupilas dilatadas, escuchando la voz teatral del acatarrado.

—Mouchos, coruxas, sapos e bruxas... Demos, trasnos e diaños, espíritos das nevadas veigas... Corvos, píntigas e meigas, feitizos das menciñeiras... Pobres cañotas furadas, fogar dos vermes e ali-mañas... Lume das Santas Compañas, mal de ollo, negros meiga-llos, cheiro dos mortos, tronos e raios... Oubeo do can, pregón da morte, fouciño do sátiro e pe do coello... Pecadora lingua da mala muller casada cun home vello... Averno de Satán e Belcebú, lume dos cadáveres ardentes, corpos mutilados dos indecentes, peidos dos infernales cúis, muxido da mar embravecida... Barriga inútil da muller solteira, falar dos gatos que andan á xaneira, guedella porra da cabra mal parida... Con este fol levantarei as chamas deste lume que asemella ao do inferno, e fuxirán as bruxas acabalo das súas escobas, índose a bañar na praia das areas gordas... ¡Oíde, oíde! Os ruxidos que dan as que non poden deixar de queimarse no augardente, quedando así purificadas... E cando este brebaxe baixe polas nosas gorxas, quedaremos libres dos males da nosa alma e todo embruxamento... Forzas do ar, terra, mar e lume, a vós fago esta chamada: si é verdade que tendes máis poder que a humana xente, aquí e agora, facede cos espíritos dos amigos que están fora, partícipes con nós desta queimada.

Al terminar su evocación, soplaron con fuerza al aguardiente para apagar el fuego sin que se consumiese del todo el alcohol y llenaron tres pequeños vasos de cristal grueso con la preciosa mezcla.

Cuando el líquido se templó, brindaron y echaron un trago.

—¡Aaaaah...! —exclamó Roque con satisfacción—. ¡Cómo presta!

Martiño tocó un par de piezas más con la gaita, mientras el cacharro de barro se iba vaciando y el calor y la alegría de la ligera borrachera los embargaban.

De pronto, Grial se levantó como un resorte corriendo hacia la entrada y ladrando como una fiera.

Los vecinos se miraron, la gaita calló y escucharon golpes en la puerta.

—¿Esperas a alguien más? —preguntó Martiño al dueño de la palloza.

—A nadie a quien ladre el can.

Ramón se irguió despacio, eligió del montón de leña un madero manejable para utilizarlo como arma y se acercó al umbral mientras mandaba callar al animal. Volvía a escucharse el viento y apenas abrió la hoja superior del portón de madera para preguntar:

—¿Quién va?

Una voz masculina respondió débilmente:

—Un peregrino que va a Compostela...

El guardián ladró de nuevo y Roque lo agarró por el collar lobero plagado de pinchos.

—¿Qué quieres esta noche de los infiernos? ¿De dónde sales?

—Salí de Villafranca esta mañana y me cogió la nevada. ¿Puedo entrar un momento para recuperar el ánimo?

No era habitual el paso de peregrinos, y menos con aquel tiempo. Hacía años que la hospedería y el hospital no ofrecían a estos sus servicios, y los edificios permanecían vacíos y deteriorados tras la marcha de los últimos monjes, sesenta años antes de aquella noche. Ramón mantenía el conjunto en pie añadiendo parches aquí y allá, así como las tres iglesias hermanas de O Cebreiro, Liñares y Hospital da Condesa, ayudando al párroco que, de vez en cuando, ofrecía en ellas alguna misa. Los tiempos prósperos del paso hacia Santiago habían terminado hacía mucho tiempo, alejados del esplendor medieval del monasterio y de sus anexos. En una ocasión, el sacerdote le contó que los mismísimos Reyes Católicos pasaron por la aldea para llevarse las reliquias del Santo Milagro, aunque, llegando a Perexe, los caballos se pararon,

se dieron la vuelta y hubieron de devolverlas a cambio de poder seguir su camino.

Sumido en sus pensamientos, olvidó al extraño, hasta que Roque, que empezaba a perder fuerza en su lucha con Grial, le espetó:

—¡A ver, Ramón! ¡O cierra o que pase!

Entonces, el peregrino habló de nuevo:

—No quiero turbar vuestra paz, pero temo que, si paso la noche al raso, no podré cumplir mi promesa al Apóstol.

Sin saber si hacía bien o mal, pero empujado por su sentido de la caridad, Ramón ordenó de nuevo al perro que se callase, abrió la puerta y lo dejó pasar.

El recién llegado vestía ropas de peregrino cubiertas por una esclavina de paño marrón completamente empapada. Su sombrero tenía prendida una venera en el frente y en su mano traía un bordón con la calabaza para llevar agua. Se desprendió de la capa y del sombrero, dejando a la vista un zurrón de cuero en el que supusieron que llevaría lo mínimo para hacer el Camino. Sus barbas chorreaban, ya que con el calor del interior el hielo que traía prendido en ellas se derretía.

El anfitrión de la palloza lo invitó a acercarse al fuego y le ofreció un vaso de *queimada* ya frío, pero que sabía que le proporcionaría calor interior. Las ropas del desconocido comenzaron a emitir un espeso vaho que parecía un aura a su alrededor. El can se le acercó curioso, aunque todavía desconfiado, pero el hombre lo miró sin amedrentarse y dejó que oliese su mano.

—Gracias —dijo al fin, aunque temblando todavía—. Ha sido una jornada durísima y no conseguí llegar aquí con luz. Empezó a nevar tras partir de Ferrerías, en ese tramo tan duro de la calzada romana que sube entre castaños. Me apresuré en llegar hasta aquí, pero fue un error. Después de A Faba perdí el camino

en varias ocasiones debido a la nieve, aunque, a veces, lograba distinguir un *milladoiro* o una parte del sendero... Luego, cayó la noche y llegué hasta aquí guiándome por el sonido de una gaita.

Martiño levantó el instrumento del que nunca se despegaba con una risa burlona.

—Esta es —dijo el gaitero.

—Bendita sea —contestó el viajero.

Se levantó ya recuperado y ofreció su mano helada a quien le había flanqueado la puerta de su casa.

—Me llaman Sebastián. Agradezco tu hospitalidad.

Uno a uno, se presentaron.

—Estoy vivo de milagro. Será uno más del señor Santiago... Peregriné a Roma y a Jerusalén, y quiero completar mi viaje a Compostela. Habré pisado entonces las tres ciudades santas de la cristiandad.

Los tres vecinos se mostraron admirados por tales hazañas.

—En fin... No quiero molestar más. ¿Podrían decirme dónde está la hospedería?

—Hace años que no funciona —le informó Ramón.

—Debe de ser un error... ¿No es esta aldea la de O Cebreiro? Me dijeron que al lado de la iglesia de Santa María la Real me darían hospedaje...

—Pues no es así.

—¡No me lo esperaba! Entonces quizá... No sé... ¿Podría dormir en algún almacén o en algún corral?

—Aquí —intervino Roque—, los corrales y almacenes son nuestras propias casas. Dentro de ellas, como puedes ver, está todo lo que poseemos.

Sebastián miró a su alrededor observando la realidad de la que hablaban y, desubicado, sorbió un poco más de aguardiente.

—Quédese aquí —resolvió el dueño de la palloza—. Mañana es Nochebuena y será mi buena acción por el prójimo. Sáquese esa ropa mojada. Le daré una manta, avivaré el fuego,

tomará una taza de caldo y un poco de pan. Es lo que puedo ofrecerle...

Sebastián lo miró sinceramente agradecido.

—Que Dios y Santiago te lo paguen, hermano.

—No será necesario —contestó.

Todavía jugaron a las cartas un rato hasta que los vecinos se marcharon a sus casas. Para entonces, Grial volvía a estar amodorrado junto al fuego, descansando, al fin confiado, sobre los pies del peregrino.

A la mañana siguiente, Sebastián ardía de fiebre.

Ramón abrió un estrecho camino en la nieve para moverse por la aldea. Todos los vecinos se atareaban en la misma faena y los fue saludando hasta que llegó a la palloza de María la *menciñeira*, la hermana de su mujer, experta en plantas y remedios. Llamó a la puerta y entró en aquella casa repleta de hierbas colgadas a secar, frascos que contenían sustancias desconocidas y curiosos utensilios; envuelta siempre en olores tan diversos que iban desde el aroma dulzón de la manzanilla al rancio de la grasa de cerdo que utilizaba para hacer ungüentos. Avisada de la enfermedad del viajero, reunió lo que necesitaba en una cesta de mimbre que colgó de su brazo y visitó al peregrino.

Sebastián se sentía desfallecido y, a pesar de estar junto al fuego, tiritaba con fuerza. Entre Ramón y María, lo acostaron en la única cama, un mueble de madera de castaño con una base hecha de cuerdas sobre la que descansaba un colchón de paja.

—No entiendo por qué lo alejas del fuego si tiene frío —comentó Ramón a su cuñada.

—Suda y tiritita para espantar la calentura. Si lo arrimamos al calor, se abrasará —explicó ella—. Aquí estará más fresco y la fiebre bajará. Está resfriado. Haré una infusión de corteza de sauce y

extenderé sobre su pecho un unguento de pino y alcanfor. Parece un hombre fuerte. Se recuperará.

—Siento molestar, hermanos míos —dijo Sebastián a ambos débilmente.

—¿Te duele algo? —le preguntó María.

—La garganta...

—Entonces, añadiré a la infusión tomillo y menta. Te sentirás mejor en unas horas.

Sebastián sonrió agradecido.

—María —dijo entonces el viudo de su hermana—, tengo que acercarme sin falta a Liñares y a Hospital. Ya sabes... Al ser Nochebuena debo abrir las iglesias para quien las quiera visitar y colocar algunas velas. Con esta nevada, ir y venir me llevará tres o cuatro horas... ¿Podrías quedarte con él?

—Sabes que ni los niños me lloran, ni mis animales morirán de hambre si no los atiendo —contestó con humor, pues vivía completamente sola—. Ve sin prisa y con cuidado.

Agradecido, Ramón se abrigó un poco más, cogió su vara de abedul y llamó a Grial con un silbido. Al lado de su puerta colgaban varias llaves de un taco de madera con clavos y tomó las tres más grandes.

Dentro de la palloza, los remedios hicieron su efecto y la fiebre del peregrino descendió. El enfermo estaba lúcido y más animado, por lo que no quiso perder la ocasión de charlar con aquella atenta mujer. La primera impresión que tuvo de ella le hizo sospechar que era fuerte y callada, seria y eficaz. Sin embargo, resultó ser una gran conversadora. Sebastián tenía muchas preguntas que hacerle, aunque comenzó ella:

—Así que eres peregrino...

—Sí, hermana.

—Bastará con que me llames María.

—María, el nombre más hermoso de mujer...

Ella sonrió ante la adulación del enfermo.

—Creí que pasarían por aquí más como yo, pero Ramón me explicó que todo el Camino hasta Santiago está descuidado y muchas iglesias y hospederías cerradas.

—Las nuestras al menos sí.

—Pero ¿cómo es posible en un lugar tan señalado? Escuché que aquí hubo incluso un milagro.

—Eso dicen... Pero fue hace mucho tiempo y todo se olvida.

—¿Podrías contármelo?

María permaneció callada y pensativa durante unos instantes refrescando su memoria. Al fin, contó:

—Hacia el año 1300, existía aquí un monasterio benedictino, junto a la iglesia y el hospital. Eran los dueños y señores de la comarca. Pero ni siquiera Dios ni la protección real los libraba de las inclemencias del tiempo. Tú mismo lo has comprobado.

—Es bien cierto —aseveró él.

—Lo es. En un pueblo que dista de aquí algo más de dos kilómetros llamado Barxamaior, vivía uno de los vasallos del monasterio que subía siempre hasta la iglesia de Santa María a escuchar misa. En una de aquellas ocasiones, se levantó tal tormenta de nieve y de viento que tuvo que pelear con todas sus fuerzas para llegar hasta aquí. Cuando el clérigo consagró la hostia y el cáliz, el devoto abrió la puerta de la iglesia y el religioso, al verlo entrar, se mostró tan impresionado de que viniese con aquella tempestad que exclamó algo así como que con aquel mal tiempo por qué se molestaba en subir para ver solo un poco de pan y de vino.

—¡Qué falta de fe!

—Entonces, para pasmo de todos, el Señor hizo que la hostia se convirtiese en carne y el vino, en sangre. El sacerdote murió al instante y tanto él como el vasallo están enterrados dentro de la iglesia. Las reliquias se conservan en unas redomas de plata que regalaron los Reyes Católicos al templo muchos años después.

También se conserva el cáliz y la patena en los que ocurrió el milagro.

Ambos enmudecieron tras la narración y Sebastián pensó en la trascendencia de aquel milagro de la transmutación. Luego, comentó:

—Supongo que ese milagro es lo que le sucede al alma cuando el Camino está cerca de su final.

—¿Tú crees?

—Sí... El alma se siente llena, la mente cambia, se deja atrás lo que sobra y el peregrino se convierte en una persona nueva.

—¿Buscas tú eso?

—Puede ser... Me gustaría olvidar quien fui.

Y María, con gran intuición, supo que algo quemaba el corazón de aquel hombre, y que no era la fiebre.

—¿De qué huyes, Sebastián?

La miró con los ojos brillantes que provoca la calentura, pero también con emoción contenida:

—Huyo de mí mismo, María.

—Entonces, caminas con tu propio enemigo y a donde vas lo llevas contigo.

—¿No crees que se pueda cambiar?

—¿Por qué quieres hacerlo?

Y, notando que la fiebre subía de nuevo, la mujer acercó a los labios del enfermo un poco más de infusión. Sebastián tragó con cierta dificultad. Durante unos minutos permaneció callado, con los ojos cerrados. Luego, habló con gravedad:

—Cometí un error y, cuando pagué por él ante los hombres, quise convertirme en alguien nuevo. Viajé a Jerusalén. Conocí los Santos Lugares. Me empapé de espiritualidad. Mis pecados fueron perdonados y me sentí mejor. Pero, al regresar a casa, nadie había olvidado y me sentía señalado. Volvieron mis pesadillas... Hui de nuevo y peregriné a Roma. La liberación fue similar, pero, al regresar, todo se repitió. Entonces, me propuse hacer el Cami-

no de Santiago. Llegar hasta la última ciudad santa y seguir aún más allá hasta donde termina la tierra, quemar mis ropas y mis botas, renacer en las aguas del océano y entregarme a ellas. No quiero regresar jamás.

Agotado por la charla, Sebastián se quedó dormido.

María acomodó las mantas del peregrino, atizó el fuego de la *lareira*, echó un vistazo a los animales de Ramón, que aquel día no saldrían por la nieve, y se sentó después junto al fuego observando las llamas, preguntándose cuál sería el calvario de aquel hombre.

Pasado un buen rato, calentó una taza de caldo y se la llevó al enfermo. A pesar de su estado, el sueño y las plantas lo habían hecho mejorar.

—Eres un hombre fuerte —observó María en voz alta.

—No quiero que me mate un catarro. Quiero terminar el Camino antes del fin.

María lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que estás pensando. No pienso volver.

—Y, ¿a eso le llamas tú renacer? ¿A ahogarte en el mar? —dijo con cierto enfado—. ¿Es que piensas renacer siendo un pez?

A pesar de la seriedad de la conversación, Sebastián rio ante las palabras de la mujer. Ella continuó:

—¿Has visitado tantos lugares santos y más que quieres ver, para terminar con tu vida contra las órdenes del Señor? ¡Ni siquiera podrían enterrarte en un camposanto! ¡Eso es como vivir con Dios y dormir con el diablo! No te entiendo...

El hombre, vencido por la elocuencia de María, se confesó con ella para intentar que lo comprendiese:

—Maté a un hombre.

Ella se tensó sentada en su banqueta de madera.

—Sí, María... Maté a un hombre. Pagué por ello con la cárcel. Pero yo no he podido perdonarme. Todavía veo sus ojos mirándome aterrado mientras moría en aquel bosque. Y no puedo más.

La buena mujer pensó si seguir preguntando o callarse para siempre, pero consideró que a él le vendría bien desahogarse ahora que había comenzado.

—¿Quieres contármelo?

—¿Quieres tú escucharme?

Ella asintió.

—Bien. Es difícil, pero... Ocurrió cazando con mi padre, el marqués, allá en mi pueblo de Extremadura. Supongo que ahora el marqués soy yo, pues él murió, pero me es indiferente... En la finca había venados y, con los principales del pueblo, pretendíamos abatir un par de piezas. Teníamos un gran macho localizado y le seguíamos el rastro. Los perros ladraban como locos y sabíamos que estaba ante nosotros, aunque todavía no podíamos verlo. De pronto, sentí un ruido de ramas, un poco a la derecha. Vi algo que se movía y disparé. —El hombre hizo una pausa para tomar aire—. Todavía puedo escuchar los gritos que oímos a continuación. Corrimos hacia ellos y vimos que en el suelo había un hombre malherido. La sangre apenas nos permitía ver su cara y los gritos sonaban ya ahogados cuando llegamos, pero supimos enseguida que era el alcalde. Desconozco la razón por la que él estaba fuera de los límites de seguridad, pero la culpa fue mía. No tenía que haber disparado sin asegurar el tiro. Sin ver la presa. Y la imprudencia de ambos me convirtió en un asesino.

—Madre Santa... —dijo María estremeciéndose—. Y, realmente, ¿no se pudo hacer nada por él?

—El médico nos acompañaba y nada consiguió. Entre espasmos y temblores, el herido murió.

—Lo siento...

—Mi padre quiso acallar todo con sus influencias. Yo era el señorito y aquello podía pasar por un accidente de caza. Pero

había muchos testigos y, aunque lo hubiesen disimulado, yo sabía que no tenía que haber disparado. No podía con mi culpa. Él influyó para que no viniesen a prenderme, pero desesperado, atormentado, avergonzado... me entregué.

Mientras lo contaba, Sebastián lloraba.

—Todavía ahora, a pesar de haber pagado ante los hombres y de haber pedido mil veces perdón a Dios, se aparece aquel moribundo en mis sueños sin dejar de mirarme con ojos vengativos. Su fantasma vendrá algún día a por mí.

María se levantó. Sin saber qué decir, retiró un poco la manta que cubría al enfermo y renovó el unguento de su pecho, pensando que el contacto con sus manos lo reconfortaría un poco, transmitiendo a través de ellas lo que no sabía expresar. Aquel aroma mentolado invadió la estancia y la estrategia pareció surtir efecto, pues el llanto ahogado de Sebastián cesó.

—Gracias... —susurró él.

—Ya estás mejor. Sin embargo, me gustaría saber sanar también tu alma.

Ramón regresó con noticias de unos y otros vecinos de los pueblos visitados y, cuando puso al día a María, esta quiso a regresar a su casa.

—Volveré —comentó.

—Quédate a cenar —la invitó Ramón—. Es Nochebuena y los dos estamos solos.

Ella aceptó y se marchó a paso lento por el camino abierto en la nieve, respirando el aire helado y limpio que siempre llega con ella. Mas no tardó en regresar con brebajes renovados, pan y unos cuantos huevos para la cena. Mientras Sebastián reposaba todavía, los antiguos cuñados prepararon una cena humilde pero copiosa añadiendo tocino, una rosca dulce que una vecina de Hospital había regalado a Ramón y una botella

de vino de un hombre de Liñares que lo traía de El Bierzo. Cuando todo estuvo preparado, Ramón ayudó a Sebastián a vestirse con sus ropas ya secas, y se sentaron los tres en el banco, al lado de la lumbre, con Grial a sus pies, como en todas las ocasiones.

—Me encuentro mucho mejor —comentó el peregrino—. Mañana seguiré mi camino.

—Pero, ¿qué *carallo* dices? —comentó Ramón efusivo—. Mañana es Navidad y, además, tal y como estás no llegarías ni al final de la aldea. ¡Reposa aquí un día más!

Con la compañía del forastero, la Nochebuena fue distinta a las de los últimos años. La palloza continuaba siendo oscura y alguna brisa se colaba entre la techumbre, pero el calor humano, junto al de los animales, consiguieron que la cena y la velada resultasen reconfortantes para todos.

Ramón, acostumbrado a la soledad, se había convertido en una persona taciturna y observadora, y advirtió que Sebastián buscaba la mirada de María. Se preguntó si tendría interés en ella, pero nada dijo.

Tras tomar unos tragos de aguardiente, y cuando en el lar apenas quedaban algunas brasas, Ramón preguntó a la mujer:

—¿Me ayudas con el fuego nuevo?

—¿Qué es eso? —preguntó Sebastián con curiosidad.

—Observa y verás —contestó ella sonriéndole.

Entonces, el peregrino vio como arrastraban los rescoldos de la *lareira* hasta un cubo de madera gruesa que contenía ceniza. Con una escoba de retamas, Ramón barrió aquella salmodiando palabras antiguas y, aún con la única luz del candil, se vio despejada y resplandeciente. Después, el dueño de la palloza encendió un fuego nuevo apagando el tronco a medio arder que reposaría en la *lareira* hasta la próxima Nochebuena.

—Es un acto de renovación y de protección —dijo María mirando a Sebastián—. Como el que necesitas tú.

Ramón observó de nuevo las miradas que se cruzaban. Y, cuando acompañó a la mujer a su casa, muy tarde ya, le preguntó en confianza:

—¿Todo bien con el peregrino?

Ella no contestó inmediatamente.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó alarmado por su silencio.

—No —se apresuró entonces ella a contestar—. Me contó su historia. Es un hombre atormentado y no sé cómo ayudarlo. Puedo curar su cuerpo, pero no su corazón.

—¡Quién sabe! —respondió él enigmático—. ¿Volverás mañana? No quiero que se marche tan débil.

Ella asintió.

Durante la noche cambió el tiempo. El primer trueno despertó a toda la aldea y el segundo los asustó, pues la tormenta rugía encima. María se incorporó de su lecho, encendió la vela de la palmatoria de porcelana que tenía sobre la mesilla de noche y abrió el arcón de madera donde guardaba la ropa blanca de su ajuar, nunca utilizada, cogiendo una ramita del laurel bendito del Domingo de Ramos que atesoraba allí como protección. Mientras continuaban los relámpagos sin dar tregua, se acercó a la *lareira* y, en una de sus esquinas, prendió fuego a aquellas hojas secas mientras responsaba:

—*Santa Bárbara, San Simón, cerra as portas ao trebón.*

Con el trueno más fuerte rompió a llover. María corrió de nuevo a su cama y, rezando, se durmió.

El día de Navidad fue húmedo y frío, pero no nevó. Algunos caminos se congelaron y otros se llenaron de fango. Sebastián se

encontraba mejor, y, tras tomar una taza llena de la infusión que le sirvió María, acompañó a Ramón a la iglesia.

El santuario de Santa María A Real apareció al final del sendero con su figura pétrea asomando sobre la gruesa capa de nieve que lo cubría todo a su alrededor. En el cementerio, solo la cúspide de algunas cruces sobresalía del manto blanco e inmaculado. Sebastián miró al templo con respeto fijándose en el arco triunfal de la entrada y en la hermosa torre campanario. Ya en el interior, se detuvo ante el baptisterio en el que había una gran pila de piedra utilizada para los bautismos por inmersión antes del siglo XII. Más allá, varios vecinos, repartidos por las tres naves de la oscura iglesia, encendían velas y oraban. El ambiente era acogedor a pesar del frío, y aquella gente humilde agradecía lo poco que poseían, mientras que Sebastián, rico y estudiado, no lograba ser feliz. Presentó sus respetos y plegarias ante el altar, arrodillado sobre el suelo de piedra, impresionado y tomando fuerzas para lo que restaba de Camino.

Reconfortado y muy mejorado, al tercer día de su llegada recogió sus escasas pertenencias y se despidió antes de marchar:

—Gracias por tu hospitalidad, Ramón.

—Buena suerte en tu camino —contestó el vecino de O Cebreiro sin darle importancia a lo que había hecho por él.

Luego, se acercó a María y le dijo mirándola con dulzura:

—Te agradezco tus cuidados milagrosos.

—No blasfemes —respondió ella siempre directa—. Son remedios de plantas. Yo no hice nada. Sin embargo, he estado pensando en lo que hablamos...

Él la miró con curiosidad. Aquella mujer tenía algo especial que no sabía describir, pero que había tocado su interior. Se acercó un poco más a ella, hasta el límite de lo correcto, y le preguntó con cierta ansiedad:

—¿Qué has pensado, María?

Y ella contestó casi en un susurro:

—Quién martiriza tu sueño no es un fantasma. Es tu conciencia. Perdónate a ti mismo y... vuelve.

—¿Crees que podré? —dijo él en un suspiro.

—Hay muchos kilómetros de aquí hasta Fisterra para que lo pienses. Pero sí que podrás. Dios perdonó todos tus pecados dos veces ya, en Jerusalén y en Roma. Ahora lo hará por tercera vez en Compostela. Debes hacerlo tú también.

Pensativo, el peregrino asintió.

—Ya veremos... —contestó sin comprometerse, pero tomando las manos de la mujer entre las suyas.

Ramón y María vieron como Sebastián se alejaba por el camino que conducía a Liñares. Su figura alta y fuerte se hizo cada vez más pequeña hasta desaparecer, sin mirar atrás ni una sola vez. Sin embargo, adornaba su rostro una sonrisa nueva, pues sabía que, cumplido el Camino, lucharía consigo mismo por regresar a por el trozo de corazón que dejaba en aquel lugar, abrigado y protegido por las manos de María.

La que fuera gran vía de conexión de Galicia con Europa, el Camino de Santiago, no fue recorrido en todas sus épocas por el abrumador número de peregrinos que lo hace hoy en día. Después de la época medieval con su gran trasiego de peregrinos y reliquias, llegó un período de decadencia que hizo disminuir las peregrinaciones. En concreto, el núcleo de O Cebreiro (Pedrafita do Cebreiro, Lugo), situado en el Camino Francés, entrada a Galicia con monasterio, hospedería y hospital, fue un paso muy importante hasta el siglo XVI, y los monjes eran auténticos señores feudales. Sus circunstancias, sin embargo, cambiaron a lo largo de los siglos y en el momento en el que se sitúa este relato, a principios del siglo XX, no existía ya el lugar monacal, pues era parroquia dependiente del obispado de Lugo; la

hospedería y la iglesia estaban en ruinas y nada tenía, pues, que ver con aquellos otros momentos de esplendor. Y así, abandonadas como el Camino, permanecieron hasta mediados de los años sesenta, momento en el que se restauró el conjunto histórico. El entonces párroco de O Cebreiro, Elías Valiña, trabajó desde que llegó al lugar y, sobre todo, en los años 70 y 80 hasta su muerte, en la recuperación y señalización del Camino, descansando hoy en el interior del templo.

Por otra parte, y al margen del homenaje a las peregrinaciones y a este lugar impresionante que tanto me inspira, quedan reflejadas en este relato algunas de nuestras tradiciones, carácter, farmacopea tradicional y la llamativa mezcla de la influencia de la religión católica con nuestros ritos más ancestrales.

OLAS DEL MAR SAGRADO

«Que ninguén me pregunte máis... A meiga acertara».

Ánxel Fole, *Á lus do candil*

—**N**o lo entiendo, Lola —comentó Eliseo a su esposa sentado en el poyo de su casa—. No consigo pescar ni un solo pulpo.

La joven contempló el rostro atribulado del hombre y se sentó junto a él.

—¿Has afilado bien el bichero? —preguntó conociendo la respuesta.

—Claro que sí —contestó él con resignación—. El problema no es que se me escapen, ¡es que no los encuentro!

—Pero los demás pescan...

—Por eso no tengo una explicación —dijo desesperado mientras levantaba los brazos al cielo.

Ella se ensimismó mirando al mar que la rodeaba. Recordó su llegada a Ons a principios del año anterior, recién casada y llena de ilusión. Era el año 1933 y el archipiélago ofrecía buenas

oportunidades para prosperar. Por eso, empaquetaron sus escasas pertenencias y subieron a la dorna de Eliseo rumbo a la isla.

Ons y su hermana, la islilla de Onza, junto a sus peñascos e islotes, pertenecían entonces a don Manuel Riobó, que, junto a su hijo Didio, médico como él, con inquietudes políticas y pertenecientes a la burguesía de Bueu, regentaba la isla y las riquezas que podía ofrecer, tales como la pesca, la salazón, o la caza. Los habitantes de Ons eran colonos y pagaban una renta a los Riobó por el alquiler de sus casas y de las tierras de labor. Eliseo aceptó las condiciones, así como vender a aquella familia todo el pulpo que pescase. Se lo abonarían a un precio fijo y no tendría que intentar colocarlo en la lonja. Aquel tiempo ganado, facilitaría su vida y aún podrían plantar algo de centeno y trigo, cuidar de una pequeña huerta y atender a algunos animales.

Lola se volvió hacia su esposo y comentó:

—Me gusta vivir aquí. Es hermoso. Y, a pesar de esta mala racha, las aguas son fértiles.

Él asintió. También era feliz y recordó el día en el que llegaron a la aldea de O Caño, a medio camino entre el muelle, la aldea principal de O Curro, y el faro del monte Cucorno. Aquella torre recientemente remodelada y revestida de azulejos que ayudaba a los marinos que pasaban ante ella desde 1865. Las ventanas de su pequeña vivienda ofrecían unos espectaculares amaneceres, los reflejos del sol en las aguas los días de tiempo calmado y apacible, y la costa en el horizonte. La isla sufría a menudo terribles temporales de lluvia y viento, pero en su lado oriental, donde se asentaban, se sentían relativamente resguardados, mientras la furia de los elementos azotaba con saña la parte occidental de la ínsula, más salvaje y angosta, de altos acantilados que servían de nido a las aves que con ellos convivían, y con su roquedo horadado en la base por el mar formando cuevas llenas de leyendas. Eran aquellos días en los que no se podía faenar y las dornas permanecían varadas en la playa. Y aquellas noches en las

que era dichoso con su esposa acurrucada en la cama junto a él, buscando su calor y alejando los miedos entre sus brazos.

Por todo ello, a pesar de sus tribulaciones, el joven sonrió.

—Cada día estás más guapa —dijo acariciando el pelo de la muchacha—. El embarazo te sienta muy bien.

Ella se ruborizó, pero sabía que su marido tenía razón. Su cuerpo había comenzado a redondearse, sus pechos crecían día a día y se sentía dichosa. La buena nueva llegó con la Navidad, poco antes de la desgracia de la muerte de don Manuel, como si una nueva vida viniese a ocupar el vacío que otra alma dejaría en este mundo. Ahora, pasadas las primeras molestias y camino de la primavera, la ilusión por su pronta paternidad crecía en la pareja. Además, desde hacía unos años y gracias a la labor de los Riobó, en la isla contaban con escuela, y la criatura tendría una educación para desenvolverse en la vida.

Su desventura en la pesca pronto fue conocida en aquel mundo de horizontes abiertos, pero de límites pequeños. Nadie se explicaba a qué podía deberse la mala suerte que lo perseguía, provocando que cada día volviese a la playa con su dorna vacía, mientras los demás faenaban con éxito en los mismos lugares que el desdichado muchacho. Unos murmuraban, otros lo seguían con la mirada, pensativos. Los miedos y las supersticiones los ataban. De ningún modo deseaban inmiscuirse en algo ajeno que pudiese extenderse a todos. Cosme, el mejor amigo del muchacho, pescador como él, le daba palmadas en la espalda infundiéndole ánimos al final de cada jornada, pero eso no bastaba para mantener a una familia y pagar las rentas.

Sin embargo, siempre hay valientes, y el día en el que se cumplían siete desde que no entraba un pulpo en la barca del joven, Isabel, vecina de O Curro, colocó con mimo media docena de huevos en un pequeño cesto y se acercó a ver a Lola.

Subió despacio la cuesta que las unía y llamó a la puerta con suavidad. La joven abrió gratamente sorprendida.

—Traigo unos huevos —explicó la recién llegada—. Mis gallinas han empezado ya a poner.

—Gracias —contestó la muchacha con alegría sincera—. Las mías aún no.

—Hace más frío aquí arriba y ellas lo notan, pero pronto arrancarán. ¿Qué tal estáis?

La moza arrugó el ceño y ensombreció su gesto.

—Igual, Isabel. La desgracia ha caído sobre nosotros y no sé cuánto podremos aguantar... Pasa —la invitó—. Todavía tengo un poco de café.

Entraron directamente en una cocina luminosa. Isabel, acostumbrada a la suya, más grande y espaciosa, la encontraba pequeña, pero acogedora, y se sentía bien allí. Después de guardar el preciado regalo de su vecina, la joven extendió sobre la mesa de madera un mantel blanco y dos tacitas sobre platillos de porcelana fina.

—¡Qué tazas tan bonitas! —exclamó Isabel.

—Me las regaló mi abuela al casarme. Ya eran de su madre. Son muy antiguas... Solo las uso en momentos importantes o para las visitas agradables como la tuya.

Isabel se sintió agradecida por la importancia que le daba su vecina. Sorbió un pequeño trago de la aromática mezcla de café y achicoria, y sonrió recordando para sí el momento en el que, muchos años atrás, ella misma estrenó su ajuar. Suspiró emocionada y miró a la futura madre, que le recordaba a sí misma.

—Hija, quería comentarte algo —dijo.

La muchacha la miró expectante y con la mirada la invitó a explicarse.

—Lo que le ocurre a tu marido no es aquí nada nuevo.

—¿De veras? —preguntó interesada.

Isabel asintió.

—De vez en cuando, le sucede a alguno de nuestros pescadores, aunque lo cierto es que hacía bastante que no ocurría... Quizá el cambio de amo haya tenido algo que ver. No lo sé...

Lola no acertó a entender qué relación podía haber entre aquellos sucesos, pero permaneció callada y atenta.

—Aunque, quizá sea por otras causas... —prosiguió—. ¿Crees en el mal de ojo?

La joven pegó un bote en su asiento y se santiguó tres veces. Después, preguntó en voz baja como si alguien pudiera estar escuchándolas:

—¿Te refieres a brujas y a ese tipo de cosas?

La mujer asintió.

—No me gusta hablar de eso en casa. Por si acaso...

—Precisamente, muchacha. Por si las hay, debemos saber actuar contra ellas o contra ellos, que también pueden ser hombres. ¿Hay alguien que os desee mal?

—No, que yo sepa.

—Pues... yo pienso que sí. Todavía recuerdo cuando le pasó a mi padre y a otros como él. Era todavía una niña y ayudaba a colgar los pulpos al sol para que secasen. Aún siento el calor del sol en mi rostro y el olor a pulpo en mis manos. El olor que nos envuelve a todos.

Lola asintió interesada.

—Nadie sabe lo que ocurrió ni de dónde procedió el mal de aire que castigó a mi familia, pero solo hubo una solución. Un conjuro que nos librara del maleficio.

La moza se santiguó de nuevo y un escalofrío recorrió su espalda.

—Estoy convencida de que alguien os envidia. Especialmente a tu marido, pues sobre él ha recaído la mala fortuna, aunque esta os arrastre a los dos. Y hay que ponerle remedio.

Isabel tomó el café que quedaba en el fondo de su taza y luego preguntó:

—¿Conoces a Amelia?

—Creo que sí... —respondió pensativa—. ¿No es la sanadora que vive en O Centolo?

—La misma. Ella podrá ayudaros.

—Y, ¿qué va a hacer?

—Ya lo verás. Iré a su casa ahora mismo, y te adelanto que la esperéis esta medianoche en la playa, junto a la dorna de Eliseo. Llevad una retama y confiad en ella. Y en mí.

Cuando la joven contó a su marido lo que debían hacer aquella noche, él se negó. Ella insistió. Le pidió que confiase en Isabel. Y, tras mucho rogar, consiguió convencerlo con el sencillo argumento de que nada perderían por intentarlo.

—¿Y si nos ven? ¿Qué pensarán de nosotros?

—Mucho me temo —argumentó su esposa— que no seremos los primeros en pasar el trance. Nadie se sorprenderá.

Y así, casi a medianoche, alumbrados con un candil, bajaron hasta la playa das Dornas, donde descansaba su barca. Era pequeña, con la proa vertical y alta rematada en un saliente de madera; la popa, chata con una cierta inclinación hacia atrás y de quilla redonda. Un mástil con una vela de relinga recogida, los remos y algunas herramientas ocupaban buena parte de su interior. Estaba pintada al modo tradicional, con la obra viva en blanco por la grasa de sardina que se le aplicaba y la obra muerta en negro por el alquitrán.

—¿Qué bonita es! —exclamó Lola como siempre que la contemplaba.

—Sí —asintió él orgulloso—. Dicen que las dornas tienen esta forma por herencia de las naves vikingas que asolaron hace mucho la ría de Arousa y Galicia entera.

Mientras conversaban, llegó Amelia. En la isla la conocían como la meiga, una mujer con fama de sabia y de sanadora. Era

una hembra voluptuosa de mediana edad, que el mozuelo imaginó hermosa hasta un pasado quizá no lejano. La acompañaba un gato blanco con un ojo azul y otro rosa, al que todos creían sordo, pues solo a ella atendía. La sabia se acercó resuelta a la pareja portando un pequeño frasco de vidrio en una mano y una lata redonda en la otra. Sin preámbulos, con una voz profunda y sensual, preguntó al pescador:

—¿Has traído la retama?

—Está en la dorna.

La mujer se acercó entonces a la barca. El gato parecía seguir un rastro que lo condujo hacia la embarcación, pero, justo antes de rozarla con sus bigotes, emitió un profundo gruñido y se alejó de ella. Amelia observó el comportamiento del felino y ya no dudó.

Recogió la retama casi florida y vació sobre ella el contenido de la pequeña botella. Después, volcó la lata sobre sus manos y frotó aquella rama con lo que parecían cenizas. Miró a continuación a la luna calculando su posición en el cielo. Dejó transcurrir un tiempo, sumidos todos en el silencio, mientras Eliseo rodeaba los hombros de su mujer para infundirle calor y valor. También el gato callaba, observándolos desde lo alto de una roca que le servía de atalaya.

Cuando la meiga consideró, golpeó la dorna con la retama mojada con agua de mar bendita y frotada con cenizas de la última hoguera de San Juan. Al completar una vuelta alrededor de la nave, se detuvo. Entonces, el gato se acercó a la mujer, olisqueó la dorna y refregó su lomo en la quilla.

—Ahora está limpia —aseguró a la pareja.

El matrimonio se acercó despacio y Eliseo posó su mano en la proa como tomando posesión de ella por primera vez.

—Gracias —dijo a la sabia—. ¿Cómo te pagaremos por esto? Sin dudar, ella contestó:

—Me entregaréis el pulpo más grande que pesques mañana.

Y se fue por donde había venido con el gato pegado a la falda.

Tras aquel suceso extraordinario, los pulpos llenaron de nuevo la barca del muchacho. Y, como habían prometido, Lola escogió el mejor ejemplar y lo llevó a la casa de aquella extraña, en el extremo norte de la isla.

—Entra... —la invitó a pasar la mujer con aquella voz a la que era imposible negarse—. Te enseñaré algo.

La joven lo hizo con respeto. Se había imaginado la cueva de una bruja, oscura y llena de telas de araña, pero, por el contrario, todo aparecía impecablemente limpio. Vio al gato dormitando al sol en el alféizar de la ventana, arrullado por el calor que multiplicaba el cristal. El minino debió de sentirse observado, pues abrió apenas su ojo azul, le echó un vistazo rápido a Lola, dio un suspiro y volvió a dormirse.

La meiga preparó algún tipo de infusión y la degustaron sentadas junto a un pequeño tonel que olía a vino viejo.

—¿Va todo bien? —preguntó la mujer.

—Sí. Eliseo pesca con normalidad. No sé cómo agradeceréte.

—Ya habéis pagado por mi trabajo. Estamos en paz —dijo mirando de reojo al pulpo que todavía vivo cambiaba de colores en el fregadero de piedra.

—Me gustaría hacer algo más. —Y añadió—: Este domingo vendrán unos vecinos a comer. Nos encantaría que nos acompañases.

Amelia sonrió divertida.

—¿Estarán cómodos si voy? Algunos me temen...

—Serás bienvenida. Y nos encantará conocerte un poco más.

—También a mí. Hay quien piensa que soy extraña y solitaria... Pero nada más lejos de la realidad. Aunque viva en el lugar más apartado de la isla es porque aquí vivieron mis padres y aquí sigo yo, labrando las tierras y pagando mis rentas como los de-

más. No guardo tesoros ocultos en túneles secretos, ni hago tratos con la Santa Compañía que dicen que llega desde Noalla por O Centolo hasta el cementerio, avisando a los que van a morir... Jamás la he visto, a decir verdad...

La joven la interrumpió.

—¿De verdad que nunca la has visto?

—No. No he tenido ni el gusto ni el disgusto —añadió utilizando un humor que a la chica le pareció peculiar—. Pero, volviendo al tema de la pesca, ¿quién os quiere mal?

—Ya Isabel me hizo esa pregunta. Yo no lo sé.

—La dorna estaba maldita —dijo Amelia rotunda—. Alguien os deseó una maldad. No hay dudas, aunque tú no lo veas.

—Mi marido pesca como los demás. No se mete con nadie...

—Pero te tiene a ti. ¿Algún hombre te mira con deseo?

La muchacha enrojeció.

—Bueno, quizá, no lo sé... No miro mucho a los demás hombres —contestó.

—Todas las mujeres notamos esas cosas. No disimules.

—Yo nunca le sería infiel a Eliseo...

—No lo dudo, pero quizá alguien piense que no pierde nada intentándolo.

El domingo, Lola cocinó pulpo en *caldeirada*. Todos lo disfrutaron. Hasta el gato de Amelia, que comió los despojos mientras su dueña aprovechaba para observar a los comensales. No en vano, cuando la reunión terminó, tomando cada cual el camino de su casa, supo que pronto volverían a necesitar su ayuda.

Sucedió tres días después. Sin saber cómo, Eliseo se clavó en la mano derecha dos de los afilados garfios del bichero con el que enganchaba los pulpos. Las heridas eran profundas y su esposa sabía coserlas, pero Amelia se presentó con empastes, hierbas y

un hatillo con pequeños útiles con los que hacía sencillas operaciones como abrir forúnculos o quitar muelas. El joven era fuerte, pero estaba al borde del desmayo debido al dolor y a la visión de su propia sangre. Entre las dos mujeres remendaron las heridas y el malestar remitió un poco.

Cosme, que se encargó de la dorna de su amigo y de sus capturas, llegó un poco más tarde a la casa con Isabel, a la que encontró en el camino.

—¿Qué tal, hombre? —le dijo aquel al llegar.

—Jodido —respondió Eliseo enseñándole la mano vendada con unos paños blancos limpios—. No sé lo que hice para clavar-me el hierro. Jamás me había sucedido... Pero la barca hizo un movimiento extraño.

—Por eso los llaman accidentes... —contestó su amigo de buen humor—. No se sabe cómo suceden... Queda tranquilo, que la dorna está recogida y el pulpo entregado. Seguro que en unos días estarás bien.

—¿Unos días? Mañana tengo que faenar. Loliña —dijo entonces mirando a su esposa—, no levantamos cabeza...

Ella le sonrió dulcemente, infundiéndole ánimo.

Entonces, casi repentinamente, se levantó un vendaval y el cielo se oscureció.

—Parece que habrá tempestad —comentó la meiga mirando a Cosme.

—Puede ser... —contestó este, evidentemente incómodo por la mirada de la sanadora.

—Mañana volveré y le echaré un vistazo a esa mano —dijo ella a Eliseo—. Ya sé que en la casa del humilde hay que trabajar, pero los cortes son profundos y será mejor que descanses por lo menos un día. Si mañana está mejor, te haré un vendaje que te permitirá pescar.

El viento arreció hasta el punto de no escucharse el bufido del joven, que quería trabajar a toda costa.

—Me voy —anunció Isabel—. Tengo que atender a los niños.
¡Mucho ánimo!

—Sí, vámonos. ¿Vienes, Cosme? —preguntó Amelia—. A ver si llegamos a casa antes de que empiece a llover.

Cosme se levantó despacio de la banqueta de madera que ocupaba y salió de la casa junto a las vecinas. Allí se despidieron de la sabia y él se encaminó hacia O Canexol, la aldea donde vivía, al lado del cementerio y de la antigua Casa del Conde, el anterior propietario de la isla, bajando parte del camino con Isabel y metiéndose después entre atajos.

Sin embargo, la meiga y su inseparable gato no avanzaron apenas hacia su hogar, sino que volvieron sobre sus pasos.

Ya diluviaba cuando llegaron a la aldea del pescador, pero a Amelia no le sorprendió que Cosme no se refugiara en su morada, sino que continuase caminando hacia el extremo sur de la isla. Imaginaba hacia dónde se dirigía.

Cosme llegó hasta O Buraco do Inferno, una cueva marina cuyo techo había colapsado. Desde arriba, donde él se encontraba, apenas se veía un pequeño tramo del profundo pozo en el que, en días como aquel, decían que se escuchaban los gritos atormentados de las almas del infierno. Amelia sabía que el ruido de las olas que batían contra la roca en sus profundidades, unido al de los araos y cormoranes que anidaban en sus paredes y reforzado todo ello por el eco, producía aquella sensación. Creyó durante mucho tiempo las leyendas sobre aquel lugar y lo observó durante muchas jornadas, llegando a conclusiones racionales. Ella era una bruja blanca. Vencía al mal si era necesario y para ello necesitaba conocerlo. Cosa distinta eran las intenciones de quienes evocaban la malignidad. Y Cosme lo estaba haciendo.

Escondida tras una peña, vio como el hombre se desnudaba bajo la lluvia que se deslizaba por su piel de marinero. Moreno el rostro, los brazos y el pecho, blanco como la nieve el resto. Se acercó al pozo haciendo aspavientos, excitado y enfadado. Entonces,

un rayo rasgó el cielo, la tormenta se recrudeció y se tiró al suelo rodando sobre sí mismo, gritando enloquecido el nombre de Lola, rasgando su piel con los brezos y los tojos sin sentir más que su desesperación por los celos. No aguantaba más su deseo insatisfecho. Luego, tocó algo con la mano y lo recogió. Amelia creyó adivinar lo que era, pero no pudo verlo. Otro rayo cayó en el mar, provocando un ruido ensordecedor y levantando espuma en una visión aterradoras. Tras un buen rato bajo la lluvia inmisericorde, él pareció calmarse, se vistió a medias, guardando aquello que había recogido en uno de sus bolsillos, y la meiga se retiró para no ser vista, con su gato empapado, protegido entre la blusa y su piel.

Al llegar a O Canexol, esperó al hombre resguardada en un alpendre. Cosme entró al fin en su casa y la mujer miró hacia adentro, sin ser vista, por la ventana que atravesaba el pequeño resplandor de una vela. Vio cómo sacaba de uno de sus bolsillos un pañuelo rojo que reconoció al instante, pues lo había visto en la barca de Eliseo. Después, el pescador cogió de su chaqueta algo marrón, que pegó un pequeño salto desde su mano a la mesa. Era un sapo de tierra. Y, ante sus ojos, el marinero hizo algo que le provocó más temblores que el frío que sentía por la mojadura.

Las antiguas leyendas de la isla decían que, si se introducía un trozo de la ropa de alguien en la boca de un sapo, caería sobre su dueño un mal aire. Una maldición. Y ella acababa de ver cómo Cosme realizaba el conjuro.

Eliseo durmió mal. Le dolían sus heridas y una fiebre ligera, que Lola alivió poniendo en su frente paños mojados en agua fría, lo atormentó toda la noche. El muchacho tiritaba, pero su mano ardía. Por la mañana, las puntas de los dedos que asomaban bajo los paños estaban blancas e inflamadas, y su mujer le retiró el vendaje. Los bordes de las heridas estaban rojos e hinchados, supurantes y feos.

—Echa miel en las cortaduras —dijo Eliseo.

—¿Miel? —preguntó ella extrañada.

—Es un remedio que se usó siempre en la casa de mis padres. No sé por qué, pero ayuda. Solo Dios sabe lo que los pulpos pueden contagiar.

—Pues nos los comemos —razonó su mujer.

—Sí, pero cuando ya han perdido la batalla. Mientras, se defienden.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Soy Amelia —dijo esta desde afuera—. Abridme, por favor.

La sabia portaba una pequeña cesta que posó en la mesa de la cocina. Luego, preguntó:

—¿Cómo está tu marido?

La mozueta ahogó un sollozo.

—Tiene fiebre y la mano se ha hinchado.

—¿Supuran las heridas?

—Sí. Desde esta mañana.

—Me lo esperaba. Incluso algo peor. Pero tranquila. Ya sé lo que tenemos que hacer. Le echaré un vistazo a Eliseo.

Mientras él dormitaba, Amelia observó su mano. Alguna ponzoña envenenaba la piel. Entreabriendo apenas los labios del pescador le proporcionó una buena cantidad de gotas de una tintura.

—Es ajo —explicó—. También he traído polvo de salvia para intercalarlo con la miel. Todo ayudará. Pero ahora es bueno que duerma. El descanso le hará bien y su cuerpo necesitará fuerzas para luchar.

—No lo entiendo... No es la primera vez que se clava anzuelos, que se corta con la hoz, que se clava astillas grandes al cortar madera, pero siempre se las curé y nunca tuvo que tumbarse en la cama por ello.

—Seguramente —dijo Amelia—, pero en esta ocasión es algo distinto. Ven, volvamos a la cocina.

Lola, como siempre, hizo café y el ambiente se fue relajando. El gato de Amelia se arremolinó en sus pies y se quedó dormido.

—¿Cómo se llama? —preguntó la muchacha señalándolo.

—Se llama gato. ¿Cómo se va a llamar? —contestó la meiga.

—No sé. Hay quien les pone nombre...

—Pues este se llama gato. No está bautizado —dijo provocando las risas de ambas, a pesar de sus preocupaciones.

Hasta que el animal levantó las orejas, abrió los ojos y empezó a gruñir.

—Alguien viene y adivino quién es. No abras.

—¿Lola? —escucharon.

A la mujer de la casa le costó no contestar, pero aguardaron sin hacer ruido. Supieron que quien llamaba se había ido cuando el minino se durmió de nuevo. Entonces, Amelia dijo:

—Te puedo asegurar que, si ahora vamos a ver a Eliseo, la fiebre habrá subido.

Lola corrió al lado de su esposo y comprobó que lo que la meiga decía era cierto.

—Ahí tienes la prueba —dijo Amelia desde la puerta—. Alguien ha traído de nuevo fuerza a la malignidad.

—Pero, entonces, ¿te referes a Cosme? ¿Es su mejor amigo!

—Puede parecerlo, pero sabes cómo te mira.

—Sí... —admitió al fin.

—Ayer lo seguí y lo vi convocando al maligno en O Buraco do Inferno y después en su casa. Y gritaba tu nombre.

—¡Por Dios! —exclamó ella dejándose caer en una silla.

—Necesité toda la noche para pensar cómo romper el conjuro de ese brujo, pero ya lo sé. Salvaré a tu marido de las envidias de ese indeseable envuelto en una túnica de ángel. De ángel caído.

Lola comenzó a sollozar.

—Volveré después.

Cuando Amelia regresó, caía la tarde. Eliseo había empeorado terriblemente. Ninguno de los remedios funcionaba. La fiebre era muy alta y el hombre comenzó a sentir el cuello rígido y a sufrir algunos espasmos involuntarios.

—¿Ha cenado algo? —preguntó la sabia.

—Apenas nada. Le cuesta tragar...

La sanadora revisó las heridas y comprobó la calentura. Lo que vio no le gustó. Un poder oscuro, más fuerte que el curativo que ella poseía, estaba ganando la contienda.

—Tengo que irme ahora —anunció de pronto—. Regresaré en un par de horas. Si mañana no ha mejorado, creo que será mejor avisar al señor Riobó. Está en la isla estos días.

—¿Molestar al amo? —se escandalizó.

—El amo, como tú lo llamas, es un hombre como los demás, se muestra siempre cercano a los colonos, es joven, de ideas modernas, y es médico, que es lo que nos hace falta. Ayudará a Eliseo. Yo misma hablaré con él.

La joven asintió. Nada podía hacer ante tanta vehemencia. Después, besó la frente de su esposo. El gato de ojos bicolors se subió a la cama del herido, vigilante, mientras la meiga se envolvía en su chal de lana. Pidió un saco a la muchacha y, dejándola intrigada, se dirigió hacia la playa de Canexol, la más cercana a la casa de Cosme. Cuando llegó, no había nadie y la marea baja la favorecía. Únicamente el *luar* y la noche estrellada la iluminaban, pues, tras la tempestad del día anterior, el cielo aparecía ahora límpido. Olía a algas y a pescado, a arena mojada y a salitre.

Una lechuza posada en la rama de un árbol vio como la meiga recogía algas, hacía con ellas dieciocho bolas, dejando nueve a un lado y nueve al otro. Se colocó después entre ambos montones y tiró las algas de su derecha al mar mientras recitaba:

—Olas del mar sagrado, quítale el aire de muerto, de vivo o de excomulgado... Olas del mar sagrado...

El mar las recibió y, empapadas, se hundieron en él.

La lechuza siguió los movimientos de Amelia cuando recogió las bolas de su izquierda y las metió en un saco.

—Estas —dijo la sabia en un susurro—, las guardaré en mi casa y, cuando se hayan secado, repetiré el conjuro. Si todo va bien, los libraré de influjos malvados.

Al volver al camino, algo la puso en guardia. La figura de una persona se recortaba en la oscuridad.

—¿Quién va? —dijo la mujer con su voz más firme.

—Soy Cosme —respondió—. ¿Qué andas haciendo por aquí a estas horas?

—Necesitaba unas hierbas que solo puedo recolectar a la luz de la luna.

—¿Ah, sí? Y, ¿dónde las llevas?

—En el saco.

—¡Oye, bruja! —la llamó cuando ella ya se había alejado unos metros—. Fui hoy a ver qué tal estaba Eliseo, pero nadie me abrió. ¿Sabes si está mejor?

—Sí —contestó ella con voz firme.

Repentinamente, Cosme se dobló en dos emitiendo un profundo quejido.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la meiga sin piedad en la voz.

—No lo sé... —contestó sofocado—. Un dolor en el estómago...

—Acuéstate —le sugirió tras comprobar que el conjuro comenzaba a hacer efecto—. Todos estamos cansados.

Vio como el hombre ascendía hacia su casa lentamente, todavía dolorido, aunque no se quedó allí por más tiempo. Apuró el paso hacia la casa de Eliseo y entre las dos mujeres cuidaron toda la noche del desdichado. Tampoco el gato de la meiga se movió de su lado, atento a su respiración y a los efluvios que emanaba.

Muy de mañana, sin apreciar mejoría, Amelia bajó a la casa que el señor Riobó tenía en O Curro, junto al muelle, buscando su ayuda.

El médico no perdió un instante. Cogió su maletín y siguió a la sabia. Cuando Lola lo recibió, su morada pareció empequeñecer con la presencia de aquel hombre moreno y bien parecido, aseado y vestido de traje, al que solo había visto alguna vez de lejos. Recogió el sombrero que él le tendió y lo condujo al dormitorio. El joven reconoció a don Didio. Quiso enderezarse para saludarlo, pero un fuerte mareo lo tumbó.

—Buenos días, Eliseo —le habló el médico—. Déjate estar. En mala hora te clavaste el bichero, hombre...

—Pues sí, señor. Nunca me he sentido tan mal...

—Déjame mirarte. Verás como le ponemos remedio.

En silencio y con mano experta, el doctor reconoció a su paciente sin dejar traslucir ninguno de sus pensamientos y sin perder el buen gesto de su rostro atractivo. Al fin, dio unas palmaditas al muchacho en el hombro diciéndole:

—En tres días estarás como nuevo, marinero. Los pulpos se aburren sin ti.

Eliseo quiso reír, pero apenas pudo esbozar una mueca y, tras despedirse del enfermo, el señor Riobó regresó a la cocina donde lo aguardaban la esposa y la sabia. La muchacha les ofreció café.

—¿Qué tal en la isla, Lola? —preguntó él sinceramente interesado.

—Bien, don Didio —contestó ella con timidez—. Hasta que ha pasado esto, claro.

—Pues queda tranquila, que esto tiene remedio. Necesita algunas inyecciones para curar la infección. La fiebre irá bajando según esta se reduzca. Esa rigidez de cuello y los espasmos me hacen pensar que le será beneficiosa la vacuna del tétanos. Se pondrá bien —dijo suavemente comprendiendo la preocupación de la mujer—. Mandaré a algún niño con el antibiótico. Amelia sabrá ponérselo. Una inyección cada día —dijo a esta—. Y pediré la antitetánica a Bueu. Llegará mañana. Yo mismo la subiré y veré de nuevo a Eliseo. Ambos son medicamentos nuevos que nos facilitarán las cosas.

—¿Cómo podremos pagarle, don Didio? —dijo Lola, provocando la sonrisa de la sanadora a la que hicieron la misma pregunta días atrás.

—Los mejores pagadores son los más humildes. Es bien cierto —dijo el médico como para sí—. Olvídате de eso. Va incluido en las rentas.

Como el médico había asegurado, el paciente mejoró y al quinto día volvió a sus faenas. Aún con la mano vendada y una gran debilidad, rellenoó dos cubetas de seis kilos de pulpo, lo que se tradujo en seis pesetas. Se sintió capaz de nuevo y nada lo preocupó ya. Todos se alegraron de verlo en la playa y en el muelle, y, poco a poco, volvió a la normalidad. Solo algo llamó su atención. Cosme parecía desmejorado, con profundas ojeras y de mal humor, hasta el punto de evitar su conversación cuando se preocupó por él. El joven respetó su silencio, pero no lo entendió. Al día siguiente ocurrió lo mismo. Y los venideros.

Una de aquellas noches, mientras cenaban una sopa de pescado, el joven comentó a su mujer su extrañeza:

—Hoy me empujó en el muelle cuando quise hablarle. No sé qué le pasa...

La joven se mostró tan sorprendida como él y nada dijo.

Mientras, la meiga tenía todavía algo pendiente. Las algas se habían secado y aquella misma noche las arrojó al mar repitiendo las palabras adecuadas.

—El mal de ojo se fue —sentenció cuando las algas se hundieron.

Ya en su casa, mirando a la luna a través del cristal de la ventana y con una media sonrisa de satisfacción, susurró a su gato mientras le rascaba entre las orejas:

—Ahora gritará también en los días de tormenta y tempestad junto a sus demonios. Ya está donde le corresponde...

Al día siguiente, la dorna de Cosme no salió al mar.

Nadie volvió a verlo.

Eliseo, fiel amigo, fue el primero en buscarlo en su casa, en el faro, en las rocas de los acantilados... Y el último en rendirse al no quedar ya lugar en la isla donde rastrear.

Lola nunca pidió explicaciones.

Hoy, solo la isla de Ons guarda el secreto de aquel misterio.

Si hay un personaje culmen del imaginario gallego y de sus leyendas es el de la meiga. Normalmente, se asocia a la meiga con una bruja, pero existen matices, pues la meiga puede ser maligna, pero también sabia y sanadora, capaz de ejercer un estilo de magia blanca que ayude a vencer al mal que sí provocan otro tipo de brujas y de brujos. El archipiélago de Ons (Bueu, Pontevedra), con sus leyendas, conjuros propios y su halo de misterio por su carácter insular, ofrece un decorado perfecto para tratar el tema del bien y del mal a través de estas figuras. De hecho, algunos de los conjuros que aparecen en el relato, como el de golpear una dorna con una retama o hacer bolas de algas, son patrimonio de estas islas.

Por su parte, el contexto histórico del relato es real. El señor Didio Riobó, dueño de la isla en el momento de la acción, aparece ejerciendo su profesión de médico. Aunque esta escena nunca sucedió, es fácil imaginarla.

12

LOBISHOME

«Dicen que la noche es de los lobos
porque les crece el corazón».

Eladio de Carballal

Nació la noche del veinticuatro de diciembre, siendo el séptimo de sus hermanos varones. La anciana partera del pueblo orensano de Rebordechao se santiguó tres veces tras comprobar que, en el paladar del recién nacido, no aparecía ninguno de los signos que podrían salvarlo del maleficio. Ni una cruz, ni una paloma, ni la rueda de Santa Catalina. La angustia de sus padres fue demoledora. Los malos hados se habían reunido en su contra y no dudaron en que el fatal destino del niño estaba decidido.

La noticia del mal sino se difundió rápidamente por la aldea. Algunos rezaron por la salvación del alma atormentada que presuponían al pequeño. Otros, aseguraron puertas y ventanas con fuertes trancos de madera para que ningún mal espíritu las traspasase. Solo su vecino Jesús tuvo la valentía de acercarse hasta la casa de la acongojada familia para consolarla e intentar evitar el fatal desenlace.

Cuando llegó, la madre reposaba en el cuarto dando el pecho a la criatura, mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Los demás habitantes de la casa se apretujaban en la cocina. Mientras tomaba unos tragos de aguardiente con el asustado padre del nacido, Jesús contó que un familiar emigrado por sus penurias a las Azores, comentaba que usaban allí con gran éxito una sencilla fórmula para evitar la perdición de los que venían al mundo en las mismas circunstancias que su hijo.

—¿Cuál es ese remedio? —inquirió el desdichado con una pequeña esperanza iluminando su mirada.

—Para evitar que se convierta en *lobishome*, el niño debe llamarse Benito.

Y como Benito lo bautizaron.

A pesar de los miedos de quienes conocían su infortunio, el niño tuvo una crianza fácil y el carácter afable. Aprendió algunas letras, pero pronto supieron que estaba especialmente dotado para cuidar del ganado. Y así, sus días transcurrían como pastor en su aldea, en el núcleo cercano de A Ermida, donde reunían a los animales del pueblo en los momentos más duros del invierno, y en las montañas de la sierra de San Mamede. Benito no temía a la soledad de su oficio ni a las largas noches de vigilia. Conocía todos los caminos y trochas, las fuentes y las rocas. Era feliz, salvo cuando algún animal se lastimaba y no sabía ponerle remedio.

Con catorce años parecía ya un hombre, sano, corpulento y con buen humor, provocando que la desventura de su nacimiento se olvidase y que ni él mismo la conociera.

Sin embargo, Benito poseía secretos. Sensaciones extrañas y angustias que guardaba para sí, y a las que no sabía dar explicación.

Como aquellas noches en las que, recostado en el tronco de un árbol, no podía dormir, mientras la luz de la luna llena se

entretejía con sus ramas. Entonces, el muchacho pasaba las horas observando aquel astro magnético hasta que el amanecer lo ocultaba, sintiendo al fin bienestar. Tampoco entendía cómo en otras ocasiones percibía conversaciones lejanas que le traía la brisa, distinguiendo voces y palabras, enterándose así de odios, rencillas, críticas y pleitos de los que nada sabría de otro modo. También sabía de amores furtivos que suspiraban entre los helechos del bosque... Y, muchas veces, su olfato se agudizaba hasta reconocer el tufo de la orina de cada uno de los animales que marcaban su territorio, o el perfume de cada flor.

De todas las cosas incomprensibles para Benito, la única que lo asustaba era el poder que ejercía sobre él el aullido de los lobos. Al oírlos, su piel se erizaba y sentía que su pecho se henchía hasta parecer que estallaría, rasgado por el fuerte palpitar de su corazón.

Todos temían al lobo en aquellos años de mediados del siglo XIX. Lo habían hecho antes y lo seguirían haciendo. Se hablaba de ellos en las historias que se relataban junto al fuego en las noches invernales. También en los romances que cantaban los ciegos que llegaban de vez en cuando a Rebordechao en busca de unas monedas. Y en las conversaciones cotidianas, temiendo que devorasen al ganado. Por ello, colocaban trampas en su camino en forma de lazos, cepos de hierro, o pozos hacia los que conducían al animal para molerlo después a golpes y pedradas. Vivos o muertos, los paseaban por las aldeas encerrados en jaulas o tendidos sobre un carro, mientras la gente gritaba y maldecía, dándole unas monedas al cazador que de tal fiera los había librado. Cuando Benito veía aquel triste espectáculo, sentía que también él iba sobre el carro chirriante y que algo se rompía en su interior.

En una ocasión, en los prados de A Ermida que riega el joven río Arnoia, Benito sintió que el vello de su cuerpo se atiesaba. Siempre había oído decir que el lobo se presiente como la nieve

y, tras un instante, se encontró de frente con tres. Él iba solo y, al menos, no temió por su ganado. Dos de los animales lo ignoraron y desviaron su camino trotando despreocupados. El tercero detuvo su paso y se le encaró. Desde niño, lo habían avisado de que nunca mirase a los perros a los ojos, y mucho menos a un lobo, pues lo entenderían como una afrenta. Las supersticiones, abundantes en aquellos días como las hojas de los robles de la *fraga*, decían también que los lobos podían maldecir con sus miradas y arruinar la vida del incauto que con ellos se cruzase. Benito no quiso jugar con la fortuna, ni mucho menos con la mala suerte, apartando la vista del animal. El lobo permaneció quieto, estudiándolo. El chico se mantuvo inmóvil, pero, sin resistirse al influjo del animal, volvió a mirarlo. Primero con timidez. Luego, de igual a igual, percibiendo como aquella fiera imponente llegaba hasta el más profundo de sus pensamientos. Sintiendo cómo el lobo le vaciaba la mente escudriñando en sus recuerdos, en sus creencias y en sus miedos. Cuando a ellos llegó, le enseñó los colmillos gruñendo. Solo después se dio la vuelta y se marchó con la manada.

Benito tenía entonces dieciocho años. Nunca olvidó aquel encuentro, ya que también él percibió detalles de la bestia. El principal, que su mirada le resultó familiar.

Tras varios días por prados y montes, el joven pastor regresó a Rebordechao. Su madre lo recibió con una taza de caldo y el mirar dulce, a pesar de la dureza de su vida en aquel lugar apartado, batallando con ocho hijos y un marido rudo. Una mirada llena de amor, pero también de temores, de largos inviernos, de enfermedades y de trabajo.

—¿Dónde están todos, madre? —preguntó Benito tras vaciar la taza de barro.

—Unos faenando y otros despidiendo a tu amigo, el de Josefa.

—¿José? ¿A dónde va?

—Se marcha con Romasanta a Santander. Hace varios días que el buhonero regresó de Portugal, cargado de telas y de todas

esas cosas que vende aquí y allá. Aprovechará el viaje para llevar al chico junto a las tías y primos que tiene ya en aquellas tierras. Josefa no termina de decidirse, pero tu amigo está en la edad de buscar su destino —sentenció.

Benito asintió pensativo, intentando recordar la historia de aquel quincallero de mil oficios que, en los años que llevaba entre ellos, se había llevado a varias vecinas del pueblo y a sus hijos a servir en tierras cántabras. Todos dejaban aquel pueblo de piedra y madera oscura por un mundo desconocido, mejor, según el buhonero, donde prosperaban colocados en casas adineradas, como contaban las cartas que traía.

Romasanta le había parecido siempre un hombre extraño. No le gustaba, ni se sentía a gusto en su compañía. Muchos hombres del pueblo lo encontraban afeminado. Se reían de él por su baja estatura y porque realizaba algunas actividades propias de mujeres. Otros lo aceptaban con sus luces y sombras. De lo que no cabía duda, es de que era un tipo singular. Sin embargo, caía bien a las mujeres y al párroco. Manuel Blanco Romasanta era moreno y de facciones ligeramente aniñadas para los cuarenta años que Benito le suponía. Cuando llegó al pueblo, hacía seis o siete veranos, trabajó de jornalero en aquello que le pedían. Pasó varios inviernos en A Ermida cuidando ganado junto a él y a otros pastores. Y también tuvo tiempo para confraternizar con la gente. Igual tejía que confeccionaba un traje, escribía o leía cartas de otros que no sabían el alfabeto, o hablaba de latines con el cura. Después de un tiempo, comenzó a viajar y a ausentarse durante grandes temporadas. Cuando regresaba, traía género nunca visto en Rebordechao y las mujeres se hacían con paños de colores o alfileros bordados con los que jamás habían soñado hasta que él llegó.

—¿Quieres un poco de queso? —le preguntó su madre, sacándolo de su ensimismamiento—. ¿En qué andas pensando, que parece que también tú te has ido?

—Recordaba cuando Romasanta llegó al pueblo —dijo tomando el queso que su madre le acercó—. ¿Cuántos se fueron ya con él?

Su madre apenas tuvo que pensar la respuesta, pues tenía muy presentes a todas las vecinas y amigas que dejaban el pueblo, acrecentando su soledad.

—La primera fue Petra, la hija de Manuela. ¿La recuerdas? Era muy niña, tendría unos trece años, y Romasanta se la llevó a Santander intentando ofrecerle una vida mejor. Creo que no tenían que haber dejado que aquella criatura viajase sola con él, pero como estaba enfaldado con Manuela, su madre, y cae bien en la familia, se lo permitieron —comentó negando con la cabeza—. Al poco tiempo, la madre se dio cuenta de que con su hija lejos no podía vivir. La consumía la angustia, a pesar de que Romasanta le aseguraba que la niña estaba bien, pues la había dejado al servicio de un cura, pero, al final, también ella se fue acompañándolo en su siguiente viaje.

—Y, ¿siguen contentas por allá?

—Parece que sí —asintió—. Sus cartas son siempre alegres y no echan de menos nuestras penurias. De hecho, Manuela animó a su hermana Benita y a su hijo Francisco a que se fueran también y poco se lo pensaron. Por allá siguen.

—Y los siguientes, si mal no recuerdo, fueron Antonia y sus hijas... ¿Cuánto hace de eso? ¿Un año?

—Todavía no, Benito. Que unos meses te parecen años... ¡Ya verás cuando tengas mi edad y los años te parezcan días!

El muchacho sonrió ante el comentario de su madre. Le parecía que nunca pasaría el tiempo para ser mayor, mientras escuchaba comentar siempre a los adultos lo rápido que se les pasaba la vida.

—Antonia se llevó a su hijita Peregrina en brazos —continuó ella—, y a María Dolores, la mayor, la dejó en casa de Luis, el hermano de Manuela y Benita, hasta que también el viajante se

la llevó. ¡Santander debe de estar llena de casas ricas servidas por gallegos!

—Y ahora, Romasanta se ha liado con Josefa y se lleva a José.

—¡Habla bien, Benito! —le riñó su madre—. Aún no se sabe si tienen algo o no y tú ya los estás casando...

El joven guardó silencio. No se atrevió a compartir en voz alta sus pensamientos, aunque a nadie pasaba desapercibido que aquel hombre se emparejaba siempre con mujeres a los que otros despreciaban. Tras unos instantes de reflexión se levantó del banco.

—A ver si llego a tiempo de despedirme —anunció abandonando la casa.

Caminando por las calles embarradas encontró a vecinos que regresaban comentando lo feliz que se iba el rapaz y Benito apuró el paso. Conocía sobradamente la senda que tomarían para atravesar la sierra y los alcanzaría pronto. Después de unos minutos, al salir de un atajo que atravesaba los castaños a las afueras de la aldea, los vio.

—¡José! —gritó anunciándose.

Romasanta se detuvo y el chicuelo giró la cabeza al sentir su nombre.

—¡Hombre! ¡Benito! —saludó—. ¡Qué alegría verte antes de marcharme!

Los amigos se fundieron en un abrazo mientras Manuel los miraba con una beatífica sonrisa, como quien contempla el amor de dos hermanos.

—Buen viaje a los dos —les deseó—, y buena suerte, amigo, ¡no nos olvides!

Los jóvenes se abrazaron de nuevo y todos se dieron un apretón de manos.

—Le irá bien —aseguró el buhonero con sus ojos clavados en Benito.

José caminaba con ligereza, apenas cargado con un hatillo. Romasanta portaba un gran bulto a su espalda en el que viajaban

sus mercancías y del cual colgaba un candil que se bamboleaba a cada paso.

Benito los siguió con la mirada hasta que la foresta tapó la visión del camino, murmurando inquieto:

—José, ten cuidado...

Un otoño breve dio paso a un invierno áspero de grandes fríos y muchas lluvias. Benito pasó las noches refugiado con el ganado en A Ermida junto al resto de pastores. Por las noches, escuchaban aullar a los lobos, llamándose unos a los otros para sus correrías, mientras los pastores espantaban el frío con hogueras y mantas raídas por el uso.

La tarde de Nochebuena, cebó bien al ganado y, tras ordeñar las vacas, cerró las cuadras. Envuelto todavía en el penetrante olor del estiércol, subió por atajos hasta su casa en Rebordechao para estar unas horas con su familia. Regresaría después de la humilde cena, pues el ganado no espera y se pone nervioso si no está bien atendido, pero no quiso pasar solo aquella noche.

Durante la sobremesa, apareció en la puerta Romasanta con su habitual charlatanería. Había llegado de Santander un par de días antes y venía ya de visitar otras casas en una fecha tan señalada.

—¡Pasa, Manuel! —lo invitó a entrar el padre de familia cuando oyó su voz.

Venían con él Luis y otros vecinos, por lo que se arrimaron más los unos a los otros en la pequeña cocina, mientras la mujer de la casa preparaba una pota de café.

—Cuando vuelvas a Portugal me has de traer café, Manuel —le dijo ella.

—Ya sabes que te haré el recado, mujer, que yo estoy encantado de ayudar.

—Eres muy amable, Manoliño, ¡cuánto se agradece! —replicó la madre de Benito—. ¿Cuánto te quedarás por aquí? ¿Dejarás pasar los fríos?

—Apenas pararé unos días —aclaró.

Y, cambiando de tema, exclamó:

—¡Feliz Nochebuena! ¡Salud!

Todos se felicitaron cordialmente, pero Romasanta notó serio a Benito y le dijo:

—¿Qué pasa, muchacho? ¿No te alegras del día que es hoy?

Benito le respondió con otra pregunta:

—¿Qué tal quedaba José?

El vendedor rio.

—Lo dejé contento, de mozo en la casa de un cura.

—Muchos curas conoces —replicó el chico con una ironía que no pasó desapercibida para el buhonero.

—Siempre se me dieron bien los hombres de Iglesia y unos hablan a otros de mí.

—Y, ¿no sería más sencillo colocar a los vecinos con los curas de las cercanías?

Romasanta todavía sonreía cuando respondió:

—Los curas de por aquí poco más tienen que sus feligreses, Benito. En Santander las parroquias tienen más poderío y los curas, más medios. ¿Quieres irte también? Ya sabes que puedo recomendarte y guiar tu camino... —añadió invitándolo.

Se hizo el silencio mientras todos aguardaban la respuesta del mozo con gesto interrogante.

—No —respondió él tras un instante que se les hizo eterno—. Tengo aquí mis animales y no me falta una taza de caldo.

—¡Tú verás! —respondió guiñándole un ojo y deteniéndose a observarlo un segundo más de lo necesario.

Molesto por aquellas miradas y por un olor agrio que emanaba del cuerpo de aquel ser y del que nadie parecía darse cuenta, a pesar de estar sentados codo con codo, Benito se levantó y bebió

con avidez agua de la sella. Cuando regresó, se dedicó a escuchar lo que los demás contaban: cuentos de aparecidos, encuentros con lobos, historias de sacamantecas con fama de matar a sus víctimas para extraer la grasa de sus cuerpos, y relatos que lo fascinaban sobre hombres que se convertían en lobo en las noches de luna llena... El muchacho observaba a todos, fijándose en sus caras graves y curtidas, viendo algún labio tembloroso por el miedo de un recuerdo, con sus sentidos alerta como tantas otras veces. Solo Manuel se reía de unas y de otras historias, como incrédulo ante todas ellas, aunque, de cuando en vez, hacía la señal de la cruz sobre su pecho. Benito no podía evitar su rechazo hacia él, pero no acertaba a explicar el porqué.

Era algo... instintivo.

Era algo... animal.

El primer día del año 1851, Manuel partió de nuevo hacia Santander. Esta vez lo acompañaba Josefa, la madre de José, animada por la carta del muchacho, en la que le confiaba lo bien que quedaba allá y lo que la echaba de menos. La morriña de su soledad y la confianza en su amante, señalado como ella por secretos que compartían en su intimidad, terminaron por convencerla.

En el pañuelo que envolvía sus escasas pertenencias, Josefa quiso llevarse un recuerdo, metiendo entre ellas el velo fino de color negro que llevó su madre el día de su boda, cubriendo su pelo y su rostro de niña ante el altar. También ella habría querido lucirlo, pero no tuvo ocasión siendo madre soltera. Le tenía tal cariño a aquel retal de tul que, pensando que nada ocupaba y que pesaba aún menos, no estorbaría en su viaje.

Pasados algo más de dos meses, regresó el vendedor ambulante a la aldea con buenas nuevas de la mujer, que quedaba feliz con

su hijo. Volvió cargado de cartas para las familias de los que se habían ido antes, ofreciendo telas nuevas e hilo a las vecinas y jabones delicados que olían a flores y a hierbas mentoladas, en lugar de al rancio de la grasa de cerdo con la que las mujeres lo elaboraban en la aldea. A una de ellas se le antojó una pastilla de aquel jabón fragante, pero no le alcanzaban los cuartos. Otra preguntó qué le ocurría al ver su cara de desilusión y, entre varias, juntaron sus monedas, compraron la pieza y decidieron repartirlo en tantos trozos como el número de compradoras. El mismo Romasanta lo partió con gran cuidado para que ninguna se sintiese perjudicada.

—Venga, venga... —les decía—. Uno no hace tantos viajes para no tener ganancia, pero ¿qué no haría yo por mis buenas vecinas?

Y todas se fueron a casa ilusionadas como niñas a probar aquel jabón especial, que aseguraban que dejaba suave hasta la piel más ruda de los trabajadores del campo. ¿Cuál sería su efecto en la piel de las señoras? ¿Quitaría las arrugas de sus rostros?

El hombrecillo no hizo más viajes durante varios meses. Cuidó las tierras de Antonia, una de sus anteriores amadas, como hacía dentro de sus posibilidades desde que esta se fue. Volvió a alternar en todas las casas de sus vecinos. Reía, hablaba, contaba, cantaba, ayudaba al cura en sus quehaceres, cosía, tejía...

Benito lo observaba cuando se encontraban, pero nada extraño observó. Poco sabía de los pensamientos de Manuel. Su pena por una viudez temprana. La soledad tras la marcha de las mujeres con las que compartió vida, cama, secretos e hijos que él nunca tendría. Los grandes complejos que guardaba en su pequeño cuerpo. La lucha entre este y su mente confusa. La sencillez de su amor y la complejidad de su sexo.

Un día en el que el muchacho vagaba por los senderos que venían del alto de la sierra, encontró en el camino a su vecino Luis. Traía este el paso rápido y el gesto desencajado.

—¡Ay, Benitiño! ¡Qué desgracia! —le dijo según lo vio.

—¿Qué pasó, Luis?

—Debo hablar con el cura... ¡O quizá con la justicia!

—Pero ¿por qué? —inquirió el muchacho intrigado.

Entonces, Luis aflojó el paso y de su zurrón de cuero sacó dos prendas. Una era un pequeño velo negro y la otra, un chal de lana marrón que Benito reconoció al instante.

—¡Es el chal de Josefa!

—Y el velo de la boda de mi madre...

—Pero, ¿de dónde los has sacado?

Luis respiró hondo y luego soltó sin hacer pausas:

—Fui a la feria de Montederramo a vender unos bueyes y allí los encontré. Una anciana vendía el velo y el chal lo vestía una moza. Se los compré a ambas por unas monedas.

—Y, ¿no preguntaste cómo los habían conseguido?

—¡Ay, Benito, hijo! ¡Que dicen que se los compraron a un buhonero! Un hombre muy bajo y simpático que llevaba de todo metido en un gran bulto que cargaba a su espalda y del que colgaba un candil...

—¡Romasanta!

—¿Quién, si no?

—Pero ¿no iba Josefa con él? A lo mejor fue ella la que...

—Iba solo —lo interrumpió—. Solo, Benito. En algún lugar de la sierra tuvieron que separarse. O quizá...

La noticia corrió por el pueblo como la pólvora.

Como ocurre siempre, el último en enterarse fue el señalado, que solo supo que algo ocurría al ser llamado por el cura para que diese explicaciones.

—Juro por mi vida, padre, que Josefa me dio las prendas, pues necesitaba dinero hasta que cobrase su primer sueldo —dijo hincándose de rodillas ante el párroco—. Le daba vergüenza venderlas y por eso me acerqué solo hasta Montederramo, esperándome ella en el bosque.

—¿Estás seguro, Manuel? —insistió el cura—. ¡Si juras en falso te perderás para siempre en el infierno!

—¡No miento! ¿Cómo se las iba a robar a Josefa? ¡Ella llegó feliz a Santander! ¡Todos vieron su carta!

—Manuel, hijo mío —le dijo el cura, que no sabía qué creer—. Si algo indigno hiciste, confiesa tus pecados. Eres hombre colaborador y piadoso. Es tu deber.

Entonces, Manuel comenzó a llorar.

—Clemencia, padre... Nada malo hice... Clemencia...

Sus ruegos encogieron el corazón de todos los presentes, que volvieron lentamente a sus casas, pero una semilla de duda quedó en la mente de muchos.

—¿Has visto hoy a Romasanta? —preguntó una vecina en la fuente días después.

—Apenas sale de casa salvo para ir a la iglesia a rezar —contestó otra.

—¿No es raro que a todos les vaya tan bien en Santander? —comentó un hombre que esperaba turno en el molino.

—Habrá allá más prosperidad —contestó otro.

—Puede ser, pero las cartas las escribe Manuel.

—Los que se fueron no saben escribir y se las dictan, ¿no?

La desconfianza flotaba en el aire cubriendo el pueblo de Rebordechao, creando un ambiente pesado y silencioso. Todos lo miraban de reojo y pocos lo recibían ya en sus casas. Las familias de los emigrados no resistían su angustia, pero él negaba ante el cura que le hubiera hecho daño a nadie,

que les hubiera robado... Lloraba en confesión y juraba por su alma.

En octubre, un día de helada temprana, Benito encontró en A Ermida a un hombre que traía una capa echada a los hombros. De pronto, sus sentidos despertaron, igual que sucedía tantas veces, y llegó a su nariz el eco de un olor a tabaco que le resultó familiar. Unos segundos después, sus más terribles sospechas se vieron confirmadas cuando reparó en un pequeño desgarró en la tela. Era la capa de José. Su amigo enganchó la prenda en una rama baja un día en el que bromeaban por los caminos, pensando en dos mozas del baile del carnaval.

Otro día, alguien vio la falda de Josefa a una mujer que vino al pueblo a pedir unas misas por el alma de su difunto padre, antiguo vecino de la aldea.

Y el pueblo estalló.

Entraron en la casa en la que Manuel habitaba dispuestos a acabar con él.

Pero se había escabullido.

Sin poder evitarlo, conducido por una rabia a duras penas contenida y por un ansia de darle caza, Benito se lanzó a los caminos en busca de su rastro. Cruzó los bosques que el buhonero frecuentaba por A Redondela y As Gorvias, donde encontró un rastro antiguo que a ningún lugar lo condujo. Llegó después hasta Montederramo, aunque allí nadie recordaba haber visto al buhonero desde hacía muchos meses. Siguió más allá, pero de nada sirvió y, al final, regresó a casa vencido, pues sus instintos fueron insuficientes para encontrarlo. Mientras,

los hermanos de las emigradas denunciaron a Romasanta ante las autoridades.

Nadie supo más de él.

Hasta el año siguiente.

Es un día de verano en Nombela, provincia de Toledo. Varias cuadrillas de gallegos siegan el trigo. Cada año acuden a Castilla a sacarse unos cuartos que aligerarán las miserias en sus casas. Entonces, tres vecinos de Verín reconocen a Romasanta, que ahora se hace llamar Antonio, segando como ellos. Las autoridades lo detienen, lo devuelven a Galicia y lo acusan de asesinar a los que con él fueron confiados camino de Santander, donde se confirmó que ninguno de ellos llegó. Y para horror de Rebordechao y de la comarca entera, Romasanta reconoce ante el juez haberlos matado a todos ellos e incluso a más. Enseña los lugares donde se deshizo de los cuerpos, aquellos bosques que Benito rastreó. Confiesa, para estupor del mundo entero, que su padre le echó una maldición capaz de convertirlo en lobo y que, transformado en uno, como tantas veces le ocurre paseando por aquellos bosques en compañía de otros dos hombres valencianos que adolecen del mismo mal, mata porque su instinto lo obliga. Y porque tiene hambre. Guarda para sí que la maldición llegó un día en el que una niña llamada Manuela, nacida y bautizada como mujer, se convierte en Manuel durante la adolescencia ante los ojos del mundo. Dos personas en un solo cuerpo. Una vida extraña. Un sentir desdichado por lo que es y por lo que deja de ser.

Enterado de su confesión, Benito, con los ojos clavados en el fuego del lar, atribulado y pensativo, recuerda a aquellos tres lobos que un día encontró y la mirada del que se le encaró. Aque-

llos ojos que ahora sabe, con más certeza que nunca, a quién le recordaban.

Manuel Blanco Romasanta es uno de los casos más llamativos de lobishome que encontramos en Galicia, aunque hubo más. ¿Asesino en serie? ¿Desequilibrado? ¿Malvado? ¿Licántropo? ¿Sacamantecas? ¿Hermafrodita? (como apunta su partida de bautismo, en la que aparece como Manuela). ¿Quizá una hembra encerrada en un cuerpo también masculino con todas las consecuencias que eso acarrearía? Todavía es un caso que forenses estudian hoy en día por su singularidad en nuestra historia relativamente reciente, e investigadores siguen las pistas que fue dejando en sus viajes, en las tiendas de telas en las que compraba en Portugal, la grasa que vendía en una botica de Chaves, los lugares que frecuentaba para sus compras en Ponferrada...

Con este relato, quiero recordar esta forma de terror singular que nos acecha desde los tiempos más remotos, pues ya aparecen hombres lobo en antiguas mitologías. El lobo es un animal totémico y en nuestro imaginario no podía quedar al margen.

Quiero agradecer la inestimable ayuda de José Luis Lozano por sus informaciones sobre Rebordechao (Vilar de Barrio, Ourense) y sus alrededores, y vaya desde aquí y en su nombre, un homenaje a José Benito de Rebordechao, hombre grande de cuerpo y de corazón, bromista y auténtico, del que tomé su segundo nombre para convertirlo en nuestro protagonista, y del que dice José Luis que quizá se libró también por poco de ser un hijo de la luna. Nada tiene que ver esta historia con la de José Benito, pero con ella, este buen hombre regresa al mundo de los vivos, que abandonó hace un tiempo y al que sus amigos recuerdan con afecto verdadero. D.E.P.

GLOSARIO DE PALABRAS EN LENGUA GALLEGA

AIRE: maleficio que afecta a alguien producido por el mal de ojo o por alguna influencia poco clara.

ATURUXO: grito.

CALDEIRADA: plato típico de Galicia que consiste en cocer carne, pulpo o pescado y echarle después un refrito de aceite, pimentón, ajo y cebolla.

CAMARIÑA: *Corema album*.

CARALLO: expresión que alude al órgano masculino, muy usado en Galicia como interjección.

CARBALLO: roble (*Quercus robur*).

CHAPACUÑA: suelo o camino de piedras hincadas en vertical.

CORREDOIRA: camino de carro.

FRADES: frailes.

FRAGA: bosque atlántico.

HERBA DE NAMORAR: *Armeria marítima*.

LAREIRA: hogar de piedra donde se hace el fuego para cocinar en las antiguas casas gallegas.

LOBISHOME: hombre lobo.

LUAR: luz que refleja la luna.

MEDEIRO: grupo de manojos de centeno, trigo... colocados unos contra otros.

MEIGA: bruja.

MENCIÑEIRA: mujer sanadora.

MILLADOIRO: acumulación de piedras como hito.

MINCHA: bígaro.

MOLLO: manajo.

MOUCHO: búho.

MUIÑEIRA: baile tradicional típico de Galicia.

OLA: tinaja.

PALLEIRO: manojos de paja colocados unos contra otros.

PEDRO CHOSCO: personaje que trae el sueño a los niños.

PENEDO: monte alto en el que suelen quedar rocas a la vista.

PORTELO: paso en el cierre de una finca, normalmente de madera.

QUEIMADA: aguardiente a la que se echa azúcar y otros ingredientes, prendiéndole fuego después para rebajar su grado de alcohol.

SILVEIRA: zarza.

TRÉBOLE: trébol.

VACALOURA: ciervo volante (*Lucanus cervus*).

BIBLIOGRAFÍA

- * BOUZAS, Pemón y DOMELO, Xosé A.: *Mitos, ritos y leyendas de Galicia*. Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2005.
- * GONZÁLEZ CATOYRA, Alfonso: *Temas coruñeses*. Autoedición (D.L.: C-1224-1991), A Coruña, 1991, p. 147.
- * MARIÑO FERRO, Xosé Ramón: *La brujería en Galicia*. Ed. NigraTrea, Pontevedra, 2006.
- * MOREIRAS, Eduardo: *Primaveira no Lor*. Ed. Galaxia, Vigo, 1974, p. 84.
- * NOVONEYRA, Uxío: *Os Eidos*. Ed. Xerais, Vigo, 2010, p. 27.
- * POMBO, Antón: *Guía del Camino de Santiago para peregrinos*. Ed. Anaya, Madrid, 2010.
- * QUINTIÁ PEREIRA, Rafael: *La historia de Galicia en 50 lugares*. Ediciones Cydonia, O Porriño, 2015.
- * VAQUEIRO, Vitor: *Guía da Galiza Mágica*. Ed. Galaxia, Vigo, 1998.
- * VERNE, Julio: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Ediciones Auriga, Madrid, 1992, p. 95.
- * V.V.A.A.: *Literatura do século XX*. Ed. Vía Láctea, A Coruña, 1988, p. 70, p. 87.

- * V.V.A.A.: *Sagrada Biblia*. Biblioteca de Autores Cristianos de la Editorial Católica, Madrid, 1984, p. 3.
- * XESÚS DE REBORDECHAO: *Rebordechao*. Autoedición (D.L.: OU-131/2005), Ourense, 2005.

CONSULTAS EN RED

* DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA GALEGA:

<https://academia.gal/diccionario/rag>

* DIALNET

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6478984>

* <https://www.farodevigo.es/portada-o-morrazo/2010/01/01/ultimo-senor-ons/399383.html>

* <http://www.vigoempresa.com/isla-de-ons-una-historia-singular>

* https://xacopedia.com/Gaiferos_de_Mormaltán

